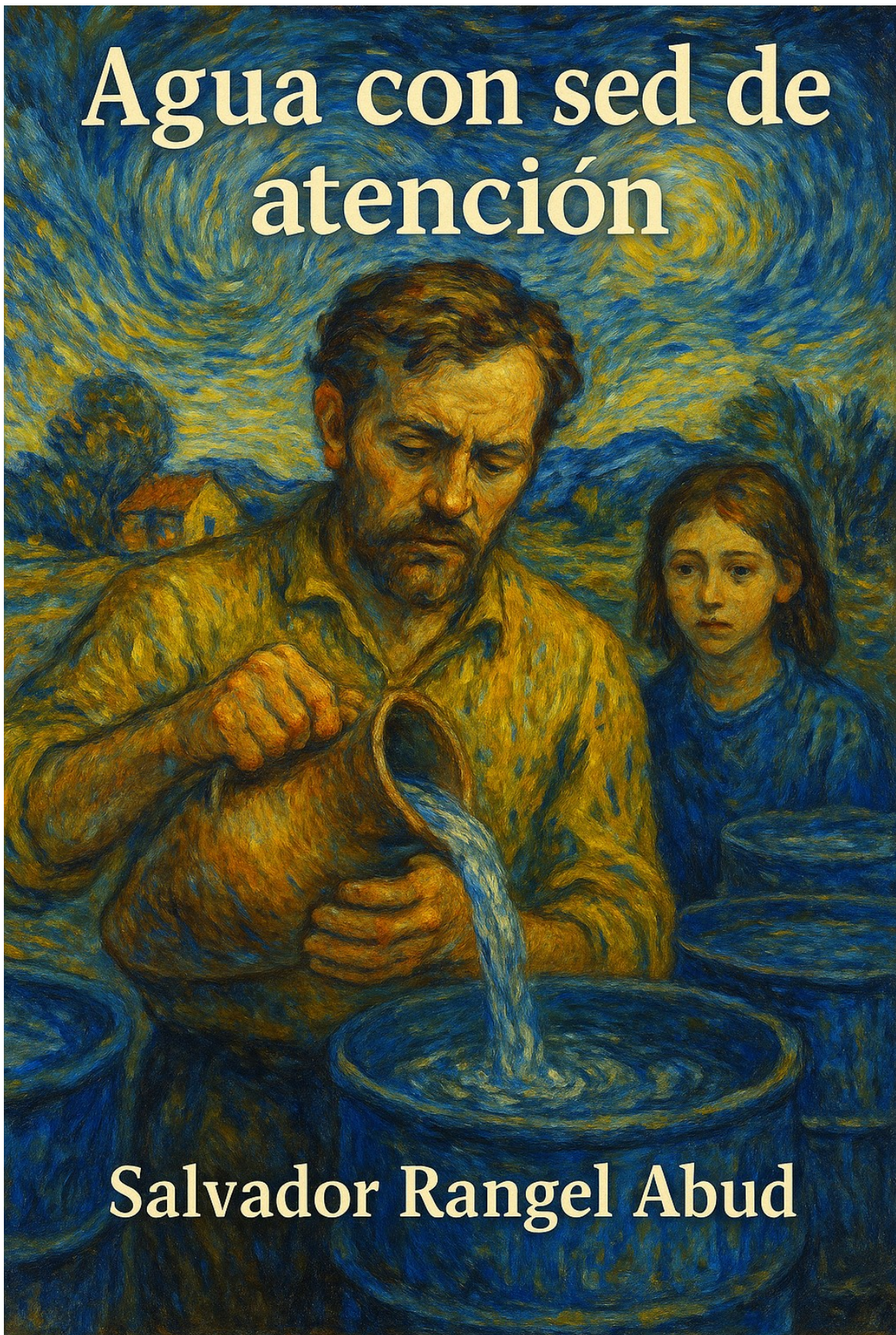


# Agua con sed de atención



Salvador Rangel Abud

## **NOTA DEL AUTOR**

Esta novela quiso ser un thriller político, drama humano, tratado técnico novelado, y crítica social. No es una historia de héroes perfectos ni de victorias absolutas. Es una historia de personas imperfectas intentando hacer algo bueno en un sistema lamentablemente aún corrupto y encontrando que el cambio es posible pero doloroso, que los logros son parciales pero reales, que la esperanza y el desencanto conviven en cada paso.

Los personajes son complejos: tienen motivaciones nobles pero también dudas, miedos, contradicciones. No son santos ni mártires, son profesionales comprometidos que pagan precios personales altos por intentar cambiar su país. Si encontraran algún parecido con personajes reales sería mera coincidencia, aunque no lo parezca.

El mensaje final es: el cambio social real no viene de un proyecto perfecto ni de héroes individuales, sino de la acumulación de esfuerzos imperfectos de muchas personas durante mucho tiempo. Y eso, aunque no sea cinematográfico, es más valioso que cualquier final hollywoodense.

**Salvador Rangel Abud**

## **AGUA CON SED DE ATENCIÓN**

**Salvador Rangel Abud**

---

### **SINOPSIS**

Monterrey despertó a las cinco de la mañana. Roberto llenaba tambos antes de que su familia perdiera el agua por tres días. A mil trescientos kilómetros, en Tabasco, Celestina veía cómo el río Grijalva devoraba su milpa de cacao árbol por árbol. Y en la Ciudad de México, Miguel Ángel cerraba el Informe de Disponibilidad Hídrica Nacional —trescientas páginas que nadie leería— con una frase escrita en la portada por algún funcionario con sentido del humor negro: "México no enfrenta una crisis de agua. México enfrenta una crisis de atención."

Norte que muere de sed. Sur que muere ahogado. Centro que tiene todos los datos y ninguna voluntad.

Lo que sigue es la historia de un ingeniero de universidad pública, una estudiante hija de plomero, un hidrogeólogo con una herida que no cierra, una ingeniera ambiental que ya lleva tres trabajos perdidos por no firmar documentos falsos, una especialista en riego que sacrifica años con sus hijos, y un politólogo cínico que todavía cree aunque no lo admita. Seis personas con el Proyecto Tláloc Siglo XXI —247 páginas, 43 anexos técnicos, 127 mapas originales— y una cita con el presidente.

*Agua con Sed de Atención* no es una novela sobre héroes que salvan a México. Es una novela sobre personas imperfectas que intentan algo real en un sistema que se especializó durante cincuenta años en destruir exactamente eso. Es crítica política y propuesta técnica simultáneamente. Es thriller institucional y tratado de política hídrica disfrazado de ficción.

O al revés: una propuesta viable para resolver el mayor problema que enfrenta México, disfrazada de novela.

---

### **ADVERTENCIA DE CONTENIDO**

Esta novela contiene corrupción sistémica narrada sin concesiones, amenazas reales a familias reales, un diputado que paga con su vida por votar su conciencia, y seis personas que descubren en carne propia cuánto cuesta intentar cambiar algo en un país que lleva décadas perfeccionando los mecanismos para que nada cambie. También contiene esperanza — no la esperanza fácil del final hollywoodense sino la esperanza difícil de quien sabe que el cambio real es parcial, doloroso y generacional, y lo intenta de todas formas. Contiene además ciencia hídrica rigurosa, propuestas técnicas verificables y datos reales sobre la

crisis del agua en México que ningún informe oficial ha sabido comunicar con esta claridad.

---

## **SOBRE EL AUTOR**

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *Agua con Sed de Atención* convergen cuarenta y cinco años de formación científica, experiencia en gestión institucional pública y conocimiento de primera mano de cómo funciona —y cómo falla— el sistema de salud y servicios en México. El Proyecto Tláloc Siglo XXI que Aurora diseña en la novela no es fantasía: es ingeniería real, política pública viable, economía verificable. Solo le falta voluntad política para existir fuera de la ficción. Esa es la apuesta de esta novela: que alguien, en algún lugar, la lea y decida que ya es hora.

---

## **DETALLES DE PUBLICACIÓN**

**Título:** Agua con Sed de Atención

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Thriller político / Ficción especulativa / Novela de denuncia y propuesta

**Extensión:** ~34,000 palabras aproximadamente

**Estructura:** Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

**Ambientación:** México contemporáneo — Monterrey, Tabasco, Ciudad de México, Torreón, San Luis Potosí, Hermosillo, Querétaro, Aguascalientes

**Idioma:** Español

**Año de publicación:** 2026

**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto

**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

---

## **NOTA DEL AUTOR**

Esta novela quiso ser un thriller político, drama humano, tratado técnico novelado y crítica social. No es una historia de héroes perfectos ni de victorias absolutas. Es una historia de personas imperfectas intentando hacer algo bueno en un sistema lamentablemente aún corrupto, y encontrando que el cambio es posible pero doloroso, que los logros son parciales pero reales, que la esperanza y el desencanto conviven en cada paso.

El mensaje final es: el cambio social real no viene de un proyecto perfecto ni de héroes individuales, sino de la acumulación de esfuerzos imperfectos de muchas personas durante mucho tiempo. Y eso, aunque no sea cinematográfico, es más valioso que cualquier final hollywoodense.

México tiene 451,000 millones de metros cúbicos de disponibilidad hídrica natural anual. Suficiente para todos. El problema no es físico. Es político. No es técnico. Es humano. No es de escasez. Es de voluntad. Esta novela es una quimera con planos de construcción. Una propuesta que espera al lector que decida que ya es hora de construirla.

---

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: [creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0)

---

## PALABRAS CLAVE

crisis del agua · México · política hídrica · corrupción · thriller político · propuesta técnica · CONAGUA · acuíferos · riego tecnificado · transparencia · ingeniería hidráulica · servicio público · cambio social · novela en español · denuncia y propuesta

---

## TEMAS PRINCIPALES

La novela opera simultáneamente en dos registros que pocas ficciones logran sostener sin que uno devore al otro: el thriller político de personajes reales enfrentando consecuencias reales, y el tratado técnico de política hídrica construido con rigor verificable. A lo largo de sus diez capítulos y epílogo, *Agua con Sed de Atención* explora la brecha entre el conocimiento técnico disponible y la voluntad política de usarlo — brecha que en México tiene nombre, apellido e historia de cincuenta años —, la corrupción institucional no como aberración sino como sistema funcional que tiene sus propias lógicas, incentivos y mecanismos de defensa, el costo personal devastador que pagan quienes intentan cambiar algo desde adentro del propio sistema que combaten, la transparencia radical como única armadura posible contra un sistema que vive de la opacidad, y el cambio generacional como única escala temporal honesta para medir el progreso real en un país donde cada sexenio reinicia desde cero. El Epílogo — seis cartas al futuro escritas diez años después — es el cierre más honesto posible: no

victoria completa, no derrota total, sino testimonio de que intentarlo honestamente, en un país donde la deshonestidad es norma, ya es acto revolucionario.

---

### **CITAS DESTACADAS**

"México no enfrenta una crisis de agua. México enfrenta una crisis de atención."

"El problema no es físico. Es político. No es técnico. Es humano. No es de escasez. Es de voluntad."

"Si vamos a fallar, que sea porque el sistema es más fuerte que nosotros, no porque nosotros fuimos parte del sistema."

"El cambio social real no viene de un proyecto perfecto ni de héroes individuales, sino de la acumulación de esfuerzos imperfectos de muchas personas durante mucho tiempo."

"Intentarlo honestamente, en un país donde la deshonestidad es norma, ya es acto revolucionario."

"El agua sigue buscando su nivel. Y nosotros seguimos intentando que el nivel suba."

---

### **COMPARACIONES LITERARIAS**

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Agua con Sed de Atención* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y la propuesta técnica que le son propios.

Elena Poniatowska (*Nada, nadie: las voces del temblor*): la denuncia social mexicana construida desde voces concretas y verificables que el poder preferiría no escuchar. Carlos Fuentes (*La región más transparente, La muerte de Artemio Cruz*): México como sistema de poder donde la corrupción no es accidente sino arquitectura. Arturo Pérez-Reverte (*El problema final, La tabla de Flandes*): el thriller intelectual donde la solución al problema central existe desde el principio y la novela es el relato de las fuerzas que impiden aplicarla. Kim Stanley Robinson (*El Ministerio del Futuro*): la ficción especulativa como vehículo para propuestas técnicas y políticas reales sobre crisis ambientales que los documentos oficiales no saben comunicar.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela es la hermana mayor de *La Ciudad del Sol que no Duerme* —otra quimera con planos de construcción— pero con una profundidad institucional y un costo humano que solo puede escribir alguien que conoce desde adentro cómo funcionan los sistemas de salud pública y gestión gubernamental en México. Es su obra más ambiciosa y, posiblemente, la más necesaria.

---

### **EL PROYECTO TLÁLOC SIGLO XXI: LO QUE PROPONE LA NOVELA**

El proyecto que Aurora González diseña en la novela no es fantasía. Sus componentes son tecnología probada, política pública documentada en experiencias internacionales, y economía verificable. Para quienes quieran profundizar más allá de la ficción, los elementos centrales son los siguientes.

Reducción de pérdidas en redes urbanas mediante micro medición inteligente: México pierde entre 35 y 40 por ciento del agua en redes urbanas antes de que llegue a los hogares.

Israel reduce pérdidas a menos del 10 por ciento con tecnología disponible hoy. Tecnificación del riego agrícola con enfoque participativo: el 76 por ciento del agua en México va a agricultura con eficiencia promedio del 46 por ciento. Sistemas de goteo y aspersión tecnificada pueden reducir consumo hasta 60 por ciento sin sacrificar producción.

Recarga artificial de acuíferos sobreexplotados: 103 de 653 acuíferos en México están en sobreexplotación. Existen tecnologías de recarga probadas en Australia, España e India adaptables a condiciones mexicanas.

Captación pluvial domiciliar a escala masiva: México recibe precipitación media de 760 milímetros anuales. Un sistema domiciliario básico puede captar entre 30 y 50 por ciento de esa agua para usos no potables.

Tratamiento terciario de aguas residuales para reúso: menos del 20 por ciento del agua residual en México recibe tratamiento adecuado.

El reúso industrial y agrícola podría liberar millones de metros cúbicos para consumo humano. Transparencia radical en gestión: cada peso gastado en infraestructura hídrica rastreable en tiempo real por cualquier ciudadano. La corrupción en obra pública hídrica se estima en 30 a 40 por ciento del presupuesto total.

Nada de esto es ciencia ficción. Todo tiene costo, cronograma y metodología. Solo le falta voluntad política para existir fuera de esta novela.

---

## **PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN**

El prólogo presenta tres Méxicos simultáneos: el que muere de sed en el norte, el que muere ahogado en el sur, y el que tiene todos los datos en el centro y no actúa. ¿Cuál de los tres le parece el retrato más honesto del problema?

Aurora es hija de plomero, viene de Nezahualcóyotl, estudia en el Politécnico trabajando dos empleos. ¿Por qué cree el autor que esa historia específica es más poderosa para comunicar la crisis del agua que todos los doctorados del equipo juntos?

El sistema de transparencia radical que propone el proyecto — cada peso rastreable en tiempo real — es técnicamente posible hoy. ¿Qué

intereses concretos se benefician de que no exista, y por qué son tan difíciles de vencer?

El diputado Ramón Elizondo vota su conciencia y paga con su vida. La novela no resuelve la pregunta de si valió la pena. ¿Cuál es su respuesta?

El Epílogo concluye que el cambio real "es parcial, doloroso y generacional." ¿Es eso esperanza o resignación? ¿O es posible que sean la misma cosa?

---

## **CÓMO CITAR ESTA OBRA**

APA: Rangel Abud, S. (2026). Agua con Sed de Atención. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Agua con Sed de Atención. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Agua con Sed de Atención. Internet Archive, 2026.

---

## **CONTACTO Y OTRAS OBRAS**

Correo electrónico: [wrangel.1352@gmail.com](mailto:wrangel.1352@gmail.com)

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria, el bildungsroman romántico, la comedia de misterio colonial, el thriller arqueológico especulativo, la sátira histórica y —como demuestra esta entrega— la novela de denuncia y propuesta que usa la ficción para decir lo que los informes técnicos no saben comunicar y los políticos no quieren escuchar. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

---

## **MENSAJE FINAL**

México tiene agua. Tiene ingenieros que saben cómo gestionarla. Tiene tecnología probada en docenas de países. Tiene datos, tiene diagnósticos, tiene propuestas que llevan décadas acumulándose en cajones de oficinas que nadie consulta.

Lo que no tiene — o lo que ha decidido no usar — es la voluntad política de actuar sin pedirle permiso a los que se benefician de que nada cambie.

*Agua con Sed de Atención* es una quimera. Pero es una quimera con ciento tres acuíferos sobreexplotados, con cuarenta millones de mexicanos sin acceso continuo a agua potable, con ríos que son cloacas y costas con potencial de desalinización sin aprovechar y lluvias que caen sobre ciudades que no saben captarlas.

No es fantasía. Es el México que existe hoy, con la propuesta que podría existir mañana.

La pregunta que esta novela deja abierta no es técnica. Es moral: ¿cuántas generaciones más van a cargar cubetas antes de que alguien con poder decida que ya es suficiente?

Hay una estudiante en Ecatepec que ya empezó a escribir la respuesta.

---

## **INDICE**

**PRÓLOGO: EL PAÍS DE LOS TRES MÉXICOS**

**CAPÍTULO 1: LA SEMILLA DE LO IMPOSIBLE**

**CAPÍTULO 2: EL EQUIPO DE LOS SOÑADORES PRAGMÁTICOS**

**CAPÍTULO 3: LA SALA DE GUERRA**

**CAPÍTULO 4: EN LA GUARIDA DEL PODER**

**CAPÍTULO 5: EL MAPA DE LOS ENEMIGOS**

**CAPÍTULO 6: LAS BATALLAS EN CINCO CIUDADES**

**CAPÍTULO 7: LA OFENSIVA DE LAS SOMBRAS**

**CAPÍTULO 8 : EL PRECIO DE LA VERDAD**

**CAPÍTULO 9 : LA ÚLTIMA BATALLA (O LA PRIMERA VICTORIA)**

**CAPÍTULO 10 : EL AGUA BUSCA SU NIVEL**

**EPÍLOGO: CARTAS AL FUTURO**

## **AGUA CON SED DE ATENCIÓN**

### **PRÓLOGO**

#### **EL PAÍS DE LOS TRES MÉXICOS**

Monterrey despertó a las cinco de la mañana con el mismo ritual de siempre. No fue el despertador lo que sacó a Roberto Garza de la cama, sino la certeza grabada en su cuerpo después de mil madrugadas idénticas: si no llenaba los tambos antes de las seis, su familia tendría

que racionar agua durante tres días. Tal vez cuatro, si la suerte seguía jugando en su contra como llevaba haciéndolo los últimos ocho meses.

Se levantó en la oscuridad de la recámara, cuidando de no despertar a Laura, aunque sabía que ella tampoco dormía realmente. Nadie duerme bien cuando el agua se convierte en obsesión. En el pasillo, sus pies descalzos encontraron las baldosas tibias de la madrugada regiomontana, ese calor pegajoso que en julio nunca abandona la ciudad ni siquiera en las horas más oscuras. Afuera, la temperatura ya marcaba veintiocho grados. A mediodía llegaría a cuarenta y dos, como todos los días de ese verano infernal.

En el patio trasero, los seis tambos de doscientos litros cada uno esperaban como centinelas azules bajo el cielo que apenas comenzaba a teñirse de violeta. Roberto conectó la manguera a la llave con movimientos mecánicos, perfeccionados por la repetición. Giró el grifo. El agua brotó con un murmullo que sonaba a bendición temporal, a tregua efímera. Calculó mentalmente mientras el primer tambo se llenaba: doscientos litros para beber, cocinar, lavar platos. Otros doscientos para la ropa, que Laura lavaría a mano porque la lavadora era un lujo de agua que ya no podían permitirse. Cuatrocientos litros para baños rápidos, de tres minutos cronometrados con el reloj de cocina. Los últimos cuatrocientos para el sanitario, aunque Laura había insistido en recuperar la vieja práctica de "si es amarillo, déjalo tranquilo".

Mil doscientos litros para cuatro personas durante tres días. Cuarenta litros por persona al día. En su oficina de la maquiladora, Roberto era ingeniero en control de calidad. Sabía que la Organización Mundial de la Salud recomendaba cien litros diarios por persona para una vida digna. Sabía también que en su propia empresa nunca faltaba el agua, que las fuentes decorativas del lobby desperdiciaban más líquido en una hora del que su familia consumía en una semana. Pero ese conocimiento solo afilaba la ironía, no resolvía nada.

—Papá.

La voz lo sobresaltó. Se volvió y encontró a Daniela, su hija de catorce años, envuelta en una bata demasiado grande para ella, observándolo con esos ojos que últimamente parecían demasiado viejos para su edad.

—¿Qué haces despierta, hija?

—No podía dormir. —Se acercó, abrazándose a sí misma pese al calor—. Papá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—En la escuela, en los baños, nunca falta el agua. Ni un solo día. Pero Karla, mi mejor amiga, vive en la Indepe y me contó que llevan dos semanas sin servicio. Su mamá tiene que comprar garrafones todos los

días. ¿Por qué en mi escuela privada siempre hay agua y en su colonia no?

Roberto cerró la llave del segundo tambo. El silencio de la madrugada amplificaba el goteo residual. Podía darle a su hija una respuesta técnica sobre presión hidráulica, infraestructura diferenciada, contratos privados de suministro. Podía explicarle cómo el dinero compra certezas que deberían ser derechos. Pero a las cinco y media de la mañana, llenando tambos como si vivieran en el siglo XIX, la verdad técnica se sentía como una obscenidad.

—Porque México es injusto, Daniela. Tan simple y tan complicado como eso.

Ella asintió, y en ese gesto Roberto vio algo que lo asustó: comprensión. Su hija de catorce años estaba aprendiendo demasiado rápido cómo funciona realmente el país. Regresó a la casa arrastrando los pies, y Roberto se quedó solo con sus tambos y su rabia impotente, observando cómo el cielo de Monterrey se teñía de un naranja sucio, promesa de otro día abrasador en una ciudad que moría de sed mientras las albercas de la Colonia del Valle brillaban bajo el sol como espejos burlones.

A mil trescientos kilómetros de distancia, en el corazón húmedo de Tabasco, Doña Celestina Jiménez observaba cómo el agua destruía lo único que le quedaba en la vida. No era la falta de agua lo que la estaba matando, sino su exceso. Su abundancia vengativa y brutal.

El río Grijalva había desbordado durante la madrugada, como venía haciéndolo cada temporada de lluvias desde hacía cinco años. Pero esta vez había llegado más lejos, más violento, más cruel. El agua lodosa lamía ahora los últimos escalones del porche de su casa de madera, esa construcción que su difunto esposo Mateo había levantado con sus propias manos cuarenta años atrás. En el terreno de al lado, lo que quedaba de su plantación de cacao se hundía lentamente en el fango. Tres hectáreas que representaban su único ingreso, su herencia familiar, su razón de levantarse cada mañana. El agua las estaba devorando árbol por árbol.

—Abuela.

Celestina se volvió y encontró a Juanito, su nieto de dieciséis años, cargando una caja de cartón con las pocas pertenencias salvables. Ropa, fotografías, documentos envueltos en plástico. El muchacho tenía los pantalones enrollados hasta las rodillas y las piernas manchadas del lodo café que ya cubría el suelo de la cocina.

—Ya viene la camioneta de Don Fermín. Dice que nos puede llevar al albergue de Villahermosa.

Celestina negó con la cabeza, sus ochenta años resistiéndose a aceptar lo que sus ojos veían con claridad.

—No voy a ningún albergue. Esta es mi casa.

—Abuela, el agua va a seguir subiendo. Ya lo dijo el gobierno. Van a ser tres días de lluvia más.

—El gobierno dice muchas cosas. Nunca hace ninguna.

Juanito dejó la caja en el único mueble que todavía sobresalía del agua y se sentó en el escalón junto a su abuela. Durante un rato no dijeron nada, solo observaron cómo el río seguía creciendo, implacable, transformando su mundo en un lago sucio que olía a tierra podrida y sueños ahogados.

—Me voy a ir al norte, abuela —dijo Juanito finalmente, con esa voz que trataba de sonar firme pero se quebraba en las esquinas—. A Monterrey, tal vez. O a Estados Unidos. Primo Toño dice que en las maquiladoras pagan bien.

—¿Al norte? —Celestina soltó una risa amarga—. Allá se están muriendo de sed, mijo. Lo dicen en las noticias. Racionamiento de agua, crisis, desabasto.

—Pero hay trabajo, abuela. Hay futuro. Aquí solo hay agua que mata lo que sembramos y gobierno que nunca llega cuando lo necesitamos.

Celestina lo miró con ojos que habían visto demasiadas inundaciones, demasiadas pérdidas, demasiadas promesas incumplidas. Tres de sus cinco hijos ya se habían ido al norte, buscando precisamente lo que aquí les sobraba: oportunidades. El agua abundaba en Tabasco, caía del cielo con generosidad enfurecida, corría por los ríos como sangre por las venas del territorio. Pero no había infraestructura para contenerla, no había tecnología para aprovecharla, no había voluntad política para convertir esa maldición en bendición. En el norte morían de sed. En el sur morían ahogados. Y en medio de esa ironía grotesca, México se seguía rompiendo en pedazos, expulsando a sus jóvenes hacia otros horizontes.

—Cuando yo era niña —dijo Celestina con voz suave, casi nostálgica—, el río era generoso. Nos daba pescado, tierra fértil, vida. Ahora es vengativo. Ya no sé si es el río el que cambió o nosotros los que nunca aprendimos a respetarlo.

—No es culpa suya, abuela.

—Ni tuya tampoco, mijo. Pero igual pagas el precio.

El claxon de la camioneta de Don Fermín resonó desde la calle inundada. Juanito se puso de pie, extendió la mano hacia su abuela. Ella la tomó, se levantó con esfuerzo, echó una última mirada a su casa que se hundía lentamente como un barco con el casco perforado. En su mente calculó cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera regresar, si es que quedaba algo a qué regresar. Luego suspiró, apretó la mano de su nieto, y juntos caminaron hacia la camioneta mientras el agua seguía subiendo, indiferente a sus pérdidas, ajena a su dolor.

En la Ciudad de México, en un edificio gris de concreto que albergaba las oficinas centrales de la Comisión Nacional del Agua, Miguel Ángel Soto apagó su computadora y se reclinó en su silla giratoria con un cansancio que trascendía lo físico. Eran las diez de la noche y era el último en la oficina, como casi siempre. Sobre su escritorio, abierta en la página diecisiete, descansaba la última edición del "Informe de Disponibilidad Hídrica Nacional", ese documento de trescientas páginas que prácticamente nadie leería y que, sin embargo, contenía la radiografía exacta de una catástrofe en cámara lenta.

Miguel Ángel llevaba quince años trabajando en CONAGUA. Había entrado como becario lleno de idealismo, convencido de que la ingeniería hidráulica podría salvar al país. Ahora, a sus treinta y nueve años, con una maestría en Gestión de Recursos Hídricos y dos sexenios de burocracia a sus espaldas, sabía que las soluciones técnicas existían. Todas. Estaban documentadas, cuantificadas, presupuestadas. Había estudios de factibilidad para plantas desalinizadoras en la costa. Proyectos de captación pluvial para cada región climática. Modelos de recarga artificial de acuíferos. Estrategias de tecnificación agrícola que podrían reducir el consumo de agua en riego hasta un cuarenta por ciento sin sacrificar producción.

Todo estaba ahí, en los archivos que nadie consultaba, en los proyectos que nunca recibían presupuesto, en las presentaciones que los funcionarios escuchaban con cortesía antes de archivarlas en el olvido. El conocimiento existía. Los datos eran claros. Lo que faltaba, lo que siempre había faltado, era voluntad política.

Su mirada se posó en el mapa de México que colgaba de la pared frente a su escritorio. Un mapa salpicado de puntos rojos que representaban acuíferos sobreexplotados. Ciento tres, para ser exactos. Cada punto rojo era una crisis en gestación, un conflicto futuro entre comunidades que pelearían por lo poco que quedaba. En el Bajío, donde el agua subterránea se extraía tres veces más rápido de lo que se recargaba. En el Valle de México, donde la ciudad se hundía lentamente porque el subsuelo vaciado de agua colapsaba sobre sí mismo. En la Comarca Lagunera, donde los agricultores bombeaban agua fósil de acuíferos que tardaron miles de años en formarse y que se agotarían en una generación.

Miguel Ángel tomó su taza de café, ya frío, y bebió sin saborearlo. En su mente hizo el cálculo que hacía casi todas las noches antes de irse a casa: a la velocidad actual de sobreexplotación, sin cambios estructurales en la gestión, México enfrentaría una crisis hídrica catastrófica en menos de veinte años. No una crisis de escasez moderada, no un problema de distribución subsanable. Una catástrofe. Ciudades sin agua potable. Producción agrícola colapsada. Migraciones masivas. Conflictos violentos por el acceso al recurso.

Y lo peor, lo que más le dolía, era saber que nada de eso era inevitable. Todo podía evitarse. Pero requería dinero, tiempo, coordinación institucional y, sobre todo, la voluntad de enfrentar a los intereses que se habían enriquecido durante décadas gracias a la mala gestión del agua. Las embotelladoras que extraían millones de litros de acuíferos sobreexplotados pagando tarifas ridículas. Los desarrolladores inmobiliarios que construían fraccionamientos sin infraestructura hídrica adecuada. Los agricultores con concesiones heredadas que cultivaban alfalfa en el desierto. Los gobernadores que usaban el agua como moneda política.

Cerró el informe con un suspiro. En la portada, bajo el logo oficial de CONAGUA, había una frase que algún funcionario con sentido del humor negro había incluido años atrás y que nadie se había molestado en cambiar: "México no enfrenta una crisis de agua. México enfrenta una crisis de atención."

Miguel Ángel sonrió amargamente. Era verdad. El agua estaba ahí, en cantidades suficientes si se gestionara bien. Cuatrocientos cincuenta y un mil millones de metros cúbicos de disponibilidad natural media anual. Suficiente para todos. Pero distribuida inequitativamente, administrada con ineficiencia, y consumida sin conciencia del costo real. El problema no era físico, era político. No era técnico, era humano. No era de escasez, era de voluntad.

Guardó el informe en el cajón de su escritorio, junto a otros diez informes idénticos de otros diez años que tampoco habían cambiado nada. Apagó la luz de la oficina y caminó hacia el elevador. Afuera, la Ciudad de México brillaba con sus millones de luces, sus veintiún millones de habitantes bebiendo, bañándose, cocinando, viviendo sobre un acuífero agonizante que se vaciaba más rápido cada año.

Mientras esperaba el elevador, su celular vibró. Un mensaje de su jefe: "Reunión mañana 8 AM. Nueva presentación para la Secretaría. Mismo formato de siempre."

Miguel Ángel guardó el teléfono sin responder. Mismo formato de siempre. Mismos datos alarmantes. Mismas soluciones ignoradas. Mismo ciclo interminable de simulación.

Pero esa noche, mientras el elevador descendía hacia el estacionamiento subterráneo, algo se movió en su interior. Una pequeña grieta en su resignación. Una pregunta que llevaba años sin formularse: ¿Y si alguien, en algún lugar, decidiera finalmente prestarle atención al problema?

No lo sabía entonces, pero a doscientos kilómetros de distancia, en un aula del Instituto Politécnico Nacional, un maestro de ingeniería hidráulica preparaba el proyector para su clase del día siguiente. Sobre su escritorio descansaba una carpeta manila con una etiqueta escrita a mano: "Proyecto Final: La última oportunidad."

El agua siempre busca su nivel. A veces, muy rara vez, también encuentra su momento.

## **CAPÍTULO 1**

### **LA SEMILLA DE LO IMPOSIBLE**

El aula 301 del edificio de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del Instituto Politécnico Nacional tenía ese olor particular a tiza y sudor acumulado que caracteriza a las aulas viejas de universidades públicas. Era martes por la tarde, el sol de septiembre entraba oblicuo por las ventanas del lado poniente, y cuarenta y siete estudiantes de séptimo semestre de Ingeniería Hidráulica esperaban con la mezcla habitual de aburrimiento y ansiedad que precede a cualquier clase del ingeniero Ignacio Salmerón Villanueva.

Salmerón entró al aula exactamente a las tres de la tarde, como siempre. Tenía cincuenta y dos años, aunque su espalda encorvada y las ojeras permanentes bajo sus ojos cafés lo hacían parecer mayor. Vestía pantalones de mezclilla desgastados, camisa blanca de manga corta con manchas de café en el bolsillo, y llevaba bajo el brazo una carpeta manila abultada que dejó caer sobre el escritorio con un golpe seco que silenció los murmullos.

—Buenas tardes —dijo sin levantar la voz, pero con esa autoridad natural que le confería una década de experiencia en obras hidráulicas y dos décadas enseñando a ingenieros que probablemente terminarían siendo mejores que él.

—Buenas tardes, ingeniero —respondieron los alumnos en un coro desigual.

Salmerón se quedó de pie frente al pizarrón, observándolos con esa mirada que sus estudiantes habían aprendido a temer. No era una mirada hostil, sino evaluadora, como si estuviera calculando cuántos de los que estaban ahí frente a él realmente entendían por qué habían elegido esta carrera y cuántos solo estaban cumpliendo un trámite burocrático hacia un título.

—Quiero hacerles una pregunta —dijo finalmente—. ¿Cuántos de ustedes saben cuánta agua consumen al día?

Silencio. Algunos se miraron entre sí, esperando que alguien más levantara la mano primero. Nadie lo hizo.

—Nadie. Perfecto. ¿Y cuántos saben cuántos acuíferos sobreexplotados tiene México?

Más silencio. Un muchacho del fondo, de camisa roja y gorra ladeada, murmuró algo que sonó como "muchos".

—Ciento tres —dijo Salmerón—. Ciento tres acuíferos de donde extraemos agua más rápido de lo que la naturaleza puede reponerla.

¿Saben qué significa eso? Significa que estamos viviendo de prestado. Estamos consumiendo el futuro de nuestros hijos. Y ustedes, futuros ingenieros hidráulicos, ni siquiera saben cuántos litros de agua gastan cuando se bañan.

El silencio ahora era incómodo. Salmerón lo dejó asentarse como sedimento en el fondo de un río antes de continuar.

—Este semestre —dijo, abriendo su carpeta y sacando un fajo de hojas impresas—, vamos a hacer algo diferente. Algo que probablemente odiarán en el momento pero que tal vez, solo tal vez, recuerden cuando estén trabajando en la Comisión Nacional del Agua o en alguna empresa constructora vendiendo su alma por un sueldo decente.

Risas nerviosas. Salmerón no sonrió.

—Les voy a pedir que diseñen un proyecto. No un proyecto local. No un parche más para una tubería rota. Quiero que diseñen un proyecto maestro para resolver el problema del agua en México.

Los murmullos estallaron instantáneamente. Salmerón levantó la mano y el ruido cesó.

—Sí, escucharon bien. Todo México. Desde Tijuana hasta Cancún. Desde captación de agua de lluvia hasta desalinización. Desde redes urbanas hasta riego tecnificado. Desde política pública hasta ingeniería de punta. Quiero que piensen como si tuvieran presupuesto ilimitado y cero corrupción.

—Pero ingeniero —interrumpió una muchacha de lentes en la tercera fila, Mónica algo, Salmerón no recordaba su apellido—, eso es imposible. No hay presupuesto ilimitado y la corrupción existe.

—Lo sé —respondió Salmerón—. Por eso les dije que piensen como si no existiera. Quiero que me demuestren que saben cómo se resolvería el problema si este país funcionara como debería funcionar. Ya tendrán tiempo de aprender cómo funciona realmente.

Pasó las siguientes dos horas explicando los parámetros del proyecto. Debía incluir diagnóstico integral del estado actual del agua en el país, análisis de disponibilidad por región hidrológica, diseño de infraestructura de captación y almacenamiento, propuesta de tecnificación agrícola, sistemas de potabilización y tratamiento, marco legal y de política pública, análisis costo-beneficio, evaluación de impacto ambiental, y un plan de implementación por fases con cronograma realista.

—Tienen tres meses —dijo cuando terminó—. Y el mejor proyecto, el que sea técnicamente sólido, viable en términos de ingeniería y lo suficientemente ambicioso como para demostrar que entendieron de qué va esto, ese proyecto les dará la titulación automática.

El silencio que siguió a esas palabras fue diferente. Ya no era incómodo. Era eléctrico.

—¿Titulación automática? —preguntó un muchacho flaco de adelante.

—Automática —confirmó Salmerón—. Sin tesis adicional, sin examen profesional. Si su proyecto es lo suficientemente bueno, yo personalmente me encargaré de que la dirección de la escuela lo acepte como trabajo terminal.

Los murmullos ahora eran entusiastas. Salmerón los dejó hablar mientras recogía sus cosas. Antes de salir del aula, se detuvo en la puerta y se volvió hacia ellos.

—Una cosa más. No hagan esto por la titulación. Háganlo porque importa. Háganlo porque en veinte años, cuando sus propios hijos les pregunten qué hicieron ustedes para evitar que México se quedara sin agua, quiero que tengan una respuesta mejor que "me titulé fácil".

Salió del aula dejando tras de sí un murmullo de voces emocionadas, escépticas, confundidas. En el pasillo, se permitió una sonrisa pequeña. Sabía que la mayoría presentaría proyectos mediocres, copias parciales de documentos gubernamentales con sus nombres pegados encima. Pero si al menos uno, solo uno de esos cuarenta y siete estudiantes captaba la urgencia real, la magnitud del desafío, entonces valía la pena.

No sabía aún que uno de ellos, una muchacha callada que se sentaba siempre en la última fila y que ese día no había dicho una sola palabra, ya estaba imaginando algo que cambiaría no solo su vida, sino la de todos ellos.

Aurora González Samaniego llegó a su casa en Nezahualcóyotl pasadas las ocho de la noche. Había tomado dos microbuses y el metro línea B, un viaje de casi dos horas desde Zacatenco que hacía todos los días desde que entró al Politécnico hace seis años. La casa era pequeña, de block sin repellar, con techo de lámina y un patio de tierra donde su padre guardaba las herramientas de su oficio: tubos de PVC de todos los diámetros, llaves de paso, flexibles, empaques, el desorden organizado de un plomero que trabajaba por su cuenta.

Su padre, don Héctor González, estaba en el patio limpiando una llave inglesa cuando Aurora entró. Tenía cincuenta y cinco años y manos que parecían hechas de cuero curtido, con callosidades en lugares donde la gente normal tiene piel suave. Llevaba treinta años arreglando fugas en casas de ricos, destapando drenajes, instalando tinacos, sobreviviendo con lo que cobraba por hora sin prestaciones, sin seguro, sin más certeza que su experiencia y su reputación de ser honesto en un oficio donde la mayoría cobraba por trabajos innecesarios.

—¿Cómo te fue, hija? —preguntó sin levantar la vista de su herramienta.

—Bien, papá. El profe Salmerón nos dejó un proyecto.

—¿Otro más?

—Este es diferente.

Esa noche, después de cenar los frijoles refritos con tortillas que su madre había preparado, después de ayudar a lavar los platos y de asegurarse de que sus dos hermanos menores habían hecho la tarea, Aurora se encerró en el cuarto que compartía con su hermana Lupita, de nueve años, y abrió su laptop usada que había comprado de segunda mano con el dinero de sus dos trabajos de medio tiempo: transcriptor de audio por las mañanas y tutora de matemáticas los fines de semana.

Tenía un promedio de 9.8 en la carrera. Había sacado diez en todas las materias de hidráulica, en todas las de estructuras, en todas las de cálculo. Los profesores la conocían como la muchacha callada que se sentaba atrás pero que siempre entregaba los mejores trabajos. Lo que no sabían era que Aurora estudiaba de una a cuatro de la madrugada, todos los días, porque era el único momento en que la casa estaba lo suficientemente silenciosa y su hermana dormía lo suficientemente profundo como para no despertarse con la luz de la lámpara.

Abrió un documento nuevo en Word. Lo tituló "Proyecto Tláloc Siglo XXI". Tláloc, el dios mexica del agua. Siglo XXI, porque los problemas del presente no se resuelven con herramientas del pasado.

Empezó a escribir.

Durante los siguientes tres meses, el aula 301 se convirtió en un hervidero de actividad. Salmerón dedicaba dos horas de clase cada semana a asesorar proyectos. Había equipos de cinco, de tres, incluso de uno solo. Los proyectos variaban salvajemente en ambición y calidad. Algunos proponían megaproyectos de trasvases desde Tabasco hasta Sonora sin considerar los costos energéticos de bombear agua cuesta arriba durante mil kilómetros. Otros sugerían desalinización masiva del Golfo de México sin calcular de dónde vendría la energía necesaria. Había quien proponía simplemente "educar a la gente" sin entender que la educación sin infraestructura es palabrería.

Salmerón los escuchaba a todos con paciencia que no sabía que tenía. Señalaba errores técnicos, cuestionaba supuestos, los obligaba a justificar cada decisión con datos, no con deseos. Y mientras tanto, observaba discretamente a Aurora, quien trabajaba sola, quien nunca pedía asesoría durante la clase pero cuyas preguntas por correo electrónico demostraban una profundidad de pensamiento que él no había visto en años.

Ella le preguntaba cosas que importaban: ¿Cómo incorporar conocimiento tradicional de captación pluvial de comunidades rurales a diseño urbano moderno? ¿Qué nivel de tecnificación en riego es realmente sostenible para agricultores de temporal sin acceso a crédito? ¿Cómo diseñar un marco legal que proteja el derecho humano al agua sin destruir la viabilidad financiera de los organismos operadores?

Salmerón respondía cada correo con cuidado, a veces pasaba horas investigando para darle respuestas que valieran la pena. No sabía por

qué esta muchacha en particular le importaba tanto, pero había algo en la precisión de sus preguntas que le recordaba por qué él mismo había estudiado ingeniería hace treinta años: porque creía que los problemas técnicos tenían soluciones técnicas y que alguien tenía que ser lo suficientemente necio como para buscarlas.

Lo que Salmerón no sabía era que Aurora tampoco dormía bien. Que trabajaba en su proyecto hasta que su laptop se sobrecalentaba y tenía que dejarla enfriar. Que leía todos los informes técnicos de CONAGUA de los últimos diez años, que estudiaba casos de gestión hídrica en Israel, en Singapur, en Australia. Que le preguntaba a su padre sobre los problemas reales que encontraba en el trabajo: fugas que nadie reparaba, redes viejas donde se perdía la mitad del agua, colonias donde el servicio era intermitente no por falta de agua sino por tuberías corroídas que nadie quería invertir en reemplazar.

Su padre, sin entender del todo qué hacía su hija pero orgulloso de que le pidiera su opinión, le contaba historias de casas donde había albercas mientras las colonias de al lado no tenían agua corriente. De colonias nuevas construidas sin tomar en cuenta la capacidad de la red. De funcionarios de CONAGUA que llegaban en camionetas nuevas a inspeccionar fugas que luego nadie reparaba. De concesiones de agua para embotelladoras que extraían millones de litros mientras las comunidades vecinas compraban garrafrones.

Aurora tomaba notas de todo. Y traducía esas historias a datos, a problemas de ingeniería, a soluciones técnicas.

La noche de la fecha límite, Salmerón se quedó en su oficina hasta las once esperando los proyectos que llegaban por correo electrónico. Recibió cuarenta y siete, como esperaba. Los fue abriendo uno por uno, escaneándolos rápidamente. Veinte páginas. Treinta. Cincuenta en el mejor de los casos. Diagramas copiados de internet. Cálculos aproximados. Buenas intenciones sin sustancia.

Hasta que abrió el archivo de Aurora. El PDF tardó varios segundos en cargar porque pesaba ochenta megabytes. Cuando finalmente apareció en pantalla, Salmerón se quedó inmóvil, mirando el índice.

Doscientas cuarenta y siete páginas.

Diecinueve capítulos.

Cuarenta y tres anexos técnicos.

Ciento veintisiete mapas originales.

Modelo de financiamiento con esquemas de inversión mixta público-privada. Análisis costo-beneficio desglosado por región. Evaluación de impacto ambiental con metodología de la Secretaría de Medio Ambiente. Propuesta de reforma al artículo 4 constitucional para garantizar el derecho humano al agua con mecanismos ejecutables. Diseño de plantas potabilizadoras modulares adaptables a diferentes escalas.

Sistema de captación pluvial domiciliaria con instructivos de construcción para autoconstrucción. Programa de tecnificación de riego con enfoque de adopción gradual y capacitación campesina. Estrategia de comunicación social para generar cultura de cuidado del agua.

Y todo, absolutamente todo, respaldado con datos. Con fuentes citadas. Con cálculos verificables. Con ingeniería real.

Salmerón empezó a leer la introducción. Luego el diagnóstico. Luego la propuesta de captación pluvial. Para cuando se dio cuenta, eran las tres de la mañana y seguía leyendo. Terminó a las seis y media, cuando la luz del amanecer empezaba a filtrarse por la ventana de su oficina. Tenía los ojos rojos, la espalda adolorida, y una sonrisa que no había tenido en años.

Tomó su celular y marcó el número que venía en la carátula del proyecto.

Aurora contestó al tercer timbrado, con voz de quien tampoco había dormido.

—¿Bueno?

—Aurora, soy el ingeniero Salmerón.

—Ingeniero, ¿pasa algo? ¿Hubo algún problema con el archivo?

—No. Ningún problema. —Hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. Vas a titular.

Silencio del otro lado. Luego, con voz pequeña:

—¿En serio?

—En serio. Y voy a hacer algo más. Voy a presentar esto a Los Pinos.

—¿Cómo?

—Conozco gente. No mucha, pero la suficiente. Tu proyecto es lo mejor que he visto en veinte años de dar clases, Aurora. Y no puedo dejar que se quede archivado en algún servidor del Politécnico.

Otro silencio. Luego, Aurora empezó a llorar. No sollozos dramáticos, solo el llanto callado de alguien que ha trabajado hasta el límite de sus fuerzas y finalmente recibe confirmación de que valió la pena.

—Gracias, ingeniero —dijo cuando pudo hablar.

—No me agradezcas todavía. Esto apenas empieza.

Colgó y se quedó mirando su escritorio. Ahí, junto al proyecto impreso de Aurora que había enviado a la impresora para poder leerlo con más cuidado, estaba su agenda con números telefónicos. Buscó uno que no había marcado en cinco años. Su compañero de universidad, Roberto Mendoza, ahora subsecretario de Desarrollo Agrario y Territorial. Un hombre con acceso al presidente.

Marcó el número. Contestó una secretaria. Dejó mensaje. Dos horas después, lo devolvieron la llamada.

—¿Ignacio? ¿Eres tú? Por Dios, cuánto tiempo. ¿Qué necesitas?

—Necesito que me consigamos una cita con el presidente.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Puede ser. Pero tengo algo que tiene que ver.

## **CAPÍTULO 2**

### **EL EQUIPO DE LOS SOÑADORES PRAGMÁTICOS**

La llamada de Roberto Mendoza llegó tres días después, un viernes por la mañana mientras Salmerón revisaba exámenes en la sala de maestros. El número no venía identificado, pero la voz al otro lado era inconfundible: su antiguo compañero de universidad, ahora con ese tono oficial que adoptan los funcionarios públicos cuando hablan en horario de oficina.

—Ignacio, conseguí la cita. Tres meses. Primera semana de enero.

Salmerón dejó el bolígrafo rojo sobre el escritorio, sintiendo cómo su pulso se aceleraba.

—¿Tres meses? ¿No puede ser antes?

—Tres meses es un milagro, hermano. El presidente tiene la agenda llena hasta marzo. Esto es porque le mencioné que se trata de un proyecto sobre agua y resulta que está preocupado por Monterrey. Hubo otra crisis de abastecimiento la semana pasada. Cinco colonias sin agua durante cuatro días. Casi se arma la gorda.

—Está bien. Tres meses está bien.

—¿Seguro que esto vale la pena? No quiero quedar mal.

—Vale la pena.

—Más te vale. Y Nacho, vas a necesitar algo más que un proyecto de tesis. Vas a necesitar gente seria. Credenciales. El presidente no recibe a cualquiera.

Salmerón colgó y se quedó mirando el teléfono. Roberto tenía razón. Por brillante que fuera el proyecto de Aurora, él era solo un maestro de universidad pública con una década de experiencia en obras hidráulicas que en su mayoría habían terminado mal. Necesitaba gente con credenciales que le dieran peso al proyecto. Gente que supiera de lo que hablaba. Gente que estuviera dispuesta a arriesgar su reputación en algo que probablemente no llegaría a ningún lado.

Abrió su laptop y empezó a hacer una lista. No de nombres, sino de especialidades. Necesitaba un hidrogeólogo que entendiera de acuíferos. Un especialista en calidad del agua y tratamiento. Un experto en riego agrícola que conociera la realidad del campo mexicano. Y alguien, definitivamente alguien, que entendiera de políticas públicas y supiera navegar el laberinto de la burocracia mexicana.

Los nombres vinieron después, durante los siguientes días, mientras recordaba conferencias a las que había asistido, artículos que había leído, conversaciones que había tenido con colegas. Algunos nombres los descartó de inmediato: demasiado vendidos al gobierno, demasiado cómodos en sus puestos, demasiado cínicos para creer que algo podía cambiar. Los que quedaron en la lista final eran cuatro nombres de personas que probablemente pensarían que estaba loco, pero que al menos lo escucharían antes de decir que no.

El primer nombre de la lista era Óscar Triana Salazar, y Salmerón lo encontró exactamente donde esperaba encontrarlo: en una conferencia sobre gestión de recursos hídricos en Querétaro, presentando datos que nadie quería escuchar sobre la muerte lenta del acuífero del Valle de México.

La sala de conferencias del hotel Hacienda Jurica estaba medio vacía, como suelen estar las presentaciones técnicas después de la comida cuando la gente prefiere tomar café y hacer net working en el lobby. Salmerón se sentó en la última fila y escuchó mientras Óscar, un hombre delgado de cuarenta y ocho años con lentes de pasta negra y una calvicie incipiente que peinaba con demasiado cuidado hacia un lado, proyectaba gráficas que pintaban un futuro catastrófico.

—El acuífero del Valle de México tiene una tasa de extracción de sesenta metros cúbicos por segundo —decía Óscar con voz monótona, casi aburrida, como si estuviera leyendo la lista del súper—, mientras que la recarga natural es de veinticinco metros cúbicos por segundo. Esto significa que estamos extrayendo más del doble de lo que se repone. A la tasa actual, en el mejor escenario, tenemos cincuenta años de vida útil. En el peor escenario, que es el más probable considerando el crecimiento poblacional y el cambio climático, tenemos treinta.

Silencio en la sala. No el silencio atento de quien procesa información importante, sino el silencio incómodo de quien prefiere no pensar en lo que acaba de escuchar.

Cuando terminó la presentación, hubo tres preguntas corteses y un aplauso educado. Óscar recogió su laptop sin hacer contacto visual con nadie y salió de la sala. Salmerón lo siguió hasta el estacionamiento.

—Ingeniero Triana.

Óscar se volvió, sorprendido de que alguien hubiera memorizado su nombre.

—¿Sí?

—Me llamo Ignacio Salmerón. Soy maestro en el IPN. Vi su presentación.

—Ah. ¿Y?

—Y tengo una propuesta para usted.

Óscar lo miró con esa mezcla de escepticismo y cansancio que caracteriza a los científicos que llevan años advirtiendo sobre catástrofes que nadie atiende.

—Si es para otro estudio que nadie va a leer, no me interesa.

—No es un estudio. Es un proyecto de implementación real. Y tengo una cita con el presidente en tres meses.

Por primera vez desde que había empezado a hablar, Óscar mostró algo parecido al interés. No entusiasmo, todavía no, pero al menos curiosidad.

—¿Una cita con el presidente?

—Confirmada.

—¿Para qué?

—Para presentarle un plan integral de gestión hídrica nacional. Y necesito que usted sea parte del equipo técnico.

Óscar se quedó callado durante un momento que se sintió eterno. Luego suspiró y sacó las llaves de su coche del bolsillo.

—¿Sabe por qué llevo diez años presentando estos datos en conferencias?

—¿Por qué?

—Porque mi esposa murió de cáncer hace tres años. Los médicos dijeron que fue mala suerte, genética, esas cosas que dicen cuando no tienen explicación. Pero yo sé la verdad. Crecimos en Tultitlán, junto al río de los Remedios. Ese río que es prácticamente un canal de aguas negras industriales. Toda nuestra infancia jugando en agua contaminada. Toda nuestra juventud bebiendo agua de un acuífero contaminado por lixiviados. Y ahora ella está muerta y yo estoy aquí midiendo la catástrofe en lugar de evitarla.

Abrió la puerta de su coche pero no se subió. Se quedó ahí, con la mano en la puerta, mirando al suelo.

—Podemos quedarnos midiendo la catástrofe o intentar evitarla —dijo Salmerón suavemente—. Usted elige.

Óscar levantó la vista. Sus ojos detrás de los lentes estaban húmedos.

—¿Qué necesita que haga?

El segundo nombre fue más difícil de localizar. Teresa Miramontes Villaseñor, ingeniera ambiental del CIDETEQ con especialidad en química del agua, tenía reputación de ser brillante y conflictiva en proporciones iguales. Salmerón la encontró finalmente en San Luis Potosí, no en una conferencia sino en una oficina municipal llena de campesinos furiosos.

La escena era tensa cuando Salmerón entró al salón de cabildos del municipio de Villa de Reyes. Treinta o cuarenta ejidatarios, la mayoría hombres mayores con sombreros de palma y camisas de trabajo,

escuchaban mientras una mujer de cuarenta y dos años, delgada, con el cabello corto teñido de morado en las puntas y una playera que decía "El Agua No Se Vende, Se Defiende", señalaba con un puntero láser las fotografías proyectadas en una pantalla.

—Esta es la descarga directa de la planta minera al arroyo San Juan —decía Teresa con voz que no admitía interrupciones—. Pueden ver la coloración amarillenta del agua. Eso es cianuro y metales pesados. Esta otra foto es del mismo arroyo tres kilómetros río abajo, donde ustedes toman agua para sus animales. ¿Ven la espuma? Eso no es natural. Eso es contaminación industrial que está matando su ganado y probablemente también está en el agua que beben.

Un funcionario municipal, hombre de traje que sudaba copiosamente, intentó interrumpir:

—Ingeniera, con todo respeto, la empresa tiene todos sus permisos en orden y...

—Sus permisos están basados en estudios amañados —cortó Teresa sin mirarlo—. Yo revisé los análisis que presentaron a la Secretaría de Medio Ambiente. Los niveles de metales pesados que reportan son físicamente imposibles considerando el volumen de material que procesan. O mienten en los análisis o mienten en su producción declarada. En cualquier caso, están violando la norma.

—Eso es una acusación muy seria.

—Es una acusación documentada. Y si no hacen algo al respecto, estos señores van a demandar al municipio y van a ganar. Y yo voy a estar ahí como testigo experta explicándole a un juez exactamente cómo ustedes permitieron que envenenaran a su propia gente.

El funcionario se puso pálido. La reunión terminó diez minutos después con promesas vagas de "investigar el asunto" que todos sabían que no significaban nada. Los ejidatarios salieron más o menos satisfechos de al menos haber sido escuchados. Teresa salió por la puerta trasera cargando un maletín lleno de muestras de agua en botellas de plástico etiquetadas con marcador.

Salmerón la alcanzó en el estacionamiento.

—Ingeniera Miramontes.

Ella se volvió con expresión de fastidio.

—Si es periodista, ya di todas las entrevistas que voy a dar. Si es de la minera, dígle a su jefe que nos vemos en la corte.

—No soy ninguna de las dos cosas. Soy maestro de ingeniería en el Poli.

—¿Y?

—Y necesito hablar con usted sobre un proyecto nacional de gestión del agua.

Teresa lo miró de arriba abajo, evaluándolo. Luego soltó una risa corta que no tenía nada de divertida.

—¿Un proyecto nacional? ¿Del gobierno?

—Todavía no. Pero podría serlo.

—Mire, maestro, yo dejé tres trabajos bien pagados porque no estaba dispuesta a firmar estudios de impacto ambiental falsos. No voy a vender mi nombre para legitimar otro proyecto que solo va a servir para que alguien se robe el dinero.

—No le estoy pidiendo que venda nada. Le estoy pidiendo que me ayude a hacer algo real.

—¿Algo real? —Subió el tono—. ¿Sabe cuántas veces he escuchado eso? ¿Cuántos funcionarios me han dicho que esta vez sí va a ser diferente, que esta vez sí van a hacer las cosas bien? Y después de dos meses descubro que todo era simulación y que yo fui la tonta útil que les dio credibilidad.

—Entonces pregúnteme lo que quiera preguntarme —dijo Salmerón sin alterarse—. Verifique si esto es real o no. Pero al menos escúcheme antes de decidir.

Teresa lo miró durante un momento largo. Luego suspiró y dejó su maletín en el suelo.

—¿Quién más está en su equipo?

—Óscar Triana del IMTA.

—¿El de los acuíferos? Ese tipo es serio.

—Y necesito a alguien que sepa de tratamiento de aguas y que no tenga miedo de meterse con industrias poderosas.

—¿Quién va a querer chingarnos por esto?

—Todos.

Teresa sonrió por primera vez. Una sonrisa torcida pero genuina.

—Perfecto. Cuenten conmigo.

María Concepción Garza Montano fue más fácil de encontrar pero más difícil de convencer. Salmerón la localizó en el distrito de riego 017 de la Comarca Lagunera, donde estaba peleando su batalla particular contra el escepticismo campesino y la burocracia agraria.

La encontró en medio de una parcela demostrativa, bajo un sol que convertía el aire en gelatina transparente, explicándole a un grupo de ejidatarios cómo funcionaba el sistema de riego por goteo que había instalado en media hectárea de alfalfa.

—Miren, don Esteban —decía señalando las líneas negras de tubería que corrían entre las hileras verdes—. Con el riego por gravedad que usted usa, pierde el sesenta por ciento del agua por evaporación y filtración. Con este sistema, el agua va directo a la raíz de la planta. Cero

desperdicio. Y mire su parcela y mire la mía. Las dos tienen el mismo tipo de tierra, la misma semilla, el mismo tiempo sembradas. Pero la mía está usando la mitad del agua y produciendo veinte por ciento más forraje.

Don Esteban, hombre de casi setenta años con cara curtida por cuatro décadas de sol lagunero, escupió en el suelo y negó con la cabeza.

—Ingeniera, yo llevo cuarenta años sembrando como mi padre me enseñó. ¿Por qué voy a cambiar ahora?

—Porque en diez años ya no va a haber agua para sembrar como su padre. Y sus nietos no van a poder ser agricultores.

—Eso dicen todos los gobiernos. Siempre dicen que se va a acabar el agua y nunca se acaba.

Concepción apretó los labios, conteniendo la frustración. Tenía treinta y ocho años, cabello negro amarrado en una cola de caballo práctica, y la complexión fuerte de quien ha trabajado en el campo tanto como en la oficina. Era madre soltera de gemelos de doce años que en ese momento estaban con su madre en Torreón porque las escuelas de la Comarca no les convenían. Cada vez que venía a trabajar a los distritos de riego, pasaba semanas lejos de ellos, llamándolos por teléfono todas las noches, sintiéndose culpable por elegir su trabajo sobre su presencia, pero sabiendo que lo que hacía importaba.

—Don Esteban —dijo con paciencia que había aprendido a cultivar—, si esto fuera un engaño del gobierno, ¿cree que yo estaría aquí parada bajo el sol explicándole cómo funciona? Yo no trabajo para el gobierno. Trabajo para Chapingo y trabajo para ustedes. Y lo único que les pido es que confíen lo suficiente como para probar.

Salmerón esperó hasta que la conversación terminó y los ejidatarios se fueron antes de acercarse. Concepción estaba guardando sus herramientas en una caja de plástico cuando él habló.

—¿Siempre es así de difícil?

Ella se volvió, sorprendida de encontrar a alguien ahí.

—¿Quién es usted?

—Ignacio Salmerón. Maestro del IPN.

—¿Qué hace aquí?

—Buscarla a usted.

Le explicó el proyecto mientras ella seguía guardando sus cosas, aparentando no escuchar pero procesando cada palabra. Cuando terminó, Concepción cerró su caja de herramientas y se quedó mirando la parcela demostrativa que había instalado con sus propias manos.

—¿Sabe cuántos proyectos del gobierno federal han llegado aquí prometiendo resolver el problema del agua? —preguntó sin mirarlo—. Diecisiete en los últimos diez años. ¿Sabe cuántos han funcionado? Cero.

Porque todos llegan con sus modelos bonitos y sus presentaciones en PowerPoint y sus discursos de que esta vez sí va a ser diferente. Y luego desaparece el presupuesto, o cambia el funcionario, o simplemente se olvidan de que existimos.

—Este proyecto no va a olvidarse de ustedes.

—¿Cómo puedo saberlo?

—No puede. Pero puede ser parte de él para asegurarse de que si alguien intenta olvidarse, usted esté ahí para recordárselo.

Concepción se quedó callada durante un momento largo. Luego suspiró.

—Tengo una condición.

—¿Cuál?

—Si esto es una simulación más, me salgo al primer indicio. Y lo voy a denunciar públicamente. No me importa quedar mal con nadie. Mis hijos merecen crecer en un país donde el agua no sea un privilegio de ricos.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Así nada más?

—Así nada más. Si esto se convierte en simulación, espero que lo denuncie. Es más, cuento con ello.

Concepción lo miró con algo parecido al respeto.

—Está bien. Cuente conmigo.

El último nombre de la lista fue el más difícil. Artemio Alva y Rumayor tenía treinta y cuatro años, doctorado en Políticas Públicas del CIDE, y una carrera prometedora como académico y consultor que le permitía vivir cómodamente en Santa Fe sin tener que lidiar con la podredumbre del servicio público. También era el más cínico de todos, y con razón.

Salmerón tuvo que esperar dos semanas para conseguir una cita. Finalmente lo recibió en su oficina del décimo piso de una torre corporativa, con vista panorámica de la ciudad y un café espresso que probablemente costaba más que el almuerzo de Salmerón.

—Quince minutos —dijo Artemio sin levantarse de su silla de piel—. Tengo una videoconferencia con el Banco Mundial a las cuatro.

Salmerón expuso el proyecto en doce minutos. Artemio escuchó sin interrumpir, con esa expresión de cortesía profesional que no revela nada.

—Interesante —dijo cuando Salmerón terminó—. ¿Por qué cree que esta vez será diferente?

—No lo creo. Pero voy a intentarlo como si lo creyera.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única respuesta honesta que tengo.

Artemio se reclinó en su silla, estudiándolo.

—Trabajé en la Secretaría de Medio Ambiente durante el sexenio anterior. ¿Sabe qué aprendí? Que cada iniciativa real, cada proyecto que realmente podría cambiar algo, es castrado por las negociaciones políticas antes de llegar a ningún lado. Porque en México no hacemos política pública. Hacemos componendas.

—Lo sé.

—¿Y aun así quiere intentarlo?

—Sí.

—¿Por qué?

Salmerón se tomó un momento antes de responder.

—Porque tengo cincuenta y dos años y ya intenté el camino fácil. Trabajé en la iniciativa privada, diseñé proyectos que se cayeron por corrupción, firmé documentos que sabía que terminarían en un cajón. Y puedo vivir con eso, o puedo intentar hacer algo diferente aunque fracase. Prefiero fracasar intentándolo que vivir tranquilo sin haberlo hecho.

Artemio lo miró durante un momento largo. Luego sonrió, pero era una sonrisa sin alegría.

—¿Sabe qué es lo peor de lo que acaba de decir? Que me lo creo.

—¿Eso significa que acepta?

—Significa que lo voy a pensar.

Salmerón se levantó para irse. En la puerta, se volvió.

—Una última cosa. La pregunta no es por qué creo que esta vez será diferente. La pregunta es: ¿usted puede vivir sin intentarlo?

Tres días después, Artemio llamó. Su voz sonaba cansada, como si no hubiera dormido bien.

—Tengo una condición.

—¿Cuál?

—El día que vea que esto se convierte en simulación, lo denuncio públicamente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Ni siquiera va a intentar convencerme de que no lo haga?

—¿Para qué? Si se convierte en simulación, merecemos que nos denuncien.

Artemio soltó algo parecido a una risa.

—Está bien, maestro. Cuente conmigo. Pero me va a deber una disculpa cuando esto fracase.

—Y usted me va a deber una cuando funcione.

Dos semanas después, el equipo se reunió por primera vez en casa de Salmerón en Mixcoac. Era una casa modesta de dos pisos, con sala llena

de libros sobre ingeniería hidráulica, paredes decoradas con fotografías de presas y acueductos, y una cocina donde Salmerón había preparado café aguado y comprado pizzas de una cadena barata.

Ahí estaban los cinco: Óscar con su meticulosidad científica, Teresa con su combatividad sin filtro, Concepción con su pragmatismo campesino, Artemio con su cinismo académico, y Salmerón con su idealismo testarudo. Y Aurora, invitada como consultora júnior, sentada en un rincón con su laptop, tomando notas de todo.

Teresa levantó su cerveza.

—Por el equipo más brillante que jamás fracasará en México.

Salmerón levantó la suya.

—Por el equipo más brillante que lo intentará.

Chocaron botellas. Afuera empezó a llover, una de esas lluvias de octubre que en la Ciudad de México llegan demasiado tarde para llenar las presas pero lo suficientemente fuertes como para inundar las calles.

Alguien comentó: —Miren eso. Agua gratis cayendo del cielo, y en la ciudad ni siquiera tenemos cómo captarla.

Se rieron, pero era una risa amarga. Todos sabían lo que esa frase significaba. Sabían que tenían tres meses para convertir un proyecto académico en una propuesta presidencial. Sabían que las probabilidades estaban en su contra. Sabían que probablemente fracasarían.

Pero esa noche, en esa sala modesta con su café malo y sus pizzas baratas, por primera vez en mucho tiempo, todos ellos sintieron algo que habían olvidado: esperanza.

## **CAPÍTULO 3**

### **LA SALA DE GUERRA**

El aula 412 del edificio de posgrado llevaba tres años abandonada. Las sillas rotas se apilaban en un rincón, las ventanas tenían polvo acumulado de varios semestres, y el pizarrón blanco conservaba las ecuaciones fantasmales de alguna clase olvidada. Cuando Ignacio Salmerón empujó la puerta oxidada aquella mañana de agosto, con Aurora cargando cajas de documentos detrás de él, supo que habían encontrado exactamente lo que necesitaban: un lugar donde nadie los molestaría.

—Bienvenida a La Cisterna —dijo Salmerón, dejando caer su portafolio sobre la única mesa que parecía soportar peso—. Aquí es donde vamos a convertir tu tesis en algo que pueda cambiar al país.

Aurora miró alrededor con una mezcla de entusiasmo y aprensión. Las paredes descascaradas, las lámparas parpadeantes, el olor a humedad. No era precisamente el centro de operaciones que había imaginado.

—¿Por qué Cisterna?

Salmerón sonrió mientras abría las ventanas, levantando nubes de polvo.

—Porque es donde vamos a juntar todo el conocimiento que necesitamos para que México deje de morir de sed.

Durante los siguientes tres días, el espacio se transformó. Óscar Triana llegó con dos computadoras portátiles y un proyector que consiguió prestado del IMTA. Teresa Miramontes apareció con rollos de papel bond y mapas de cuencas hidrográficas que desplegó sobre las paredes como si decorara un cuartel militar. Concepción Garza trajo una cafetera industrial —"porque aquí nadie va a dormir mucho"— y Artemio Alva instaló un pizarrón nuevo con marcadores de colores que organizó con precisión casi obsesiva.

El primer día de trabajo completo comenzó con una realidad brutal: tenían ocho semanas para transformar las 247 páginas de la tesis de Aurora en un documento ejecutivo que pudiera ser presentado al presidente de la República. Ocho semanas para diseñar la solución al problema del agua en México.

—Está bien soñar —dijo Artemio mientras revisaba el índice del proyecto original—, pero necesitamos aterrizar esto. Un presidente no va a leer doscientas páginas de teoría hidráulica. Necesita números, plazos, costos, y sobre todo, necesita saber qué va a pasar en el primer año de su administración.

Salmerón asintió y tomó un marcador rojo.

—Entonces dividamos el proyecto en fases. Fase uno: corto plazo, tres años. Fase dos: mediano plazo, diez años. Fase tres: largo plazo, quince años. Y Aurora, tu trabajo es explicarnos exactamente qué debe pasar en cada una.

Durante las siguientes horas, Aurora expuso el corazón de su proyecto mientras los demás tomaban notas, interrumpían con preguntas técnicas y ocasionalmente se levantaban para dibujar diagramas en el pizarrón. La Fase I se enfocaba en lo urgente: reparación de fugas en redes urbanas, instalación de micromedidores inteligentes, campañas de captación pluvial domiciliaria, y tecnificación del riego agrícola en zonas críticas.

—El problema —interrumpió Óscar, ajustándose los lentes mientras señalaba una tabla de datos en su laptop— es que estás proponiendo intervenir simultáneamente en todos los frentes. Eso es logísticamente imposible y políticamente suicida.

—¿Por qué suicida? —preguntó Aurora, sintiendo que su proyecto comenzaba a desmoronarse.

—Porque —explicó Artemio con la paciencia de quien ha visto muchas buenas intenciones estrellarse contra la realidad— cada intervención va

a generar resistencia. Los sindicatos de trabajadores del agua no quieren medidores porque significa transparencia. Los agricultores no quieren tecnificación porque implica cambiar lo que han hecho durante generaciones. Y los gobiernos estatales no quieren inversión federal porque significa perder control.

Teresa, que había permanecido en silencio durante la discusión, golpeó la mesa.

—Entonces no hacemos nada porque todo tiene oposición. ¿Es eso lo que están diciendo?

—Estoy diciendo —respondió Artemio sin inmutarse— que necesitamos una estrategia política además de una estrategia técnica. Y eso significa priorizar.

La tensión se cortaba con navaja. Salmerón intervino antes de que la discusión escalara.

—Todos tienen razón. Aurora, tu proyecto es técnicamente brillante. Artemio, tienes razón en que necesitamos ser estratégicos. Propongo esto: en la Fase I nos enfocamos en cinco ciudades piloto. Ciudades donde la crisis sea tan evidente que la población presione a favor del proyecto, no en contra.

Concepción se levantó y señaló el mapa de México en la pared.

—Sugiero Torreón, San Luis Potosí, Aguascalientes, Querétaro y Hermosillo. Todas tienen más de medio millón de habitantes, todas tienen problemas hídricos documentados, y todas tienen gobernadores de oposición.

—¿Por qué de oposición? —preguntó Aurora.

Artemio sonrió por primera vez en la tarde.

—Porque si funciona en estados opositores, nadie podrá decir que es propaganda del gobierno federal. Es políticamente inteligente.

Durante la segunda semana, el equipo se dividió las responsabilidades. Óscar se hizo cargo de todos los aspectos hidrogeológicos: modelado de acuíferos, cálculo de recarga, identificación de zonas de sobreexplotación. Trabajaba hasta las tres de la mañana con sus hojas de cálculo, sus modelos predictivos, sus ecuaciones que al resto del equipo le parecían jeroglíficos.

Teresa tomó la parte más conflictiva: calidad del agua y contaminación industrial. Preparó un catálogo demoledor de empresas que descargaban sin tratamiento adecuado, con nombres, ubicaciones y niveles de contaminantes. Cuando Artemio revisó su trabajo, silbó entre dientes.

—Teresa, esto es dinamita pura. Si publicas estos nombres, vamos a tener demandas hasta en el desayuno.

—Que demanden —respondió ella sin levantar la vista de su computadora—. Los datos son datos. Si no podemos decir la verdad, ¿qué estamos haciendo aquí?

Concepción trabajó en el componente agrícola, el más delicado políticamente. El 76% del agua en México se usa en agricultura, pero la eficiencia promedio es del 46%. Mejorar eso significaba enfrentarse a millones de agricultores, muchos de ellos organizados en poderosos sindicatos campesinos.

—Necesitamos un modelo de adopción paulatina —explicó una noche mientras comían tacos al pastor que Aurora había traído—. No podemos llegar a imponerles la tecnificación. Tienen que verlo funcionar primero, en sus propias parcelas, con sus propios vecinos.

Artemio se encargó del componente que todos temían: el financiamiento. Su modelo era complejo pero elegante: 70% inversión federal, 30% estatal, con posibilidad de participación privada regulada y bonos verdes internacionales. Lo crucial era el mecanismo de transparencia radical que había diseñado: cada peso gastado sería rastreable en tiempo real a través de una plataforma digital pública.

—Los políticos van a odiar esto —advirtió—. La transparencia radical significa que no pueden robar. Y créanme, muchos de ellos viven de robar en obra pública.

—Entonces que lo odien —respondió Salmerón—. Este proyecto no sobrevive si no es transparente. La corrupción es lo que ha matado todos los intentos anteriores.

Aurora, mientras tanto, coordinaba todo. Era la más joven, la menos experimentada, pero tenía algo que los demás habían perdido con los años: la capacidad de ver el proyecto como un todo coherente. Cada noche, después de que los demás se iban, se quedaba hasta el amanecer integrando las diferentes piezas, asegurándose de que la visión original no se perdiera entre los detalles técnicos.

La tercera semana trajo la primera crisis seria. Óscar y Concepción tuvieron un enfrentamiento que casi termina con el proyecto.

—Necesitamos priorizar la recarga de acuíferos —insistía Óscar, señalando mapas que mostraban niveles freáticos cayendo año tras año—. En veinte años, el Valle de México no va a tener agua subterránea. Es física básica.

—Y en tres años —respondió Concepción elevando la voz—, los agricultores del Bajío van a quebrar si no tecnificamos el riego. Estamos hablando de la seguridad alimentaria del país.

—¡Estamos hablando de la viabilidad hídrica de veinte millones de personas!

—¡Estamos hablando de que la gente coma!

Salmerón dejó que se desahogaran. Había aprendido en sus años de experiencia que a veces los equipos necesitan explotar antes de encontrar soluciones. Cuando el silencio finalmente cayó sobre La Cisterna, habló.

—Tienen razón los dos. Y aquí está el problema real de México: todo es urgente. Todo es prioritario. Todo está en crisis. Por eso hemos fallado durante décadas. Porque intentamos hacer todo y terminamos sin hacer nada bien.

Teresa intervino, sorprendiendo a todos.

—¿Y si el proyecto mismo refleja esa complejidad? No digamos "esto primero, aquello después". Digamos "esto es lo que hay que hacer simultáneamente en diferentes frentes, con diferentes recursos, en diferentes escalas temporales". México no es un problema simple. ¿Por qué fingir que la solución lo es?

Fue Aurora quien lo conectó todo.

—Exacto. La Fase I no es "primero arreglamos las tuberías, luego el riego, luego los acuíferos". Es "en estos tres años, vamos a intervenir simultáneamente en redes urbanas, en agricultura, en acuíferos, pero con diferentes intensidades según la urgencia de cada región".

Artemio asintió lentamente, viendo cómo la estructura política comenzaba a tomar forma.

—Eso es vendible. Porque le das algo a cada sector, pero también exiges algo de cada sector.

Durante la cuarta semana, comenzaron a recibir visitantes no invitados. Un funcionario de CONAGUA apareció "casualmente" preguntando qué estaban haciendo. Salmerón lo despidió cortésmente pero con firmeza. Un periodista conocido por estar en la nómina de las grandes embotelladoras intentó entrevistarlos. Teresa lo sacó literalmente a empujones.

—Esto no me gusta —dijo Artemio una noche, revisando quién había estado preguntando por ellos—. Alguien está filtrando información. Alguien sabe que estamos preparando algo grande.

—¿De dónde viene la filtración? —preguntó Salmerón.

—Podría ser de Los Pinos. Podría ser de SEMARNAT. Podría ser de cualquier lado. Lo importante es que hay gente poderosa que ya nos tiene en el radar.

Las amenazas aún eran sutiles, pero estaban ahí. Salmerón comenzó a notar que lo seguían ocasionalmente. Nada obvio, nada que pudiera denunciar, pero un coche que aparecía demasiadas veces, un hombre que leía el periódico en la cafetería cada vez que él llegaba.

La quinta semana trajo tensiones personales. Concepción recibió una llamada de sus hijos llorando porque la extrañaban. Se encerró en el

baño durante media hora. Cuando salió, tenía los ojos rojos pero la mandíbula apretada.

—Estoy bien —dijo antes de que alguien preguntara—. Sigamos trabajando.

Teresa tuvo una pelea fuerte con su novia por teléfono. Todos en La Cisterna pudieron escuchar los gritos desde el pasillo. Cuando regresó, simplemente dijo:

—No quiero hablar de eso.

Óscar comenzó a tener ataques de ansiedad. Una tarde, mientras actualizaba sus modelos de acuíferos, se dio cuenta de que la situación era peor de lo que había calculado inicialmente. Los acuíferos se estaban agotando más rápido. El tiempo se acababa.

—¿Y si ya es demasiado tarde? —preguntó en voz alta, aunque nadie en particular lo escuchaba—. ¿Y si todo esto es inútil porque ya pasamos el punto de no retorno?

Aurora fue quien lo encontró hiperventilando en el pasillo. Se sentó junto a él en el suelo frío.

—Óscar, respira. Cuenta hasta diez. Respira.

—Los números no mienten, Aurora. Los números...

—Los números dicen que si no hacemos nada, estamos perdidos. Pero también dicen que si hacemos algo, podemos cambiar la tendencia. Tus propios modelos lo muestran.

Óscar respiró profundamente, una, dos, tres veces.

—¿Tienes razón?

—Tengo razón —respondió ella con una seguridad que no sentía completamente.

La sexta semana fue cuando Artemio casi renuncia. Recibió una oferta de trabajo en el sector privado, el triple de lo que ganaba como consultor, con la condición de que empezara inmediatamente.

—Es una coincidencia sospechosa —le dijo a Salmerón—. Tres semanas después de que empezamos este proyecto, de repente tengo la oferta de mi vida.

—¿Vas a aceptarla?

Artemio se quedó mirando por la ventana de La Cisterna. Afuera, la ciudad seguía su ritmo caótico, millones de personas viviendo sin saber que en ese edificio olvidado un grupo de personas estaba intentando cambiar su futuro.

—No lo sé. La parte cínica de mí dice que tome el dinero y corra. La parte idiota dice que me quede.

—¿Y cuál va a ganar?

—Siempre gana la parte idiota —respondió Artemio con una sonrisa cansada—. Por eso estoy aquí.

La séptima semana llegó el momento que Salmerón había estado posponiendo. Una madrugada, cuando solo quedaban él y Aurora trabajando, ella le preguntó algo que lo había estado molestando.

—Maestro, ¿por qué dejó la iniciativa privada? Sé que tuvo algo que ver con un proyecto en Sonora, pero nunca nos ha contado la historia completa.

Salmerón dejó de teclear. Se quitó los lentes y se frotó los ojos. Durante un largo minuto, no dijo nada. Luego, con una voz que Aurora no le había escuchado antes, comenzó a hablar.

—Hace diez años diseñé una presa para el río Sonora. Trescientos millones de pesos de inversión. Iba a beneficiar a tres comunidades, miles de hectáreas de cultivo. Era mi mejor trabajo. Técnicamente perfecto.

Hizo una pausa. Aurora no se atrevió a interrumpir.

—La licitación fue amañada. El contrato se lo dieron al cuñado de un senador. Su empresa no tenía experiencia en presas, solo en carreteras. Les advertí que el diseño era muy específico, que cualquier desviación podía ser catastrófica. Me ignoraron.

Salmerón se levantó y caminó hacia la ventana.

—La presa falló a los dos años. Un muro de contención mal construido. Las tres comunidades perdieron sus cosechas ese año. Cuarenta familias tuvieron que emigrar. Tuve las pruebas de la corrupción. Los documentos que mostraban cómo se había desviado el dinero, cómo se habían usado materiales más baratos, cómo se había falsificado mi firma en reportes que yo nunca autoricé.

—¿Y denunció?

Salmerón se giró, y Aurora vio algo en sus ojos que le dolió: vergüenza pura.

—Me amenazaron. Me dijeron que si hablaba, me iban a destruir profesionalmente. Me ofrecieron dinero para quedarme callado. Y yo... —su voz se quebró—. Yo me quedé callado. Tomé el dinero y me quedé callado. Tres comunidades sufrieron por mi cobardía.

El silencio en La Cisterna era absoluto. Afuera, el amanecer comenzaba a romper.

—Por eso estoy aquí —continuó Salmerón—. Por eso no me importa si me amenazan, si me investigan, si intentan destruirme. Ya me destruí yo mismo hace diez años. Esto es mi oportunidad de repararlo. No voy a volverme a quedar callado. Nunca.

Aurora se acercó y puso su mano en el hombro de su mentor.

—No está solo esta vez, maestro.

Al día siguiente, cuando todo el equipo llegó, Salmerón reunió a todos. Les contó la historia completa. Cuando terminó, nadie habló por un momento. Luego Teresa se levantó.

—Yo también tengo algo que confesar. Dejé tres trabajos porque me negué a firmar estudios ambientales falsos. Tres veces elegí la ética sobre mi carrera. Y las tres veces me quedé preguntándome si había valido la pena vivir con menos dinero solo por dormir tranquila.

Óscar carraspeó.

—Mi esposa murió de cáncer. Los médicos dijeron que no se podía saber la causa. Pero yo sé. Sé que fue por el agua contaminada en Tultitlán, donde crecimos. Nunca pude probarlo. Pero lo sé.

Concepción habló con voz temblorosa.

—Mis hijos merecen un país donde no tengan que elegir entre ser honestos o tener éxito. Por eso estoy aquí, aunque me cueste no verlos.

Artemio fue el último.

—Yo vi cómo cada proyecto real en el que trabajé en el gobierno fue castrado por negociaciones políticas. Vi cómo las buenas intenciones se convertían en simulación. Por eso me volví cínico. Pero ustedes... ustedes me están haciendo creer de nuevo. Y eso me aterra, porque ya sufrí antes cuando creí.

Aurora, con lágrimas en los ojos, habló por todos.

—Todos tenemos algo que reparar. Todos tenemos una razón por la que estamos aquí. Este proyecto no es solo sobre el agua. Es sobre demostrar que podemos hacer las cosas diferentes. Que podemos ser mejores.

Fue Salmerón quien resumió el sentimiento.

—Entonces hagámoslo bien. Sin atajos. Sin componendas. Si vamos a fallar, que sea porque el sistema es más fuerte que nosotros, no porque nosotros fuimos parte del sistema.

La octava semana fue una carrera contra el tiempo. El documento creció a 847 páginas con 43 anexos técnicos. Mapas cubrían todas las paredes. Las computadoras corrían modelos día y noche. El equipo dormía en turnos de cuatro horas en el piso de La Cisterna.

Artemio había diseñado el resumen ejecutivo: 28 páginas que un político pudiera leer en una hora y entender por qué este proyecto era diferente de todos los intentos anteriores. Usó un lenguaje simple sin sacrificar precisión técnica, un equilibrio delicado que le tomó diecisiete borradores lograr.

Teresa terminó el catálogo de obras prioritarias para la Fase I: 127 proyectos específicos, desde la reparación de fugas en Torreón hasta la construcción de plantas de tratamiento terciario en San Luis Potosí. Cada

proyecto con costos, tiempos, beneficiarios y riesgos claramente identificados.

Óscar completó el modelo predictivo que mostraba tres escenarios: sin intervención (catastrófico), con intervención parcial (mejoría moderada), y con intervención completa (recuperación significativa en quince años). Los gráficos eran dramáticos pero honestos.

Concepción preparó el plan de adopción paulatina para la tecnificación agrícola, con un componente crucial: los campesinos no serían beneficiarios pasivos sino socios activos. Cada distrito de riego tendría un consejo de participación con voz y voto en las decisiones técnicas.

Aurora coordinó todo, asegurándose de que las 847 páginas contaran una sola historia coherente: México tiene agua suficiente, pero la administra pésimamente. La solución no es un milagro técnico sino voluntad política y ejecución honesta.

La noche antes de la presentación presidencial, el equipo se quedó en La Cisterna hasta las cuatro de la mañana. El documento estaba impreso en cuatro tomos encuadernados. El resumen ejecutivo estaba listo. La presentación en PowerPoint tenía exactamente 40 diapositivas.

Estaban exhaustos. Estaban aterrados. Estaban listos.

Salmerón miró a su equipo: Óscar revisando por última vez sus cálculos, Teresa corrigiendo un mapa, Concepción hablando por teléfono con sus hijos, Artemio repasando los números financieros, Aurora organizando los tomos con manos temblorosas.

—Pase lo que pase mañana —dijo—, quiero que sepan algo. Este ha sido el mejor equipo con el que he trabajado en mi vida. Y el proyecto que hemos creado es lo mejor que he hecho en mi carrera. Estoy orgulloso de ustedes.

Teresa levantó su taza de café.

—Por el equipo más brillante que probablemente fracasará en México.

Salmerón sonrió y levantó su propia taza.

—Por el equipo más brillante que lo va a intentar.

Chocaron tazas. Afuera, la ciudad comenzaba a despertar. Adentro, seis personas que habían dejado de dormir por un sueño, empacaban el futuro del agua en México en cuatro tomos que, con suerte, alguien en el poder se dignaría a leer.

Aurora fue la última en salir. Apagó las luces de La Cisterna y cerró la puerta. En el vidrio polvoriento escribió con el dedo: "Aquí nació algo imposible."

No sabía si algún día alguien leería esas palabras. Pero necesitaba dejarlas escritas, como un testimonio de que algo había pasado en ese lugar olvidado, algo que podría cambiar millones de vidas.

O no cambiar nada.

En doce horas lo sabrían.

## **CAPÍTULO 4**

### **EN LA GUARIDA DEL PODER**

El reloj marcaba las nueve y cuarto de la mañana cuando el equipo atravesó las rejas de Palacio Nacional. La cita era a las diez. Ignacio Salmerón vestía su único traje, comprado doce años atrás para el funeral de su padre, ligeramente ajustado en los hombros pero aún presentable. Aurora llevaba un vestido azul marino que su madre le había prestado, demasiado formal para sus veinticuatro años pero apropiado para la ocasión. Los demás habían hecho lo posible por lucir profesionales con presupuestos modestos.

Óscar cargaba su laptop con los modelos predictivos. Teresa traía una carpeta roja con los mapas de contaminación más críticos. Concepción llevaba fotografías de parcelas demostrativas. Artemio portaba el resumen ejecutivo y los análisis financieros. Aurora abrazaba los cuatro tomos del proyecto como si fueran su primogénito.

—¿Nerviosos? —preguntó Salmerón mientras los conducían por los pasillos de cantera.

—Aterrados —respondió Teresa con una honestidad que hizo sonreír a todos.

Los hicieron esperar en un salón anexo con sillones de cuero gastado y retratos de presidentes muertos. Diez y cuarto. Diez y media. Diez cuarenta y cinco. Artemio miraba su reloj cada dos minutos.

—Y así empieza —murmuró—. El poder te hace esperar para recordarte quién manda.

A las once veinte apareció un asistente presidencial, joven, trajeado, con una tableta electrónica bajo el brazo.

—El presidente los recibirá ahora. Tienen cuarenta minutos.

No el despacho presidencial sino una sala de juntas. Salmerón sintió la primera punzada de decepción, pero la ocultó. Adentro los esperaba el presidente Othoniel Bañuelos de la Torre, cincuenta y ocho años, cabello entrecano, mirada cansada de político veterano. Lo acompañaban cinco personas más: el secretario de Hacienda, un hombre de sesenta años con expresión permanentemente escéptica; la secretaria de Medio Ambiente, Elisa Monreal, cuarenta y cinco años, única persona en la sala que parecía genuinamente interesada; el director de CONAGUA, territorial y a la defensiva desde que entraron; y dos asesores jóvenes que no se presentaron pero tomaban notas en sus tablets.

—Adelante, ingeniero Salmerón —dijo el presidente señalando el proyector—. Tengo curiosidad por ver qué ha preparado.

Salmerón conectó la laptop al proyector con manos que temblaban apenas perceptiblemente. Cuarenta minutos. Usó treinta y ocho.

Empezó con el problema, sin endulzar nada. México tiene agua suficiente pero pésimamente distribuida y peor administrada. Treinta y dos por ciento de pérdidas en redes urbanas. Setenta y seis por ciento del agua va a agricultura de baja eficiencia. Ciento dos de ciento cincuenta y tres acuíferos sobreexplotados. Ríos convertidos en cloacas. La crisis no es de cantidad sino de gestión.

El presidente escuchaba sin interrumpir. El secretario de Hacienda fruncía el ceño cada vez más. La secretaria Monreal asentía ocasionalmente.

Luego vino la solución. Óscar tomó el control para explicar los modelos de recarga de acuíferos. Proyectó mapas donde puntos rojos indicaban zonas críticas. Mostró cómo la sobreexplotación podía revertirse en quince años con las intervenciones correctas.

Teresa presentó las fotografías de ríos contaminados con datos precisos de metales pesados y compuestos orgánicos. No mencionó nombres de empresas, pero los números eran lo suficientemente específicos como para que cualquiera con acceso a bases de datos pudiera identificarlas.

Concepción explicó el modelo de tecnificación agrícola participativa. Mostró fotografías de parcelas demostrativas donde el riego por goteo había aumentado rendimientos treinta por ciento mientras reducía consumo de agua sesenta por ciento.

—Los campesinos no son el enemigo —dijo con convicción—. Son aliados potenciales si los tratamos como socios, no como beneficiarios pasivos.

Artemio desglosó el modelo financiero. Inversión federal-estatal setenta-treinta. Bonos verdes internacionales. Participación privada regulada. Y el componente crucial: transparencia radical mediante plataforma digital donde cada peso sería rastreable en tiempo real.

—Costo total de la Fase I: ochenta y tres mil millones de pesos en tres años —dijo, dejando que el número flotara en el aire—. Es mucho dinero. Pero es menos del tres por ciento del presupuesto federal anual. Y el costo de no hacer nada es incalculablemente mayor.

Durante la presentación, Aurora permaneció callada junto a Salmerón. Hasta que el presidente hizo una pregunta directa.

—Ingeniera González, usted diseñó esto. Dígame: ¿cuál es el costo promedio de instalación de captación pluvial domiciliaria en zonas urbanas?

Aurora sintió todas las miradas sobre ella. Respiró profundo.

—Quince mil pesos por vivienda, señor presidente. Instalación completa: tinaco de mil litros, sistema de filtrado básico, canaletas y conexión a red doméstica. Recuperación de inversión en tres años por ahorro en consumo de agua potable de red.

—¿Y en colonias populares donde no tienen recursos para la inversión inicial?

—Proponemos microcréditos subsidiados a tasa cero, pagaderos en cinco años mediante descuento directo en recibo de agua. Si una familia ahorra quinientos pesos mensuales en agua potable y paga trescientos del crédito, sigue ganando doscientos al mes desde el primer día.

El presidente asintió, impresionado por la respuesta sin titubeos.

Cuando terminaron, el silencio duró diez segundos eternos. El presidente miró sus notas. Luego miró a su gabinete.

—¿Comentarios?

El secretario de Hacienda fue el primero, previsiblemente.

—Señor presidente, el costo es astronómico. Ochenta y tres mil millones en Fase I, pero el documento completo proyecta inversiones por trescientos mil millones en quince años. Y políticamente, pedirles a los gobernadores que pongan treinta por ciento cuando ya están peleados con nosotros por otras reformas...

El director de CONAGUA se sumó.

—Además, esto reorganizaría completamente nuestras atribuciones. El documento propone crear una Comisión Nacional de Seguridad Hídrica que estaría por encima de CONAGUA. No estoy seguro de que eso sea constitucional. Y operativamente, tendríamos que reentrenar a veinticinco mil empleados en nuevos sistemas.

La secretaria Monreal intervino con firmeza.

—¿Y la alternativa es qué? ¿Esperar a que Monterrey colapse en dos años? ¿A que el Bajío se quede sin agua para producir alimentos? Este proyecto es ambicioso, sí, pero es la primera propuesta seria que veo en veinte años de trabajar en temas ambientales.

El debate continuó durante quince minutos más. Argumentos técnicos, políticos, presupuestales, legales. El equipo escuchaba en silencio, sintiendo cómo su proyecto era diseccionado por el poder.

Finalmente, el presidente levantó la mano.

—Déjenme pensarlo. Les doy respuesta en dos semanas.

Salmerón sintió el estómago caer. Dos semanas. La frase universal del poder para decir "nunca". Se levantó, pero antes de salir, algo en él se quebró.

—Señor presidente, con todo respeto, las dos últimas veces que presenté proyectos hídricos importantes, me dijeron exactamente lo mismo. Nunca volví a saber nada. Los proyectos murieron en algún cajón de alguna oficina.

El presidente lo miró fijamente. Los asesores se tensaron. El secretario de Hacienda apretó los labios con desaprobación. Artemio pensó: "Ahí va todo al carajo."

—¿Me está llamando mentiroso, ingeniero?

Salmerón tragó saliva pero sostuvo la mirada.

—Le estoy pidiendo un compromiso. Aunque sea de rechazo. Pero un compromiso real. No otra frase amable que significa "olvídense de esto".

El silencio era tan denso que se podía cortar. Los segundos se estiraban. Finalmente, el presidente hizo algo inesperado: sonrió.

—Me cae bien, Salmerón. Tiene agallas. —Se levantó y extendió la mano

—. Tiene respuesta en una semana. No dos. Una. Palabra de presidente.

Salmerón le estrechó la mano, sintiendo el apretón firme, la mirada directa.

—Gracias, señor presidente.

Mientras los escoltaban fuera de Palacio Nacional, nadie habló hasta llegar a la calle. Entonces Teresa explotó.

—¿Por qué lo presionaste así? ¡Pudiste arruinarlo todo! ¡Le hablaste como si fueras su igual!

Salmerón se detuvo en la banqueta, bajo el sol de mediodía que golpeaba el Zócalo.

—Porque estoy harto de las mentiras corteses. Estoy harto de que traten a los ciudadanos como niños que no merecen respuestas directas. Si este proyecto va a morir, que muera con la verdad, no con promesas vacías.

Óscar, para sorpresa de todos, puso su mano en el hombro de Salmerón.

—Hiciste bien. Yo también estoy harto.

Los siguientes cinco días fueron de ansiedad pura. Cada vez que sonaba el teléfono de Salmerón, el equipo se tensaba. Nada. Revisaban noticias buscando señales. Nada. Artemio intentó llamar a contactos en el gobierno. Nadie sabía nada, o nadie quería decir nada.

El cuarto día, Salmerón recibió un mensaje de texto de un número desconocido: "Prepárense. Viene decisión. No es lo que esperan." No había firma.

—¿Qué significa eso? —preguntó Aurora cuando Salmerón les mostró el mensaje.

—Podría significar cualquier cosa —respondió Artemio—. O podría ser alguien jugando con nosotros.

El sexto día, viernes, a las seis de la tarde, cuando el equipo estaba a punto de irse de La Cisterna derrotados por otra semana sin noticias, el teléfono de Salmerón sonó. Número de Los Pinos.

Puso el altavoz. Era el secretario particular del presidente.

—Ingeniero Salmerón, el presidente los verá el lunes a las ocho de la mañana. Vengan preparados para trabajar, no para presentar.

—¿Eso significa...?

—Significa que el proyecto avanza. Con modificaciones, pero avanza. El presidente quiere sentarse con ustedes a discutir la implementación.

Cuando colgó, el silencio duró tres segundos. Luego Aurora gritó. Teresa se cubrió la cara con las manos. Óscar se dejó caer en una silla. Concepción empezó a llorar. Artemio, el cínico, el escéptico, simplemente dijo:

—Putra madre. Lo logramos.

Salmerón no celebraba. Miraba por la ventana de La Cisterna hacia la ciudad que no sabía que su futuro hídrico acababa de cambiar.

—No hemos logrado nada todavía —dijo finalmente—. Esto apenas empieza. Ahora viene lo difícil.

Esa noche, el equipo se reunió en La Cisterna con cervezas baratas y tacos al pastor. No era una celebración desbordada sino un reconocimiento silencioso de que habían cruzado una línea. Ya no eran soñadores con un proyecto imposible. Eran personas con responsabilidad real sobre el futuro del agua en México.

—¿Qué modificaciones creen que pida? —preguntó Concepción.

—Probablemente recortar presupuesto —dijo Artemio—. Probablemente suavizar la transparencia radical. Probablemente eliminar las partes que afecten intereses muy poderosos.

—¿Y qué hacemos si pide que eliminemos lo esencial?

Salmerón contestó sin dudar.

—Entonces nos vamos. Este proyecto vale la pena solo si mantiene su integridad. Prefiero que muera siendo honesto a que sobreviva siendo simulación.

Aurora levantó su cerveza.

—Por decir que no cuando sea necesario.

Todos levantaron sus cervezas.

—Por decir que no —repitieron.

A las once de la noche, cuando los demás ya se habían ido, Aurora se quedó ayudando a Salmerón a limpiar La Cisterna. Mientras recogían platos desechables y botellas vacías, ella le preguntó algo que la había estado molestando.

—Maestro, ¿realmente está dispuesto a tirar todo si el presidente pide cambios que comprometan el proyecto?

Salmerón dejó de limpiar y miró a su alumna.

—Aurora, hace diez años me quedé callado cuando debí hablar. Esa decisión me ha perseguido cada día desde entonces. No voy a repetir ese error. Este proyecto es importante, pero nuestra integridad es más importante. Sin integridad, somos solo parte más de la simulación que estamos tratando de combatir.

—¿Y si perdemos todo?

—Entonces perdemos sabiendo que lo intentamos de la manera correcta. Eso es más valioso que ganar de la manera equivocada.

Aurora asintió lentamente.

—Está bien. Entonces el lunes decimos que no a lo que tengamos que decir que no.

—El lunes decimos que no —confirmó Salmerón.

Cerraron La Cisterna pasada la medianoche. En la pizarra, alguien había escrito con marcador azul: "Fase I aprobada (tal vez)." Era un recordatorio perfecto de dónde estaban: en el tal vez, en el espacio incierto entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecución.

El fin de semana fue largo. Ninguno pudo descansar realmente. Salmerón repasó el proyecto completo dos veces, anticipando preguntas, preparando respuestas, identificando qué podía negociarse y qué era innegociable. Artemio hizo simulaciones de diferentes escenarios presupuestales. Óscar actualizó sus modelos con los datos más recientes. Teresa investigó precedentes legales de proyectos similares. Concepción habló con contactos en el sector agrícola para medir reacciones potenciales.

Aurora no hizo nada de eso. En cambio, fue a Nezahualcóyotl a visitar a su familia. Su padre estaba intentando reparar una fuga en la casa de un vecino cuando ella llegó.

—¿Cómo va tu proyecto del agua, hija? —preguntó sin levantar la vista de la tubería.

—El lunes tenemos reunión con el presidente. Va a decidir si lo aprueba. Su padre dejó las herramientas y la miró.

—¿El presidente de la República?

—Sí, papá.

Don Jaime González, plomero de cincuenta y dos años, con manos encallecidas y espalda jorobada por treinta años de trabajo duro, abrazó a su hija.

—Estoy orgulloso de ti. Ganes o pierdas, estoy orgulloso.

Esa noche, Aurora no pudo dormir. Se quedó en la azotea de la casa familiar mirando los tinacos que salpicaban el paisaje urbano de Nezahualcóyotl. Cada tinaco representaba la desconfianza en que el

agua llegara cuando se necesitara. Cada tinaco era un símbolo del fracaso del Estado.

"Vamos a cambiar eso", pensó. "Aunque nos cueste todo."

El lunes a las siete de la mañana, el equipo se reunió frente a Palacio Nacional. Esta vez no los hicieron esperar. Los condujeron directamente a una sala de trabajo más pequeña, más íntima. Había una mesa larga con café y galletas. El presidente llegó a las ocho en punto, solo con la secretaria Monreal y un asesor.

—Buenos días —dijo sentándose sin ceremonia—. Leí su proyecto completo durante el fin de semana. Las ochocientas cuarenta y siete páginas. Me tomó dos días.

Hizo una pausa para servirse café.

—Es brillante. Es ambicioso. Y es políticamente suicida tal como está planteado.

El equipo se tensó. Aquí venía.

—Pero —continuó el presidente— también es lo único que tiene posibilidad real de funcionar. Así que vamos a hacerlo. Con ajustes, pero lo vamos a hacer.

Durante las siguientes tres horas, negociaron. El presidente quería reducir el presupuesto inicial de ochenta y tres mil millones a sesenta mil millones. Artemio demostró que eso eliminaría proyectos críticos. Llegaron a setenta y dos mil millones.

El presidente quería suavizar el esquema de transparencia radical para no antagonizar a todos los gobernadores simultáneamente. Teresa se plantó: sin transparencia radical, el proyecto sería devorado por la corrupción como todos los anteriores. Llegaron a un compromiso: transparencia total en obras federales, transparencia gradual en obras estatales.

El presidente quería eliminar la revocación de concesiones a grandes usuarios industriales. Óscar explicó que sin eso, los acuíferos seguirían agotándose. La secretaria Monreal lo apoyó. El presidente cedió, pero pospuso las revocaciones para el año dos, no el año uno.

Fueron negociaciones duras pero honestas. En ningún momento Salmerón sintió que le estuvieran pidiendo traicionar lo esencial. Eran ajustes pragmáticos, no capitulaciones.

A las once de la mañana, el presidente se levantó y extendió la mano.

—Tienen su proyecto, ingeniero Salmerón. Modificado, pero vivo. Ahora viene lo difícil: hacerlo realidad.

Salmerón estrechó la mano, sintiendo el peso de lo que acababan de aceptar.

—No lo vamos a defraudar, señor presidente.

—Más vale que no —respondió el presidente con una sonrisa cansada—. Porque acabo de apostar mi capital político en ustedes. Si fracasan, fracaso yo. Y si fracaso yo, este país pierde una oportunidad que no volverá en una generación.

Mientras salían de Palacio Nacional, bajo el sol brillante de la mañana, el equipo caminaba en silencio. No había euforia. Solo la conciencia profunda de que habían cruzado el punto de no retorno.

Ya no eran críticos del sistema. Eran parte del sistema. Y eso cambiaba todo.

## **CAPÍTULO 5**

### **EL MAPA DE LOS ENEMIGOS**

La oficina en la Secretaría de Medio Ambiente olía a pintura fresca. Tres escritorios, seis sillas, dos archiveros metálicos y una ventana que daba al Periférico. No era lujosa, pero era suya. La placa en la puerta decía: "Comisión Asesora Técnica - Plan Nacional de Seguridad Hídrica."

Ignacio Salmerón se sentó en su nuevo escritorio y abrió el sobre manila que le habían entregado con su nombramiento oficial. Sueldo mensual de cuarenta y dos mil pesos. Modesto para estándares de funcionario, generoso comparado con su salario de maestro del IPN. Leyó las responsabilidades: diseñar la Fase I con detalle ejecutivo en seis meses, coordinarse con CONAGUA, presentar reportes quincenales a la Secretaría Monreal.

Seis meses. Ciento ochenta días para convertir ochocientas páginas de proyecto en realidad operativa.

El primer día fue administrativo y frustrante. Trámites para credenciales, firmas en documentos de confidencialidad, reuniones con recursos humanos. Aurora pasó tres horas intentando que le asignaran una computadora funcional. Artemio descubrió que el presupuesto autorizado aún no había sido transferido a las cuentas operativas y no llegaría hasta dentro de un mes.

—Bienvenidos a la burocracia —dijo con su cinismo habitual—. Donde todo es urgente pero nada es rápido.

El segundo día trajeron el primer golpe de realidad. Artemio había sido invitado a presentar el esquema de coparticipación 70/30 en una reunión de la CONAGO, la Conferencia Nacional de Gobernadores. Salíó de ahí pálido.

—Tenemos un problema —dijo al regresar a la oficina—. Un problema enorme.

Reunió al equipo y relató lo sucedido. Antes de que comenzara la reunión formal, un gobernador del norte lo había abordado en el pasillo.

Un hombre de sesenta años, tres veces gobernador de su estado, conocido por sus vínculos estrechos con las grandes constructoras.

—Licenciado Alva, su proyecto está muy bonito en papel —le había dicho con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Pero olvida algo fundamental: nosotros ya tenemos compromisos con ciertos proveedores. Contratos de palabra, entiende. Si van a hacer licitaciones transparentes como proponen, muchos de nosotros vamos a tener... problemas.

Artemio había respondido con diplomacia profesional, explicando que las licitaciones transparentes eran innegociables. El gobernador había asentido, seguía sonriendo.

—Por supuesto, por supuesto. Solo le digo que va a ser más difícil de lo que piensan. Los gobernadores somos los que finalmente implementamos. Y si no estamos contentos... bueno, hay muchas formas de que las cosas no funcionen.

En la reunión formal, Artemio había hecho su presentación. De treinta y dos gobernadores presentes, solo doce habían mostrado apoyo genuino. Veinte habían hecho preguntas hostiles o se habían mantenido en silencio calculador.

—¿Cuántos votos necesitamos? —preguntó Óscar.

—Todos —respondió Artemio—. Porque cada gobernador controla el agua en su estado. Si veinte de ellos deciden sabotearnos, podemos tener todo el dinero federal del mundo y no va a servir de nada.

Teresa golpeó la mesa.

—Entonces peleamos. Hacemos público quiénes están obstruyendo y por qué. Usamos presión mediática.

—No podemos —intervino Salmerón—. Si los atacamos públicamente ahora, los convertimos en enemigos permanentes. Necesitamos una estrategia más sutil.

Durante los siguientes días, Artemio elaboró un mapa político detallado. En la pared de la oficina colgó un mapa de México donde marcó con diferentes colores cada estado según la disposición de su gobernador: verde para aliados convencidos, amarillo para indecisos, rojo para opositores.

Doce verdes. Ocho amarillos. Doce rojos.

—Los verdes son estados con crisis hídrica evidente y gobernadores desesperados por soluciones —explicó—. Los amarillos son estados donde la crisis aún no es catastrófica y los gobernadores están esperando a ver qué pasa. Los rojos son estados donde los gobernadores tienen mucho que perder con la transparencia.

—¿Y cómo volteamos a los amarillos? —preguntó Aurora.

—Demostrando resultados rápidos en los estados verdes. Si funciona, la presión de sus propias poblaciones los obligará a sumarse.

Pero el obstáculo de los gobernadores era solo el primero. El segundo llegó por correo electrónico una semana después. Teresa había estado investigando las concesiones de agua para uso industrial cuando descubrió algo que la hizo llamar a reunión de emergencia.

—Las embotelladoras nos tienen en el radar —dijo, proyectando documentos en la pared—. Y están moviéndose.

Había encontrado evidencia de una campaña de cabildeo coordinada. Tres grandes compañías de agua embotellada, dos transnacionales y una mexicana, habían contratado a los cabilderos más caros del país. Su argumento era sutil pero efectivo: si el gobierno mejora el agua de la llave, la industria del agua embotellada quebrará y se perderán cincuenta mil empleos directos.

—Es una mentira —dijo Teresa con indignación—. La industria no va a quebrar, solo va a dejar de crecer exponencialmente a costa de la sobreexplotación de acuíferos.

Óscar había revisado los datos.

—Es peor de lo que pensamos. Tres de estas compañías tienen concesiones en acuíferos que ya están en números rojos. En nuestro proyecto, esas concesiones serían revocadas. Estamos hablando de dos millones de litros diarios que tendrían que dejar de extraer.

—¿Cuánto poder político tienen? —preguntó Salmerón.

Artemio había hecho su tarea.

—Emplean a cincuenta mil personas. Pagan impuestos por tres mil millones anuales. Tienen acuerdos comerciales con las cadenas de supermercados más grandes. Y, crucialmente, patrocinan programas sociales en estados clave. Tienen mucho poder.

—¿Qué proponen? —preguntó Concepción.

—Ya lo propusieron —respondió Artemio—. Quieren que eliminemos la revocación de concesiones a cambio de que "voluntariamente" reduzcan su extracción en diez por ciento durante cinco años.

Teresa se puso de pie.

—Diez por ciento en cinco años es nada. Es una burla. Los acuíferos necesitan reducción de sesenta por ciento en tres años o colapsarán.

—Lo sé —dijo Salmerón—. Pero necesitamos decidir cómo enfrentarlos. ¿Los confrontamos públicamente o negociamos en privado?

La discusión se extendió dos horas. Teresa quería guerra mediática total. Artemio argumentaba por negociación estratégica. Óscar quería buscar evidencia científica irrefutable de daño. Concepción sugería buscar aliados en otras industrias que también sufrieran por la escasez de agua.

Finalmente, Salmerón decidió.

—Teresa, prepara un informe técnico demoledor sobre la sobreexplotación causada por extracción comercial. Datos puros, sin mencionar nombres de empresas. Lo hacemos público en un mes. Mientras tanto, Artemio intenta negociar. Les damos oportunidad de ajustarse voluntariamente. Si no aceptan, soltamos el informe y las nombramos.

—¿Y si nos demandan? —preguntó Aurora.

—Que demanden —respondió Salmerón—. Los datos son datos.

El tercer obstáculo llegó cuando menos lo esperaban. Concepción había viajado a Michoacán para evaluar la viabilidad de tecnificar el distrito de riego 097, una zona productora de aguacate. Regresó tres días después, visiblemente alterada.

Pidió reunión privada solo con Salmerón. Cerró la puerta de la pequeña oficina.

—Tenemos un problema que no habíamos considerado —dijo con voz temblorosa—. El crimen organizado.

Le contó lo que había descubierto. En Michoacán, el agua de riego no la controlaba el gobierno sino el cártel local. Cobraban cuotas a los agricultores por acceso al agua. Decidían quién podía sembrar aguacate, el cultivo más demandante de agua pero también el más rentable. Si el gobierno regularizaba el riego, su negocio se complicaba.

—Un ejidatario me advirtió —dijo Concepción—. Me dijo que dos funcionarios de CONAGUA habían sido asesinados el año pasado. Oficialmente accidentes. Oficialmente.

Salmerón sintió que el piso se movía bajo sus pies. Una cosa era pelear contra políticos corruptos y empresas poderosas. Otra muy distinta era enfrentarse a organizaciones criminales dispuestas a matar.

—¿Qué propones?

—Posponer Michoacán. Empezar con estados donde no haya presencia criminal fuerte. Demostrar que funciona en otros lados y luego, con más poder político, intentar Michoacán.

Era una retirada táctica. Salmerón lo sabía. Pero también era sensato.

—De acuerdo. Pero esto tiene que quedar documentado. Tiene que quedar claro por qué no entramos a Michoacán todavía. No por cobardía, sino por estrategia.

Esa noche, Salmerón llamó a la secretaria Monreal y le informó de la situación. Ella guardó silencio durante un minuto completo.

—Necesitan protección —dijo finalmente—. Voy a hablar con el secretario de Seguridad. Pero Salmerón, tienen que entender algo: este proyecto está tocando nervios que van más allá de lo técnico. Están

amenazando intereses que han operado impunemente durante décadas. Va a ponerse peor antes de mejorar.

—Lo sé.

—¿Van a seguir adelante?

Salmerón pensó en sus compañeros, en Aurora con su idealismo intacto, en Concepción con sus hijos, en Teresa con su valentía, en Óscar con su precisión científica, en Artemio con su cinismo que ocultaba esperanza.

—Vamos a seguir adelante. Pero con los ojos abiertos.

El cuarto obstáculo era el más insidioso porque venía de adentro del propio gobierno. El director de CONAGUA, en lugar de apoyarlos, los boicoteaba sutilmente. Les negaba acceso a bases de datos actualizadas. Retrasaba reuniones de coordinación. Filtraba información incompleta a la prensa para generar confusión.

Después de dos semanas de obstaculización sistemática, Salmerón pidió reunión con él. Se encontraron en su oficina, un espacio amplio con vista al Ajusco, decorado con fotografías de presas y acueductos.

—¿Por qué nos sabotea, director?

El hombre, de cincuenta y ocho años, veterano de treinta años en el organismo, lo miró con algo que podría haber sido lástima.

—No los saboteo, ingeniero. Los estoy protegiendo de su propia ingenuidad.

—Explíquese.

El director se sirvió un café sin ofrecerle a Salmerón.

—Ustedes son aficionados jugando en las ligas mayores. Su proyecto propone reorganizar completamente un organismo de veinticinco mil empleados. ¿Sabe cuántos de ellos perderían privilegios? ¿Cuántos tienen acuerdos bajo el agua con contratistas? ¿Cuántos viven de las mordidas y las cuotas?

—Por eso necesitamos cambiar todo.

—No entiende —el director negó con la cabeza—. La corrupción de arriba es ruidosa, visible. Pero la corrupción de abajo es la que realmente mueve al país. Miles de trabajadores de base que sacan quinientos pesos extra por hacer un trámite más rápido, por aprobar un permiso irregular, por cerrar los ojos ante una anomalía. Ustedes amenazan eso. Y créame, la venganza de los de abajo es más efectiva que la de los de arriba.

Salmerón sintió náusea.

—¿Me está diciendo que no puedo confiar en su propia gente?

—Le estoy diciendo que si quiere implementar este proyecto, va a necesitar crear estructuras paralelas. Porque las estructuras existentes van a resistirse con todas sus fuerzas.

Era una declaración de guerra institucional. O más bien, una declaración de que la guerra ya existía y ellos apenas la estaban descubriendo.

Al final de la primera semana de octubre, dos meses después de haber sido incorporados oficialmente al gobierno, el equipo se reunió para hacer inventario de enemigos.

Artemio había actualizado su mapa. Ahora no solo incluía estados sino actores.

—Gobernadores: veinte de treinta y dos en nuestra contra o indecisos. Embotelladoras: activamente cabildean contra nosotros. Crimen organizado: amenaza real en al menos cinco estados. CONAGUA: resistencia institucional desde adentro. Sindicatos de trabajadores del agua: preocupados por transparencia. Grandes agricultores: temerosos de perder concesiones históricas.

Teresa lo resumió brutalmente.

—Estamos rodeados.

—No completamente —intervino Aurora, sorprendiéndolos a todos—. También tenemos aliados. La secretaria Monreal. Doce gobernadores convencidos. Organizaciones ciudadanas que llevan años peleando por el agua. Académicos en todas las universidades. Y sobre todo, tenemos a la gente. Millones de personas que todos los días sufren por el agua.

Óscar asintió.

—Aurora tiene razón. El problema es que nuestros enemigos están organizados y nuestros aliados están dispersos.

—Entonces organicémoslos —dijo Aurora con una convicción que contrastaba con su juventud.

Salmerón la miró con algo cercano al orgullo paternal.

—¿Qué propones?

—Hacer público el proyecto. No esperar a tener resultados. Abrir todo ahora. Publicar el documento completo. Crear una página web donde la gente pueda ver cada peso que gastamos, cada obra que planeamos, cada obstáculo que enfrentamos. Convertir a la ciudadanía en nuestros fiscales.

Artemio frunció el ceño.

—Es arriesgado. Si lo hacemos público sin tener resultados aún, los enemigos nos van a hacer pedazos en medios antes de que logremos nada.

—Y si esperamos —respondió Aurora—, nos van a neutralizar en silencio y nadie se va a enterar.

La discusión se extendió toda la tarde. Teresa apoyaba la transparencia total. Óscar temía que los datos científicos fueran malinterpretados por

medios sensacionalistas. Concepción estaba preocupada por su seguridad si se volvían muy visibles.

Salmerón escuchó todos los argumentos. Finalmente decidió con una estrategia intermedia.

—Hacemos público el proyecto en un mes. Eso nos da tiempo para tener al menos un resultado tangible que mostrar. Pero empezamos ya a preparar la plataforma digital de transparencia. Y Aurora, tú vas a ser nuestra vocera pública. Eres joven, eres mujer, vienes de abajo. Eres la mejor cara que podemos mostrar.

—¿Yo? —Aurora estaba genuinamente sorprendida—. Maestro, soy la más joven, la menos experimentada...

—Por eso mismo. La gente se va a identificar contigo. Los medios van a querer entrevistarte. Y tú tienes algo que ninguno de nosotros tiene: credibilidad de quien vivió el problema. Tu papá es plomero en Neza. Tú cargaste cubetas de agua toda tu infancia. Esa historia es más poderosa que todos nuestros doctorados juntos.

Teresa sonrió.

—El maestro tiene razón. Vas a ser nuestra arma secreta.

Durante las siguientes semanas, mientras avanzaban en el diseño técnico de la Fase I, también construyeron su estrategia de comunicación. Aurora trabajó con un diseñador web que Artemio conocía para crear una plataforma donde cada proyecto estaría documentado con fotografías, presupuestos, calendarios y responsables.

Decidieron lanzarla el 15 de noviembre con una conferencia de prensa. Pero tres días antes del lanzamiento, Salmerón recibió una llamada que lo heló.

Era su ex esposa, desde Guadalajara, histérica.

—Ignacio, alguien entró a la casa anoche. No robaron nada. Solo dejaron una nota en el cuarto de nuestra hija.

—¿Qué decía la nota?

Hubo un silencio. Luego su ex esposa leyó con voz quebrada:

—"Dile a tu papá que se calme."

Salmerón sintió que todo su cuerpo se congelaba. Una cosa era amenazarlo a él. Otra completamente distinta era amenazar a su hija de dieciséis años.

—Llama a la policía. Instala alarmas. Y quédate en casa de tu hermana hasta que yo resuelva esto.

Colgó con manos temblorosas. Durante cinco minutos se quedó sentado en su escritorio, paralizado por el miedo y la rabia. Luego marcó el número directo del presidente.

—Señor presidente, necesito hablar con usted urgentemente.

Se reunieron esa misma tarde. Salmerón le contó todo: las amenazas de los gobernadores, el cabildeo de las embotelladoras, el sabotaje interno, el crimen organizado, y ahora, la amenaza a su hija.

El presidente escuchó en silencio. Cuando Salmerón terminó, el mandatario caminó hacia la ventana de su despacho, mirando el Zócalo iluminado en la tarde.

—Salmerón, le voy a decir algo que tal vez no quiera escuchar. Estos intereses que está tocando han operado impunemente durante cincuenta años. No se van a rendir fácilmente. Va a empeorar antes de mejorar.

—Lo sé, señor presidente. Pero no puedo poner en riesgo a mi familia.

—Por eso le voy a asignar protección. Para usted y para su familia. Y voy a mover al delegado de CONAGUA que está filtrando información. Pero necesito que me prometa algo.

—¿Qué?

—Que no se va a rendir. Porque si se rinde, ellos ganan. Y si ellos ganan, este país pierde una oportunidad que no volverá en una generación.

Salmerón pensó en su hija, en los riesgos, en el precio que estaba pagando su familia. Pensó en las tres comunidades en Sonora que sufrieron por su cobardía de hace diez años. Pensó en Aurora cargando cubetas en Neza, en los niños de Torreón que despiertan a las cinco de la mañana para llenar tinacos, en los campesinos de Michoacán que pagan cuotas al narco por agua para sus cultivos.

—No me voy a rendir, señor presidente. Pero necesito que usted tampoco se rinda. Porque lo que viene va a ser muy difícil.

El presidente extendió la mano.

—Trato hecho. Usted no se rinde, yo no me rindo.

Cuando Salmerón salió de Los Pinos ya era de noche. Tres camionetas con guardias presidenciales lo seguirían desde ese momento. Era una protección y una prisión simultáneamente.

Llamó al equipo a reunión de emergencia. Les contó todo: la amenaza a su hija, la conversación con el presidente, la gravedad de la situación en la que estaban.

—Si alguien quiere salirse, lo entiendo. Esto se puso peligroso de verdad. No es solo política, es amenazas reales a familias reales.

Nadie se movió. Concepción habló primero.

—Mis hijos ya están con mi madre en Monterrey. Tengo miedo, no lo voy a negar. Pero si me rindo ahora, ¿qué les enseño? ¿Qué hay que huir cuando las cosas se ponen difíciles?

Teresa intervino con su característica fiereza.

—Yo no tengo hijos. No tengo nada que perder excepto mi vida. Y si tengo que arriesgarla por algo, prefiero que sea por agua limpia que por cobardía.

Óscar habló con voz tranquila pero firme.

—He hecho los cálculos. Si no hacemos esto, en veinte años el Valle de México colapsa. No es especulación, son matemáticas. Así que realmente no tenemos opción.

Artemio, el cínico, el escéptico, dijo algo que sorprendió a todos.

—Hace dos meses me ofrecieron el triple de salario para irme. No acepté porque algo en mí, algo idiota y sentimental que pensé que había perdido, quería creer que esto era posible. Ahora que sé que es peligroso, estoy más convencido que nunca. Porque si nos rendimos ante las amenazas, el mensaje es claro: la violencia funciona. No puedo vivir en un país donde ese sea el mensaje.

Aurora fue la última en hablar.

—Maestro, usted me dio la oportunidad de mi vida. Me sacó de cargar cubetas para diseñar política nacional. Si esto se acaba aquí porque tenemos miedo, entonces todo lo que hemos construido no vale nada. Yo me quedo.

Salmerón sintió un nudo en la garganta. Miró a su equipo, estas cinco personas que habían sacrificado comodidad, seguridad y paz por un sueño que cada día parecía más imposible.

—Entonces seguimos. Pero con los ojos abiertos. Sabiendo contra qué peleamos. Sabiendo que pueden lastimarnos. Y sabiendo que cada paso de aquí en adelante cuenta.

El 15 de noviembre lanzaron la plataforma digital con una conferencia de prensa en el auditorio del IPN. Aurora fue la vocera principal. Habló durante quince minutos, sin notas, con una claridad y pasión que cautivó a los reporteros presentes.

Contó su historia: hija de plomero, crecida en Neza cargando agua, estudiante del Poli con promedio perfecto, diseñadora de un proyecto para que ningún niño tuviera que hacer lo que ella hizo.

Los medios la amaron. La historia se volvió viral. Para la noche, #AguaParaTodos era tendencia nacional.

Pero en una oficina sin ventanas en la Ciudad de México, tres hombres de traje miraban las noticias con preocupación. Uno de ellos cerró la laptop.

—Esto se nos está saliendo de las manos. Ya es hora de parar esto.

—¿Qué sugieres?

—Primero separamos al equipo. Dividirlos es más fácil que destruirlos. Ofrecemos trabajos a los vulnerables. Amenazamos a los tercios. Y al líder... —hizo una pausa—. Al líder lo neutralizamos.

El hombre de más edad escribió en una carpeta con pluma roja: "Operación Cisterna Rota."

—Proceda.

## **CAPÍTULO 6**

### **LAS BATALLAS EN CINCO CIUDADES**

El equipo se dividió por primera vez desde que habían empezado. Cada uno tomaría una de las cinco ciudades piloto y tendría tres meses para implementar las primeras acciones visibles de la Fase I. No eran obras monumentales, pero sí medibles: micromedidores inteligentes, reparación de fugas críticas, campañas de captación pluvial, tecnificación agrícola en zonas cercanas.

La mañana del veinte de noviembre se reunieron en La Cisterna por última vez antes de dispersarse. Salmerón había dibujado un mapa en el pizarrón con las cinco ciudades marcadas. Óscar iría a Torreón, donde el escepticismo era extremo y los números tendrían que ser irrefutables. Teresa tomaría San Luis Potosí con sus diecisiete empresas contaminando el río. Artemio enfrentaría el laberinto político de Aguascalientes, donde la reforma legal era crítica. Concepción iría a Querétaro a convencer a trescientos agricultores. Salmerón coordinaría todo desde Hermosillo mientras supervisaba la construcción de una planta potabilizadora. Aurora rotaría entre las cinco ciudades documentando cada avance para la plataforma digital.

Se abrazaron antes de partir. Teresa bromeó para romper la tensión diciendo que si alguien moría, que fuera gloriosamente. Nadie se rio.

Óscar Triana llegó a Torreón en diciembre, cuando el frío del desierto se metía hasta los huesos y el agua escaseaba aún más. La ciudad había sido engañada tantas veces que ya no creía en nada. El agua llegaba dos horas al día en el mejor de los casos. Los tinacos dominaban las azoteas como monumentos al fracaso gubernamental. La gente había aprendido a vivir con sed, a planificar sus días alrededor de esas dos horas preciosas cuando las tuberías se llenaban.

La primera reunión con líderes vecinales fue brutal. Un hombre de cincuenta años llamado Hernández, líder de una colonia de treinta mil habitantes, lo recibió con hostilidad apenas contenida en un salón comunitario con paredes descascaradas.

—Ingeniero, no necesitamos más tecnología —dijo Hernández con los brazos cruzados—. Necesitamos agua. Ya vinieron otros del gobierno con sus proyectos bonitos. Ninguno funcionó. ¿Por qué usted va a ser diferente?

Óscar desplegó sus mapas digitales en una laptop prestada. Mostró el sistema de micro medición inteligente que proponía instalar: sensores en

puntos estratégicos de la red que detectarían fugas con precisión de metros en tiempo real.

—Señor Hernández, entienda el problema. El cuarenta por ciento del agua que entra a Torreón se pierde en fugas antes de llegar a las casas. No podemos llevar más agua si no sabemos dónde se está yendo la que ya tenemos.

—¿Y sus aparatitos mágicos van a encontrar las fugas que llevamos buscando años?

—Exactamente. En tiempo real. Con precisión de metros. Las fugas que ustedes no han podido encontrar porque están bajo tierra, bajo concreto, en lugares inaccesibles.

Hernández lo miró con escepticismo profundo, pero algo en la precisión técnica de Óscar lo convenció de dar una oportunidad. Aceptó un piloto: quinientos medidores en su sector. Si funcionaba, hablarían de expandir. Si era otro engaño más, Óscar podía olvidarse de implementar nada en Torreón.

La instalación tomó dos semanas de trabajo intenso. Óscar trabajaba catorce horas diarias supervisando cada conexión, cada calibración, cada prueba. Los técnicos locales lo miraban con mezcla de curiosidad y resentimiento. Eran territorios que llevaban décadas bajo su control y no les gustaba que un foráneo de la Ciudad de México llegara a decirles cómo hacer su trabajo.

A la tercera semana, el milagro sucedió. El sistema detectó una fuga masiva en una tubería principal que llevaba años, tal vez décadas, perdiendo agua sin que nadie lo notara. Estaba bajo una avenida, cinco metros de profundidad, invisible para inspecciones convencionales. Las cuadrillas de reparación tardaron cuatro días en excavar y arreglarla, trabajando en turnos de noche para no interrumpir el tráfico.

El resultado fue inmediato y dramático. El agua empezó a llegar cuatro horas al día en ese sector en lugar de dos. Las familias comenzaron a creer. Óscar recibía saludos en la calle, agradecimientos, incluso aplausos cuando visitaba las colonias para supervisar los medidores. La esperanza regresaba a Torreón.

Pero entonces, en una noche de enero, alguien sabotó la tubería recién reparada. Herramientas industriales, corte limpio y profesional. El agua desapareció de nuevo. Las familias que habían empezado a confiar se sintieron traicionadas otra vez.

Óscar investigó con la tenacidad de científico que no acepta anomalías inexplicables. Encontró el patrón revisando registros de reparaciones de los últimos cinco años. El sindicato local de trabajadores del agua vivía de las mordidas por reparaciones de emergencia. Cada fuga significaba trabajo extra pagado bajo el agua. Si las fugas se eliminaban

sistemáticamente, ellos perdían ingresos que habían considerado parte de su salario durante décadas.

La confrontación fue directa. Óscar pidió reunión con el líder sindical, un hombre de cincuenta y cinco años llamado Ramiro, con rostro curtido por el sol del desierto, tres hijos en la universidad y treinta años trabajando en el organismo operador. Se reunieron en una oficina pequeña que olía a café viejo y papel húmedo.

—Don Ramiro, sé que sus hombres cortaron la tubería.

—No puede probarlo —respondió Ramiro sin parpadear.

—No necesito probarlo. Necesito proponerle algo mejor.

Óscar desplegó un plan de capacitación que había diseñado con Aurora durante una llamada nocturna. Los trabajadores sindicalizados serían entrenados en mantenimiento de sistemas inteligentes. Mejor trabajo, más técnico, mejor pagado, completamente legal. En lugar de vivir de reparar lo que se rompía, vivirían de prevenir que se rompiera.

—¿Por qué debería confiar en usted? —preguntó Ramiro después de revisar los documentos—. Ya vinieron otros con promesas.

—Porque tiene tres hijos que merecen heredar un oficio digno, no un sistema de extorsión que algún día los va a destruir a ellos también.

Ramiro se quedó callado. Óscar podía ver la lucha interna en su rostro: décadas de funcionamiento corrupto pero funcional contra la posibilidad de algo mejor pero incierto.

—Lo voy a pensar.

Tres días después, Ramiro aceptó con una condición que dijo mirando fijamente a Óscar.

—Si nos traiciona, si esto es otro cuento del gobierno para después despedirnos, esto se cae completo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Para mediados de febrero, el sector piloto en Torreón había reducido pérdidas de cuarenta a veintidós por ciento. Mil quinientas familias tenían agua una hora más al día. No era la solución completa que habían soñado, pero era un avance real, medible, documentable.

Teresa Miramontes llegó a San Luis Potosí con su lista de diecisiete empresas contaminantes y una determinación que bordeaba lo obsesivo. Su primera acción fue solicitar inspecciones sorpresa coordinadas con PROFEPA. La tercera empresa en su lista era una minera con operaciones desde los años noventa, ubicada río arriba de una comunidad de veinte mil personas.

El gerente la recibió en su oficina con aire acondicionado y vista panorámica de las instalaciones. Era un hombre de sesenta años, trajeado, con cortesía calculada de quien ha tratado con funcionarios gubernamentales durante décadas.

—Ingeniera Miramontes, bienvenida. Tenemos todos los permisos en orden, por supuesto.

Teresa puso sobre su escritorio de caoba análisis de agua del río tomados tres kilómetros abajo de sus descargas. Arsénico treinta veces por encima de límites permitidos. Plomo, mercurio, compuestos orgánicos que no tenían ninguna razón de estar en agua natural.

—Sus permisos están basados en reportes que ustedes mismos elaboran, señor Garza. Nosotros hicimos análisis independientes en tres laboratorios diferentes. Los tres coinciden.

El gerente dejó de sonreír. La cortesía se evaporó como agua en el desierto.

—Tenemos abogados muy caros, ingeniera. Y contactos en la Secretaría de Economía que entienden la importancia de la minería para el desarrollo regional. No le conviene hacer esto público.

Teresa no se inmutó. Había esperado exactamente esa respuesta.

—Publico el informe en una semana. Tienen seis días para presentar un plan de remediación real y creíble, o los nombramos públicamente.

Salió de ahí sabiendo que había declarado guerra. La empresa la demandó por daño moral dos días después. Teresa sonrió cuando recibió la notificación legal en su pequeño hotel.

—Perfecto. Un juicio público. Van a perder y todo el proceso va a estar documentado.

Mientras el juicio avanzaba con la lentitud característica del sistema judicial mexicano, Teresa implementó su segundo proyecto: sistemas de tratamiento de aguas grises en escuelas. Quince planteles participaron. Los sistemas eran simples pero efectivos: sedimentación, filtrado con arena y grava, desinfección con cloro. Los niños aprendían cómo funcionaba el proceso y llevaban la idea a sus casas. Algunos padres, especialmente los más pobres que pagaban más por el agua, empezaron a replicar sistemas similares.

En tres meses, ciento cuarenta familias habían instalado algún tipo de tratamiento casero. Los análisis de calidad del río mostraban mejora marginal pero real en ciertos tramos. No era el cambio dramático que Teresa quería, pero era inicio.

Pero el precio personal fue alto. Teresa empezó a recibir amenazas. Llamadas anónimas a medianoche donde voces distorsionadas le describían su rutina diaria con precisión inquietante. Un coche que la seguía demasiado obviamente, sin molestarse en disimular. Su novia, que vivía en la Ciudad de México, le rogaba que renunciara.

—No puedes cambiar todo el sistema tú sola. Van a matarte.

—Si renuncio ahora, todo lo que he creído en mi vida no vale nada —respondió Teresa durante una videollamada dolorosa.

La ruptura fue inevitable. Su novia no podía vivir con el miedo constante. Teresa se quedó sola en San Luis Potosí, bebiendo más whisky del que debía, durmiendo cuatro horas por noche con una navaja bajo la almohada, pero sin ceder un milímetro en su guerra contra los contaminadores.

Artemio Alva enfrentó en Aguascalientes el tipo de batalla que mejor conocía: el laberinto político de intereses encontrados, negociaciones en pasillos, presión mediática calculada. Necesitaba que el Congreso local aprobara reformas a la ley estatal del agua. Sin tarifas escalonadas y sin eliminación de subsidios ocultos a grandes consumidores industriales, todo el modelo financiero del proyecto se caía.

El problema era que los diputados locales estaban en las manos de los grandes empresarios hidrocálidos que se beneficiaban del status quo. Artemio organizó foros públicos donde invitó a académicos prestigiosos de la Universidad Autónoma. Presentó estudios comparativos de ciudades similares en España y Chile donde reformas parecidas habían funcionado. Generó presión desde abajo, movilizando a organizaciones vecinales que sufrían tandeo mientras las fábricas tenían agua las veinticuatro horas.

Un diputado opositor joven, ingeniero civil de profesión, se convenció después de asistir a tres de los foros. Votó a favor desafiando a su propia bancada. La reforma pasó en versión diluida, no era ni la mitad de lo que Artemio había propuesto originalmente, pero era avance legal documentado.

Luego Artemio descubrió algo que lo mantuvo despierto durante noches: el diputado que los había apoyado comenzó a recibir amenazas. Su familia era seguida. Su esposa encontró fotografías de sus hijos saliendo de la escuela metidas bajo el limpiaparabrisas de su auto. El diputado llamó a Artemio aterrado.

—¿Qué hice? ¿En qué me metiste?

Artemio se dio cuenta de que estaban jugando en una liga donde las reglas no eran claras y las consecuencias podían ser mortales. Llamó a Salmerón a reportar, la voz tensa.

—Esto es más peligroso de lo que pensábamos. No es solo política. Es intimidación real, criminal.

—Lo sé —respondió Salmerón desde Hermosillo—. Aguanta. Estamos casi ahí.

Pero Artemio no estaba seguro de qué significaba ahí cuando un hombre que simplemente había votado su conciencia tenía ahora que vivir con miedo.

Concepción Garza llegó a Querétaro con el modelo que había perfeccionado durante años de trabajo con comunidades rurales: parcelas demostrativas donde los campesinos vieran con sus propios

ojos que el riego tecnificado no era teoría sino resultados tangibles. Instaló diez parcelas piloto en el distrito de riego más cercano a la ciudad, trabajando directamente con agricultores voluntarios.

El obstáculo más difícil fue don Esteban, un hombre de setenta años con cuarenta sembrando jitomate exactamente como le enseñó su padre. Tenía el respeto de toda la comunidad. Si él rechazaba el proyecto, los demás lo seguirían.

—Ingeniera, con todo respeto, yo llevo cuarenta años sembrando así. Mi padre lo hizo cincuenta antes que yo. ¿Por qué voy a cambiar?

Concepción no le vendió tecnología ni números. Le habló con la honestidad brutal que había aprendido que era la única que funcionaba con gente de campo.

—Don Esteban, porque en diez años ya no va a haber agua suficiente para sembrar como su padre. Y sus nietos no van a poder ser agricultores porque el acuífero se va a secar. Los números no mienten.

Don Esteban la miró largamente con ojos que habían visto sequías, inundaciones, crisis de precios, reformas agrarias. Luego asintió lentamente.

—Enséñeme.

Don Esteban se convirtió en su aliado más importante. Cuando otros agricultores dudaban, él los llevaba a su parcela y les mostraba los resultados: treinta por ciento menos de agua, veinte por ciento más de producción, jitomates más grandes y más uniformes.

Pero Concepción también enfrentó el lado oscuro. Una noche de enero, llegó a la parcela demostrativa principal y la encontró quemada. Alguien había usado gasolina y cerrillos. Todo el trabajo de dos meses convertido en cenizas. Junto a las cenizas, una nota escrita con marcador negro: "Métete con los narcos y te va peor."

Concepción instaló guardias privados con dinero que sacó de su tarjeta de crédito personal. Sus hijos gemelos la llamaban llorando desde Monterrey donde vivían con su abuela.

—Mamá, ya regresa. Te necesitamos aquí.

Ella también lloraba durante esas llamadas, pero no regresaba. Para finales de febrero, ochenta agricultores habían tecnificado sus sistemas. El ahorro de agua era documentable en los medidores del distrito de riego. Ya no era un proyecto, era realidad medible.

Salmerón coordinaba todo desde Hermosillo pero también trabajaba en campo supervisando la construcción de una planta potabilizadora modular en una colonia periférica donde el agua llegaba contaminada con bacterias coliformes. Trabajaba hombro a hombro con albañiles y fontaneros, ensuciándose las manos como no lo había hecho en años.

Se enteró de que el proveedor del equipo de ósmosis inversa, componente crucial de la planta, quería cobrar el doble del precio pactado. Cuando Salmerón exigió explicaciones, el vendedor respondió con sonrisa oleosa que hubo problemas con aranceles de importación. Salmerón investigó. No había ningún problema con aranceles. El proveedor era primo del delegado de CONAGUA en Sonora.

Confrontó al delegado en su oficina. Hubo gritos, acusaciones, amenazas apenas veladas.

—Salmerón, te estás metiendo con gente muy pesada. Vas a terminar en la cárcel o peor.

—Ya me amenazaron antes —respondió Salmerón—. Ahora ya no tengo miedo.

El delegado sonrió con crueldad calculada.

—No te están amenazando a ti.

Esa noche, alguien entró a la casa de su ex esposa en Guadalajara. No robaron nada, no rompieron nada, simplemente entraron. Dejaron una nota en la almohada de su hija de dieciséis años: "Dile a tu papá que se calme."

Salmerón llamó directamente al presidente usando el número de emergencia que le había dado. Se reunieron esa misma tarde en Los Pinos.

—Le asigno protección inmediata —dijo el presidente después de escuchar—. Y voy a mover a ese delegado antes de que termine la semana.

—Gracias, señor presidente.

—Pero necesito que me prometa algo, Salmerón.

—¿Qué?

—Que no se va a rendir. Porque si se rinde, ellos ganan. Y si ellos ganan, este país pierde algo que no volverá.

Salmerón pensó en su hija aterrada, en los riesgos que estaba imponiendo a su familia. Pero también pensó en las tres comunidades en Sonora que habían sufrido por su silencio una década atrás.

—No me voy a rendir, señor presidente.

Tres meses después, en marzo, el equipo se reunió de nuevo en La Cisterna. Llegaron exhaustos, algunos con ojeras profundas, otros con kilos de menos, todos con historias de batallas ganadas a medias y costos personales altos. Pero también llegaron con resultados documentados.

Torreón había reducido pérdidas del treinta y cinco al veintidós por ciento. San Luis mostraba mejora en calidad del agua en tres tramos del río y quince escuelas con sistemas funcionando. Aguascalientes tenía

marco legal renovado aunque diluido. Querétaro contaba ochenta agricultores tecnificados con ahorros documentados. Hermosillo había conectado agua potable a cinco mil hogares que antes bebían agua contaminada.

Los medios nacionales empezaron a hablar del equipo del agua. Aurora había documentado cada avance en la plataforma digital. Su blog personal se volvió viral con cientos de miles de seguidores. La gente comenzaba a creer que el cambio era posible.

Pero en una oficina sin ventanas en la Ciudad de México, tres hombres de traje miraban un informe con preocupación creciente. Uno de ellos cerró la carpeta donde estaba la fotografía de Salmerón tomada durante una conferencia de prensa.

—Ya llevamos tres meses intentando detenerlos con presión. No funciona. Ya es hora de quitarlos del tablero definitivamente.

El segundo preguntó con voz neutra.

—¿Qué sugieres exactamente?

El tercero, el de más edad y más poder, tomó una pluma roja y escribió en la carpeta una sola palabra: "Neutralizar."

## **CAPÍTULO 7**

### **LA OFENSIVA DE LAS SOMBRAS**

El éxito de los proyectos piloto transformó al equipo en figuras públicas casi sin que se dieran cuenta. Las invitaciones comenzaron a llegar en avalancha: conferencias en universidades, entrevistas en programas de televisión matutinos, charlas en foros empresariales. Aurora era la más solicitada. Su historia de superación, su juventud, su claridad al explicar conceptos técnicos complejos la convirtieron en el rostro mediático del proyecto.

El presidente anunció oficialmente en una conferencia de prensa que la Fase I del Plan Nacional de Seguridad Hídrica se extendería a cincuenta ciudades más. Se destinó presupuesto de setenta y dos mil millones de pesos para los siguientes tres años. Los gobernadores que se habían opuesto inicialmente comenzaron a suavizarse. Sus poblaciones exigían proyectos como los de Torreón.

Salmerón debería haberse sentido victorioso. En cambio, sentía una ansiedad creciente que no podía explicar. Era como caminar sobre hielo delgado escuchando crujidos pero sin saber dónde exactamente se rompería.

La primera línea de ataque llegó silenciosa, casi imperceptible. Salmerón empezó a ser investigado por la Unidad de Inteligencia Financiera. No le notificaron directamente, se enteró por Artemio, quien tenía contactos en Hacienda que le pasaron la información extraoficialmente.

—Te están revisando cuentas bancarias, declaraciones fiscales, movimientos de los últimos diez años —le dijo Artemio en una reunión privada en La Cisterna—. Buscan algo que puedan usar contra ti.

—No van a encontrar nada. No tengo nada.

Dos semanas después, anónimamente se filtró a la prensa que Salmerón tenía un depósito sospechoso de quinientos mil pesos en su cuenta. Los medios de oposición saltaron sobre la noticia. Los titulares fueron predecibles: "¿El incorruptible es corrupto?" "El zar del agua y sus depósitos misteriosos" "Salmerón, otro político más con cuentas sucias."

Salmerón no tenía idea de dónde había venido ese dinero. Revisó sus estados de cuenta con Artemio y con su contador personal. El depósito existía, efectivamente, había sido transferido desde una cuenta fantasma registrada en las Islas Caimán. Artemio investigó y descubrió la jugada: alguien le había transferido el dinero y luego había denunciado anónimamente esa transferencia.

—Es una trampa perfecta —explicó Artemio—. Si niegas conocer el origen del dinero, pareces incompetente. Si admites que no revisas tus cuentas, pareces negligente. Si acusas conspiración, pareces paranoico.

Salmerón tuvo que dar conferencias de prensa explicando lo inexplicable. Su ex esposa recibió llamadas de periodistas preguntando por su vida personal, por el divorcio de ocho años atrás, buscando escándalos donde no los había. Investigaron sus finanzas familiares, sus propiedades, su historial crediticio. No encontraron nada sucio porque no había nada sucio, pero el daño estaba hecho. La duda se había sembrado en la opinión pública.

La bancada de oposición en el Congreso exigió que renunciara hasta que se aclarara su situación fiscal. El presidente lo defendió públicamente, pero en privado le dijo algo que Salmerón sintió como puñalada.

—Ignacio, no puedo arriesgar todo el proyecto por ti. Si esto se pone peor, vas a tener que dar un paso al costado temporalmente. Solo hasta que se aclare.

Salmerón salió de esa reunión sintiendo el piso moverse bajo sus pies. Aurora lo encontró en La Cisterna mirando por la ventana hacia la ciudad que no sabía si seguiría sirviendo.

—No se rinda, maestro.

—No me estoy rindiendo. Solo estoy calculando cuánto más puedo aguantar antes de que me destruyan completamente.

La segunda línea de ataque fue más sutil y más efectiva. Artemio recibió una llamada de un think tank internacional con sede en Washington. Le ofrecían ser director de su oficina para América Latina. El salario era el triple de lo que ganaba como funcionario. Tendría presupuesto para investigación, equipo propio, publicaciones garantizadas en revistas prestigiosas.

—¿Por qué yo? —preguntó Artemio con la suspicacia natural de quien conoce el mundo político.

—Por tu experiencia en el proyecto del agua. Queremos documentar eso como caso de estudio para replicar en otros países.

Era tentador. Artemio estaba cansado, amenazado, y no estaba seguro de que el proyecto fuera a sobrevivir el sexenio completo. Tres años de trabajo intenso para tal vez ver todo desmoronarse en el siguiente gobierno. El think tank le ofrecía estabilidad, prestigio internacional, la oportunidad de influir en política pública desde un espacio académico respetado.

En una cena con Salmerón en un restaurante discreto de la Condesa, Artemio confesó la oferta.

—No voy a decirte qué hacer —dijo Salmerón después de escuchar—. Pero sí te voy a decir esto: si te vas ahora, el mensaje que envías es que el trabajo bien hecho en México no tiene recompensa. Que la única opción para gente talentosa es irse.

Artemio pasó dos semanas en agonía. No dormía bien. Revisaba mentalmente pros y contras como si fueran ecuaciones que pudiera resolver con lógica pura. Finalmente rechazó la oferta, pero el proceso lo dejó marcado. Supo que estaban dispuestos a comprar a su gente, a separar al equipo con incentivos que eran difíciles de rechazar.

La tercera línea de ataque se dirigió contra Teresa, la más combativa, la más visible después de Aurora. Una ONG ambientalista europea le ofreció ser su representante en México. El trabajo sería similar: combatir la contaminación del agua, pero sin ataduras gubernamentales, sin burocracia, con presupuesto internacional.

Teresa rechazó la oferta inmediatamente, pero la propuesta venía acompañada de información que la enfureció. Le informaron que su demanda contra la minera en San Luis estaba siendo sabotada desde dentro de la SEMARNAT. Alguien en la Subsecretaría de Regulación estaba alargando los procesos, perdiendo documentos, retrasando inspecciones.

Teresa investigó y descubrió que el subsecretario en cuestión había sido abogado de la minera cinco años atrás. Confrontó a la secretaria Elisa Monreal, quien se mostró genuinamente sorprendida y prometió investigar.

Dos días después, Teresa fue reasignada. La justificación oficial era que se necesitaba su experiencia en trabajos de gabinete en la Ciudad de México para diseñar normas nacionales de calidad del agua. En realidad, la estaban alejando del terreno, neutralizando su capacidad de hacer daño real a los contaminadores.

Teresa amenazó con renunciar públicamente y denunciar el sabotaje. Salmerón la convenció de no hacerlo.

—Si renuncias, ellos ganan. Quédate, pelea desde adentro. Documenta todo. Algún día esto va a servir.

Teresa aceptó quedarse, pero sintió que estaba traicionando sus principios. Pasaba días en oficinas revisando borradores de normas que sabía que serían diluidas en comités interminables. Bebía más, dormía menos, se alejaba emocionalmente de todo.

La cuarta línea fue la más personal y la más aterradora. Concepción empezó a recibir llamadas cada vez más explícitas. Voces que le decían los nombres completos de sus hijos, las escuelas donde estudiaban en Monterrey, las rutas que tomaban para llegar a casa de su abuela. Le describían la ropa que habían usado ese día.

Concepción denunció ante la Fiscalía. Le asignaron protección, pero era insuficiente y poco confiable. Dos policías estatales que rotaban turnos, más interesados en sus teléfonos que en vigilar realmente. Sus hijos empezaron a tener problemas psicológicos: pesadillas, ansiedad, ataques de pánico en la escuela.

En una sesión de equipo en La Cisterna, Concepción rompió en llanto. Era la primera vez que la veían quebrarse.

—No puedo seguir así. Mis hijos me necesitan. No puedo protegerlos desde aquí.

Salmerón puso su mano en su hombro.

—Si necesitas salir, lo entendemos. Tus hijos son primero. Siempre.

Concepción se tomó una semana para decidir. Sus hijos, con la madurez forzada de niños que han visto a su madre sufrir, le dijeron algo que la sorprendió.

—Mamá, sabemos que tu trabajo es importante. No queremos que renuncies por nosotros. Pero queremos que estés bien.

Concepción decidió quedarse bajo condiciones estrictas: trabajaría desde la Ciudad de México, no volvería al campo hasta que las amenazas cesaran, y sus hijos seguirían en Monterrey con protección pagada con su propio salario. Era desgarrador, pero era la única forma.

La quinta línea de ataque fue quizá la más insidiosa porque corrompía el mensaje mismo del proyecto. Aurora, que se había convertido en la vocera más mediática, empezó a ser invitada a eventos de alto perfil organizados por empresarios. Ahí conoció a hombres de traje caro que le hablaban con tono paternal sobre apoyar el proyecto con donaciones privadas.

En una cena en Polanco, tres empresarios le explicaron que querían colaborar en la construcción de plantas potabilizadoras. Cuando Aurora revisó los números que le presentaron en documentos elegantemente encuadernados, se dio cuenta de que estaban inflados en cuarenta por ciento. Los costos de construcción que proponían eran casi el doble de lo que el equipo había calculado.

—Miren —dijo uno de ellos con sonrisa amable—, todos ganamos algo. Ustedes logran construir más plantas, nosotros recuperamos nuestra inversión con margen razonable, y nadie se queja. Así funciona México, Aurora. Tú pareces inteligente, no seas ingenua.

Aurora salió de ahí sintiéndose sucia, como si necesitara bañarse. Le contó a Salmerón al día siguiente.

—Bienvenida al mundo real —le dijo él—. Ahora ya sabes contra qué peleamos. No es solo ignorancia o incompetencia. Es un sistema completo diseñado para la extracción de recursos públicos.

El equipo se reunió para evaluar la situación en octubre, cinco meses después del lanzamiento público del proyecto. Estaban golpeados desde todos los ángulos. Salmerón bajo investigación fiscal fabricada. Artemio tentado con ofertas internacionales. Teresa neutralizada y reasignada. Concepción amenazada y separada de sus hijos. Aurora enfrentando intentos de soborno.

—Nos están destrozando —dijo Teresa con voz cansada—. Y lo peor es que lo están haciendo sin violencia directa. Solo presión, tentaciones, amenazas veladas.

—Es más efectivo que matarnos —observó Artemio—. Si nos matan, nos convierten en mártires. Si nos corrompen o nos obligan a renunciar, simplemente desaparecemos.

Óscar, quien había permanecido callado durante la reunión, habló con la precisión de científico analizando datos.

—Necesitamos cambiar de estrategia. Hasta ahora hemos sido reactivos. Respondemos a sus ataques. Necesitamos ser proactivos.

—¿Qué propones? —preguntó Salmerón.

—Hacemos público todo. El intento de soborno a Aurora. Las amenazas a Concepción. El sabotaje interno. La investigación fabricada contra ti. Convocamos una conferencia de prensa y ponemos las cartas sobre la mesa.

Artemio dudó.

—Eso podría verse como estrategia de victimización. Los medios de oposición dirán que estamos buscando excusas porque el proyecto está fallando.

—O podría ser la verdad —intervino Aurora—. ¿No dijimos que este proyecto iba a ser transparente? Pues seamos transparentes sobre los obstáculos también.

La discusión se extendió tres horas. Al final decidieron hacerlo. Convocarían una conferencia de prensa en el Museo de Memoria y Tolerancia. No sería una denuncia histérica sino una exposición serena de los hechos. Con documentos, con evidencias, con nombres cuando fuera posible y con descripciones cuando no.

La conferencia fue programada para el quince de noviembre. Durante dos semanas prepararon el material: documentos bancarios que probaban la transferencia fabricada a Salmerón, grabaciones de las amenazas a Concepción, correos electrónicos que mostraban el sabotaje a Teresa, testimonios notariados de los intentos de soborno.

La sala estaba llena. Reporteros de todos los medios, desde los más serios hasta los más amarillistas. Salmerón habló primero, con voz firme y datos precisos.

—Queremos informar a la ciudadanía sobre los obstáculos que hemos enfrentado en la implementación del Plan Nacional de Seguridad Hídrica. No lo hacemos para victimizarnos sino porque prometimos transparencia, y la transparencia incluye hablar de lo que no funciona.

Uno por uno, expusieron los ataques. Aurora mostró los documentos con presupuestos inflados. Concepción habló de las amenazas a sus hijos, su voz quebrándose pero manteniéndose firme. Teresa explicó el sabotaje interno que había retrasado sus denuncias ambientales. Artemio detalló las ofertas de trabajo que claramente buscaban desintegrar al equipo.

Salmerón cerró con una frase que sería citada en todos los medios durante días.

—Este proyecto no es de nosotros. Es de México. Y no se detiene solo porque quieran detenernos a nosotros. Mientras tengamos el apoyo de la ciudadanía, seguiremos adelante.

La reacción fue inmediata y dividida. Los medios afines al gobierno lo presentaron como evidencia de valentía y compromiso. Los medios de oposición lo atacaron como teatro político y búsqueda de compasión. Pero algo inesperado sucedió: la gente respondió.

Miles de ciudadanos marcharon en Torreón, San Luis, Querétaro, Aguascalientes, Hermosillo, exigiendo que el proyecto continuara. En redes sociales, el hashtag #AguaConAtención se volvió tendencia nacional durante tres días. Organizaciones civiles que no habían estado involucradas se ofrecieron para vigilar que el proyecto no fuera saboteado. Académicos publicaron cartas abiertas apoyando al equipo.

El apoyo popular los protegió, temporalmente. El presidente redobló su respaldo público. Los gobernadores que habían estado indecisos empezaron a cooperar presionados por sus propias poblaciones. El presupuesto que había estado en riesgo fue ratificado en el Congreso con mayoría más amplia que la primera vez.

Salmerón sintió un respiro. Tal vez, solo tal vez, la transparencia y el apoyo ciudadano eran armaduras suficientes contra la oscuridad que los rodeaba.

Pero en esa oficina sin ventanas en la Ciudad de México, el hombre de más edad miraba las noticias de las marchas con expresión impasible. Apagó la televisión y marcó un número en su teléfono encriptado.

—Necesitamos el Plan B. Ya no podemos usar presión ni tentaciones. Necesitamos algo más definitivo.

La voz del otro lado preguntó con tono profesional.

—¿Qué nivel de intervención autoriza?

El hombre mayor pensó durante cinco segundos. Luego respondió con voz fría.

—El que sea necesario. Pero que parezca accidente. Y que sea el líder. Si quitamos la cabeza, el cuerpo se desorienta.

Colgó. En su escritorio, la fotografía de Salmerón tomada durante la conferencia de prensa tenía ahora una X roja dibujada sobre el rostro.

La ofensiva de las sombras estaba a punto de convertirse en algo mucho más oscuro.

## **CAPÍTULO 8**

### **EL PRECIO DE LA VERDAD**

Después de la conferencia de prensa, el apoyo popular actuó como escudo protector durante casi un mes. El presidente aceleró la implementación del proyecto en veinte ciudades adicionales. Los gobernadores que habían resistido comenzaron a cooperar, presionados no por el gobierno federal sino por sus propias poblaciones que exigían resultados como los de Torreón. El presupuesto para la Fase I fue aprobado en el Congreso con mayoría que sorprendió incluso a Artemio.

Parecía que estaban ganando. Pero era la calma antes de que el sistema contraatacara con toda su fuerza.

El primer sabotaje técnico ocurrió simultáneamente en tres ciudades durante la primera semana de diciembre. En Torreón, Aguascalientes y León, los sistemas de micro medición inteligente que ya llevaban funcionando cuatro meses comenzaron a fallar masivamente. Los sensores dejaban de transmitir datos, las lecturas eran erróneas, algunos medidores simplemente se apagaban sin razón aparente.

Óscar viajó urgentemente a Torreón para investigar. Lo que encontró lo dejó helado. Los equipos habían sido saboteados antes de la instalación. Alguien en la cadena de suministro había alterado el hardware de tal forma que fallarían después de cierto tiempo de uso. El sabotaje era sofisticado, requería conocimiento técnico especializado y acceso a los almacenes donde se guardaban los medidores antes de su distribución.

Miles de medidores inservibles. Millones de pesos perdidos. Y peor aún, la credibilidad del proyecto dañada. Los medios de oposición explotaron la noticia con titulares predecibles: "El proyecto del agua: puro cuento" "Millones tirados por incompetencia" "Tecnología chatarra del gobierno."

Óscar trabajó dieciocho horas diarias durante dos semanas identificando a los proveedores alternativos, rediseñando el sistema de verificación,

implementando protocolos de inspección que deberían haber estado desde el principio. La empresa proveedora original fue investigada, pero los responsables directos ya habían huido del país. Las pistas llevaban a una red de empresas fantasma registradas en paraísos fiscales.

El daño estaba hecho. No solo económico sino de confianza. La gente que había empezado a creer volvió a dudar. ¿Era este proyecto diferente o era más de lo mismo?

El segundo golpe llegó dos semanas después y fue aún más devastador. Un medio de oposición publicó documentos supuestamente filtrados que mostraban que el Fondo Nacional del Agua había sido desviado parcialmente a cuentas personales. Los documentos incluían estados de cuenta bancarios, órdenes de transferencia, correos electrónicos comprometedores.

Artemio se encerró en su oficina durante cuarenta y ocho horas revisando cada documento. Eran falsos, extremadamente bien elaborados pero falsos. Los números de cuenta no correspondían al FONAGA real. Las firmas estaban falsificadas con tecnología de punta. Los correos electrónicos habían sido fabricados con metadatos alterados.

Logró probarlo, contrató peritos independientes que verificaron la falsedad de los documentos. Pero el proceso tomó seis semanas. Mientras tanto, la Auditoría Superior de la Federación inició una investigación que paralizó las transferencias presupuestales. Los bancos internacionales que negociaban bonos verdes suspendieron las conversaciones hasta que se aclarara la situación.

El proyecto perdió seis meses en aclaraciones legales. Seis meses de obras detenidas, de contratos suspendidos, de trabajadores enviados a casa. Cuando finalmente se demostró que todo era fabricado, el daño ya estaba hecho. La inercia se había roto. Recuperarla sería trabajoso y lento.

Artemio, quien había diseñado el modelo de financiamiento con tanto cuidado, se sintió personalmente responsable. Salmerón lo encontró una noche en La Cisterna, que habían mantenido como su refugio emocional, mirando hojas de cálculo con ojos vidriosos.

—Debí haber previsto esto. Debí haber diseñado más protecciones.

—No puedes protegerte contra gente dispuesta a falsificar documentos oficiales —respondió Salmerón—. Esto no es tu culpa.

—Pero es mi responsabilidad. Y ahora el proyecto está seis meses atrasado por mi ingenuidad.

Salmerón se sentó junto a él.

—Artemio, escúchame. La culpa es de los criminales que fabricaron documentos, no de nosotros. Estamos peleando contra un sistema que tiene cincuenta años de experiencia en corrupción. No vamos a ganar todas las batallas.

Pero las palabras de consuelo sonaban huecas incluso para Salmerón.

El tercer golpe fue el más cruel porque involucró sangre real. En Michoacán, donde Concepción había logrado avances en tecnificación del riego a pesar de haber decidido no entrar por presencia criminal, un grupo armado secuestró a dos técnicos del equipo que estaban instalando sistemas de riego por goteo en una zona cercana a Uruapan.

Los liberaron tres días después, golpeados pero vivos. El mensaje era claro: aquí no queremos proyectos federales. Los técnicos, traumatizados, renunciaron inmediatamente. Nadie más quería trabajar en esa zona. El proyecto en Michoacán tuvo que ser cancelado por completo.

Concepción entró en una depresión profunda. Ella había puesto a esa gente en riesgo. Ella había insistido en intentar Michoacán a pesar de las advertencias. Ella era responsable del trauma que ahora cargaban esos dos hombres.

Teresa y Aurora intentaron consolarla sin éxito. Concepción se encerraba en su oficina, rechazaba llamadas, apenas comía. Una tarde, Salmerón forzó la puerta de su oficina y la encontró llorando sobre su escritorio.

—Yo los puse en peligro. Yo.

Salmerón se sentó frente a ella y esperó a que levantara la vista.

—Los responsables son los criminales que los secuestraron, Concepción. No tú. Pero si necesitas tomarte un tiempo, si esto es demasiado...

—Si me rindo ahora, ellos ganaron completamente —lo interrumpió ella—. Esos hombres fueron secuestrados porque estaban haciendo algo bueno. Si yo me rindo, su sufrimiento no sirvió para nada.

Era lógica retorcida nacida del trauma, pero Salmerón la entendía. A veces la culpa era el único combustible que quedaba cuando la esperanza se agotaba.

El cuarto obstáculo fue interno y tal vez el más doloroso. El estrés comenzó a fragmentar al equipo. Óscar y Artemio tuvieron una pelea fuerte sobre prioridades durante una reunión de coordinación en enero.

—Necesitamos concentrarnos en la recarga de acuíferos —insistía Óscar señalando sus modelos actualizados—. En veinte años el Valle de México no va a tener agua subterránea. Es física básica, no es negociable.

—Y en tres años el proyecto va a ser cancelado si no mostramos resultados visibles —respondió Artemio elevando la voz—. La política no espera veinte años. Necesitamos obras que la gente vea, que los medios fotografíen, que los políticos inauguren.

—¡Estamos hablando de ciencia, no de política!

—¡Estamos operando en un sistema político! ¡La ciencia sin poder político es irrelevante!

Se gritaron durante diez minutos mientras los demás los miraban incómodos. Salmerón finalmente intervino separándolos físicamente.

—Ya basta. Los dos tienen razón. Óscar, la ciencia es fundamental. Artemio, la política es inevitable. Necesitamos ambas. Ahora cálmense.

Pero la grieta estaba ahí. La tensión entre hacer lo técnicamente correcto y lo políticamente viable había estado latente desde el principio. Ahora explotaba en el momento menos oportuno.

Teresa, quien había sido reasignada a trabajos de escritorio contra su voluntad, se sentía inútil y marginada. Empezó a beber más. Su apartamento en la Condesa se llenó de botellas vacías de whisky. Aurora la visitó una noche y la encontró apenas funcional.

—Teresa, esto te está destruyendo.

—Ya estoy destruida —respondió Teresa con voz pastosa—. Me quitaron lo único que sabía hacer. Me tienen escribiendo normas que nunca se van a implementar mientras los ríos siguen siendo cloacas.

—Entonces renuncia. Vuelve a tu ONG. Pelea desde afuera.

—Si renuncio, pierdo acceso a información que necesito para futuras denuncias. Estoy atrapada, Aurora. Atrapada entre quedarme y morir lentamente o irme y perder toda capacidad de hacer daño real.

Su novia, con quien había roto meses atrás, intentó reconciliarse. Le rogó que dejara el gobierno, que volviera a la sociedad civil, que recuperara su vida. Teresa la escuchó en silencio y luego dijo con claridad terrible.

—Ya no tengo vida que recuperar. Solo tengo esto. Y si no es suficiente para ti, entiendo que te vayas.

Su ex novia se fue. Teresa se quedó sola con su whisky y su rabia.

El quinto y más peligroso obstáculo vino desde adentro del propio gobierno. Artemio descubrió que el subsecretario de Hacienda, quien desde el principio se había opuesto al proyecto, estaba filtrando información confidencial a contratistas privados. Les pasaba detalles de licitaciones antes de que fueran públicas, permitiéndoles preparar propuestas amañadas con información privilegiada.

Cuando Artemio llevó las pruebas a Salmerón, este se enfrentó a un dilema moral agónico. Denunciar al subsecretario significaría abrir una guerra dentro del gobierno que podría debilitar al presidente y, por extensión, al proyecto. Pero no denunciarlo significaba ser cómplice de exactamente lo que habían jurado combatir.

El equipo se reunió en La Cisterna una noche fría de febrero. El debate fue intenso y revelador de cuánto los había cambiado el proceso.

—Tenemos que denunciarlo —insistió Teresa—. Sin importar las consecuencias. O somos diferentes o somos más de lo mismo.

—Las consecuencias podrían ser que perdamos todo el presupuesto del próximo año —advirtió Artemio—. El subsecretario tiene conexiones con la bancada de Hacienda en el Congreso. Si lo destituimos, nos bloquean todo.

—Entonces mejor no haber empezado —respondió Teresa—. Si vamos a ceder en lo fundamental para mantener el proyecto, el proyecto ya no vale la pena.

Óscar intervino con su característica precisión analítica.

—La pregunta no es si es correcto o incorrecto denunciarlo. Obviamente es correcto. La pregunta es si estamos dispuestos a sacrificar el proyecto por mantener nuestra integridad.

—Esa no debería ser la pregunta —dijo Aurora con voz más firme de lo que todos esperaban—. La pregunta debería ser: ¿qué tipo de personas queremos ser? Porque si sacrificamos nuestra integridad para salvar el proyecto, ¿qué hemos salvado realmente?

Hubo silencio. La joven de veinticuatro años que había entrado al proyecto como estudiante ahora les daba lecciones de ética a todos.

Decidieron llevar el caso directamente al presidente. Salmerón pidió reunión urgente y llevó las pruebas. El presidente escuchó en silencio, revisó los documentos, verificó las firmas. Su rostro no mostraba sorpresa sino cansancio profundo.

—Ese subsecretario es mi enlace con los diputados de Hacienda. Sin él, pierdo votos cruciales para el presupuesto de dos mil veintiséis.

—Señor presidente, si no lo destituye, nosotros renunciaremos —dijo Salmerón con voz que no admitía negociación—. No puedo pedirle a mi equipo que siga peleando contra la corrupción si protegemos a un corrupto dentro del propio gobierno.

El presidente se levantó y caminó hacia la ventana de su despacho. Afuera, el Zócalo se preparaba para alguna manifestación. Siempre había manifestaciones.

—¿Saben cuál es la diferencia entre ustedes y yo, Salmerón? Ustedes pueden darse el lujo de la pureza. Yo tengo que gobernar. Y gobernar significa elegir entre lo malo y lo peor, casi nunca entre lo bueno y lo mejor.

—Con todo respeto, señor presidente, esa es la excusa que ha usado el sistema durante cincuenta años para justificar la corrupción.

El presidente se giró y lo miró fijamente.

—¿Me está llamando corrupto?

—Le estoy diciendo que si no destituye a ese subsecretario, el proyecto se convierte en simulación. Y yo no voy a ser parte de una simulación más.

La tensión en el despacho presidencial era cortante. Los asesores presentes contenían la respiración. Nadie le hablaba así al presidente.

Finalmente, el mandatario tomó una decisión.

—Voy a destituirlo. Pero no como destitución sino como renuncia por motivos personales. No habrá escándalo público. Y ustedes van a guardar silencio sobre las razones reales. ¿De acuerdo?

Salmerón sintió náusea. Era una victoria a medias, una justicia diluida, un compromiso que dejaba mal sabor.

—De acuerdo.

Cuando salió de Los Pinos, se sentó en una banca del Zócalo y se quedó ahí durante una hora. Aurora lo encontró y se sentó junto a él sin decir nada.

—¿Hicimos bien? —preguntó Salmerón finalmente.

—No lo sé. Pero hicimos lo mejor que pudimos dentro de lo que nos permite el sistema.

—Eso es lo que me preocupa. Que estemos normalizando el compromiso. Que estemos volviéndonos parte del problema que intentamos resolver.

Aurora no tenía respuesta para eso. Nadie la tenía.

El proyecto continuó pero con cicatrices. Cicatrices en los sistemas saboteados que tuvieron que reconstruirse. Cicatrices en el presupuesto retrasado seis meses. Cicatrices en Michoacán que tuvo que ser abandonado. Cicatrices en el equipo que había peleado entre sí y consigo mismos.

Para marzo, siete meses después de los primeros ataques coordinados, habían logrado mantener el proyecto vivo pero al costo de partes de su alma. Teresa bebía demasiado. Concepción sufría de insomnio crónico. Óscar tenía ataques de ansiedad cada vez más frecuentes. Artemio había desarrollado úlcera por estrés. Aurora, la más joven, mostraba ojeras que no tenía al empezar.

Y Salmerón, el líder, el mentor, el que debía mantenerlos unidos, se preguntaba cada noche si estaban realmente cambiando algo o solo desgastándose contra un muro que nunca cedería.

La respuesta llegó de forma inesperada. Un día, mientras revisaba correos electrónicos rutinarios en su oficina, encontró un mensaje de un remitente desconocido. El asunto decía simplemente: "Gracias."

Abrió el mensaje con desconfianza habitual. Decía:

"Ingeniero Salmerón, no me conoce. Soy estudiante de ingeniería civil en Chapingo. Vi las conferencias del proyecto. Vi la transparencia de la plataforma digital. Vi cómo ustedes admiten errores en lugar de ocultarlos. Quiero decirle que en mi comunidad en Oaxaca, usando el manual que publicaron, hemos construido nuestro sistema de captación

pluvial. No tenemos presupuesto federal. No tenemos apoyo de gobierno. Pero tenemos su información y su ejemplo. Ahora tenemos agua tres meses más al año que antes. Mis abuelos pueden sembrar. Los niños no se enferman tanto. Quiero que sepa que lo que ustedes hacen no solo vive en las ciudades oficiales. Vive en lugares que nunca visitarán. Y eso no nos lo pueden quitar. Gracias por no rendirse. Esteban."

Salmerón leyó el mensaje tres veces. Luego lo reenvió al equipo completo. No escribió nada más. No hacía falta.

Esa tarde se reunieron en La Cisterna. Nadie habló del mensaje directamente, pero todos sabían por qué estaban ahí. Salmerón rompió el silencio.

—¿Seguimos?

Teresa fue la primera en responder.

—Seguimos.

Uno por uno, los demás asintieron. Seguían. No porque fuera fácil. No porque estuvieran ganando claramente. Seguían porque había un estudiante en Oaxaca llamado Esteban que había construido algo con sus propias manos usando la información que ellos habían compartido. Seguían porque el cambio real no sucedía solo en las grandes obras sino en las pequeñas réplicas que nadie documentaba.

Seguían porque rendirse significaba decirle a Esteban y a miles como él que el esfuerzo no valía la pena.

Pero en esa oficina sin ventanas, el hombre de más edad cerraba otra carpeta. El Plan B había sido preparado meticulosamente. Ya no se trataba de presión o tentación. Se trataba de eliminar el problema de raíz.

La orden había sido dada. Solo faltaba esperar el momento correcto.

## **CAPÍTULO 9**

### **LA ÚLTIMA BATALLA (O LA PRIMERA VICTORIA)**

Han pasado dieciocho meses desde que el equipo presentó el proyecto al presidente. La Fase I estaba en marcha en treinta y dos ciudades con resultados mixtos pero generalmente positivos. Las resistencias continuaban, los sabotajes eran constantes, los retrasos inevitables. Pero también había victorias reales: reducción promedio de pérdidas en redes urbanas del veintiocho al dieciocho por ciento, quince mil sistemas de captación pluvial domiciliaria instalados, tres plantas de tratamiento terciario operando, cinco mil hectáreas tecnificadas en cinco estados.

No era el cambio total que habían soñado, pero era cambio documentable, medible, real.

Sin embargo, el gran desafío final llegó en abril con una convocatoria del Congreso. La Fase II, que incluía las grandes obras de infraestructura como presas, trasvases y plantas de desalinización, requería una reforma constitucional para modificar la Ley de Aguas Nacionales. La reforma garantizaría el derecho humano al agua no solo en papel sino con mecanismos ejecutables, quitaría concesiones a grandes usuarios que sobreexplotaban recursos, establecería caudales ecológicos obligatorios y daría poder legal a las comunidades para defender sus fuentes de agua.

Era la batalla legislativa más importante del proyecto. El presidente necesitaba dos tercios del Congreso para aprobar la reforma constitucional. No los tenía. Los partidos de oposición estaban dispuestos a negociar, pero pedían concesiones políticas que no tenían nada que ver con el agua: presupuesto adicional para sus estados, puestos en la administración pública, impunidad para ciertos casos de corrupción pasada.

El presidente citó al equipo a Los Pinos a finales de abril. Se veía más envejecido que dieciocho meses atrás. Las canas habían avanzado, las arrugas se habían profundizado. La presidencia consumía a las personas.

—Necesito que me ayuden a convencer al Congreso. Ustedes son creíbles. Yo, francamente, ya no lo soy tanto.

Era una confesión dolorosa de un político cansado que había gastado su capital político en batallas que tal vez no podría ganar.

—¿Qué necesita que hagamos, señor presidente? —preguntó Salmerón.

—Cabildeo directo con diputados indecisos. Presentaciones técnicas en comisiones. Movilización de opinión pública. Lo que sea necesario. Tienen tres meses antes de la votación.

El equipo aceptó aunque sabían que entraban al terreno más peligroso: la política partidista pura. Artemio, con su experiencia política, lideró la estrategia. Identificaron a los diputados indecisos, prepararon argumentos específicos para cada uno. Algunos respondían a datos económicos, otros a presión social, otros a beneficios concretos para sus distritos.

Óscar, Teresa y Concepción se convirtieron en cabilderos técnicos. Visitaban comisiones, presentaban estudios, respondían cuestionamientos. Aurora movilizaba a la opinión pública: organizaba foros ciudadanos transmitidos en vivo, invitaba a académicos, artistas y deportistas a sumarse a la campaña con el hashtag #AguaParaTodos.

Pero los opositores de la reforma también se movilizaban. Las embotelladoras financiaron una campaña masiva en medios: "La reforma del agua eliminará cien mil empleos." Era falso, pero era efectivo. Contrataron influencers para sembrar dudas en redes sociales.

Los gobernadores que habían perdido poder con la Fase I presionaban a sus bancadas para votar en contra.

El momento de quiebre llegó dos semanas antes de la votación. El equipo tenía contados trescientos diez votos a favor. Necesitaban trescientos treinta y cuatro, dos tercios de quinientos diputados. Faltaban veinticuatro votos.

El líder de la bancada de oposición más grande, un partido de centroderecha con treinta diputados, citó a Salmerón en privado. Se reunieron en un restaurante discreto de Polanco. El diputado, hombre de sesenta años con tres décadas en política, fue directo.

—Ingeniero, mi partido puede darle esos veinticuatro votos que le faltan.

—¿A cambio de qué?

—Que el presidente retire la reforma fiscal que afecta a las empresas de nuestros financiadores. Especialmente las embotelladoras y las mineras. Salmerón sintió el estómago caer.

—¿Me está pidiendo que traicione el espíritu completo del proyecto a cambio de aprobarlo?

El diputado sonrió con condescendencia política.

—Le estoy ofreciendo un trato. Ustedes aprueban la reforma aunque sea imperfecta y luego pelean las concesiones en tribunales. O se quedan con su pureza moral y pierden todo.

Salmerón regresó con el equipo y les explicó la situación. La discusión que siguió fue la más brutal que habían tenido. Artemio argumentaba que era mejor aprobar la reforma aunque fuera imperfecta y luego pelear los detalles. Teresa estaba absolutamente en contra, decía que si cedían en lo fundamental, el proyecto perdía legitimidad completa y se convertía en simulación. Óscar intentaba hacer números, calculando qué perderían y qué ganarían con cada escenario. Concepción estaba desgarrada entre el pragmatismo y los principios.

Aurora propuso algo radical que sorprendió a todos.

—Hagamos una consulta ciudadana en redes. Expliquemos el dilema sin esconder nada y veamos qué dice la gente.

Artemio estaba horrorizado.

—Eso es ingenuidad política absoluta. La gente no entiende las complejidades legislativas. No puedes tomar decisiones estratégicas por votación popular.

Aurora lo confrontó con firmeza que no había mostrado antes.

—O la gente no entiende, o nosotros subestimamos a la gente. Yo confío en ellos. Este proyecto ya no es solo nuestro.

Decidieron hacerlo. En una transmisión en vivo de dos horas, Salmerón explicó el dilema con total transparencia. No escondió nada, no endulzó

la situación. Podían aprobar la reforma haciendo concesiones que debilitaban el proyecto, o podían mantener la integridad del proyecto pero perder la votación.

—¿Qué hacemos? —preguntó directamente a las cámaras.

Las respuestas en tiempo real fueron abrumadoras. El setenta y tres por ciento decía: "No cedan. Pierdan la votación si es necesario, pero no traicionen el proyecto." Miles de comentarios de apoyo llegaban cada minuto. Pero también llegaban propuestas estratégicas: organicemos marchas frente al Congreso, hagamos trending topic todos los días hasta la votación, pongamos en evidencia a los diputados que votan en contra, presionemos desde nuestros distritos.

La semana final antes de la votación, la presión social fue abrumadora. En cincuenta ciudades hubo marchas multitudinarias. El Congreso estaba sitiado pacíficamente por miles de personas con carteles: "Agua sí, corrupción no." Los diputados indecisos empezaron a recibir presión directa de sus propios electores. Las redes sociales identificaban a cada diputado indeciso y sus votantes los inundaban con mensajes.

Tres diputados de oposición, en actos de valentía política que probablemente terminarían sus carreras, anunciaron públicamente que votarían a favor de la reforma aunque su partido votara en contra. Una diputada joven de Nuevo León, ingeniera civil de profesión, dio un discurso en tribuna que se volvió viral.

—Con todo respeto a mi coordinador parlamentario, voy a votar a favor. Porque mis hijos merecen un país con agua. Y porque llegué a este Congreso a representar a la gente, no a las empresas.

El día de la votación, el veintidós de junio, el equipo estaba en la galería del Congreso. La tensión era insoportable. Los discursos de los diputados fueron apasionados, algunos a favor invocando el derecho humano al agua y la crisis que se avecinaba, otros en contra advirtiendo sobre estatismo y pérdida de empleos. El líder de la oposición que había ofrecido el trato sucio dio un discurso atacando la reforma como enemiga del desarrollo.

Pero luego habló la diputada de Nuevo León, la ingeniera que había decidido votar su conciencia. Su voz temblaba pero sus palabras eran claras.

—Este es el voto más importante que daré en mi vida política. Puede que sea el último si mi partido me sanciona. Pero no vine aquí a ser títere de intereses corporativos. Vine a servir a mi estado.

Fue un momento que cambió la energía en el pleno. Otros dos diputados se levantaron inmediatamente después y anunciaron que también votarían a favor desafiando a sus coordinadores.

La votación fue electrónica. Los números aparecían en la pantalla gigante en tiempo real. El equipo observaba conteniendo el aliento.

Salmerón tenía la mano de Aurora apretada. Teresa rezaba por primera vez en años. Óscar calculaba mentalmente las probabilidades con cada voto que se sumaba. Concepción lloraba en silencio.

Los números avanzaban: trescientos veintisiete, trescientos veintiocho, trescientos treinta, trescientos treinta y dos, trescientos treinta y tres.

Faltaba un voto. El tiempo se agotaba. Entonces, en los últimos diez segundos, dos diputados más presionaron el botón verde.

Trescientos treinta y cinco votos a favor.

La reforma constitucional había sido aprobada.

El Congreso explotó en aplausos y abucheos simultáneos. En la galería, el equipo se abrazaba llorando. Afuera, las miles de personas que habían acampado frente al Congreso celebraban. Las redes sociales explotaron con #AguaParaTodos como tendencia número uno no solo en México sino en varios países de América Latina.

Salmerón abrazó a Aurora y le dijo con voz quebrada.

—Lo logramos. Tú lo lograste.

Ella respondió entre lágrimas.

—No, maestro. Lo logró México.

Pero la euforia duró exactamente cuatro horas. Esa noche, en un hotel de paso en Iztapalapa, encontraron muerto a uno de los diputados de oposición que había votado a favor de la reforma. Aparentemente suicidio por ahorcamiento. Pero había señales de lucha. Las sábanas estaban desgarradas. Tenía moretones en las muñecas. La escena había sido limpiada apresuradamente.

La Fiscalía inició investigación, pero los medios cerraron filas rápidamente: "Diputado con problemas personales se quita la vida." Nadie mencionaba la votación del agua. Nadie hablaba de que había recibido amenazas las semanas previas. Nadie conectaba los puntos que eran obvios.

El equipo se enteró por la mañana cuando se reunían para celebrar. Estaban en un restaurante del Centro Histórico, habían pedido champagne barata y chilaquiles, cuando Artemio recibió la llamada. Su rostro se puso pálido. Colgó y les dio la noticia.

El silencio fue total. Teresa corrió al baño y vomitó. Óscar se puso pálido y tuvo que sentarse. Concepción llamó inmediatamente a sus hijos para verificar que estuvieran bien. Artemio dijo en voz baja lo que todos pensaban.

—Esto es culpa nuestra. Nosotros lo empujamos a votar a favor.

Salmerón respondió con voz que intentaba ser firme pero temblaba.

—No. Es culpa de los asesinos. Pero tienes razón en algo: esto tiene un precio. Y lo acaba de pagar alguien que no debió hacerlo.

Aurora, con lágrimas corriendo por sus mejillas, preguntó lo que ninguno se atrevía a verbalizar.

—¿Valió la pena?

Salmerón la miró y no pudo responder inmediatamente. ¿Valía la pena una reforma constitucional si costaba la vida de un hombre bueno? ¿Valía la pena cambiar el sistema si el sistema se cobraba sangre?

—No lo sé —dijo finalmente—. Pregúntame en diez años.

El funeral del diputado fue tres días después. El equipo asistió, en la última fila, con trajes oscuros y culpa oscura. La viuda del diputado, mujer de cincuenta años con rostro devastado, los vio y se acercó después de la ceremonia.

Salmerón estaba preparado para que los culpara, para que les gritara, para que los maldijera. En cambio, ella tomó su mano y dijo algo que lo destrozó más que cualquier recriminación.

—Mi esposo me dijo la noche antes de la votación que ustedes le habían devuelto la fe en que la política puede servir para algo bueno. Me pidió que si le pasaba algo, les dijera gracias.

Se fue. El equipo quedó destrozado en el estacionamiento del panteón. Destrozado pero también, paradójicamente, fortalecido. Sabían ahora con certeza absoluta que esto no era un juego. Que había un costo. Que había personas dispuestas a pagarlo.

Y que ellos tenían la responsabilidad de hacer que ese precio no fuera en vano.

Esa noche se reunieron en La Cisterna. No celebraron la victoria legislativa. En cambio, hicieron algo diferente. En la pared, junto al mapa de las ciudades piloto, colgaron una fotografía del diputado asesinado. Bajo la fotografía, Aurora escribió con marcador negro: "Por los que pagaron el precio."

Salmerón habló con voz que había envejecido años en días.

—A partir de ahora, cada vez que tengamos ganas de rendirnos, miramos esa foto. Y recordamos que alguien murió porque creyó que esto valía la pena. No podemos fallarte, Ramón.

Ramón. Ese era su nombre. Ramón Elizondo Sánchez, cincuenta y dos años, ingeniero civil, padre de tres hijos, diputado por Nuevo León, votó su conciencia y pagó con su vida.

El equipo se comprometió silenciosamente, sin palabras, solo con miradas. No se rendirían. No importaba qué más viniera. No importaba cuánto los golpearan. Había una fotografía en la pared que no les permitiría olvidar por qué estaban ahí.

Tres semanas después, la reforma constitucional fue publicada en el Diario Oficial de la Federación. Era ley. El derecho humano al agua ahora tenía mecanismos ejecutables. Las concesiones excesivas podían ser

revocadas. Las comunidades tenían poder legal para defender sus fuentes. La Fase II del proyecto podía comenzar.

Era una victoria. Imperfecta, costosa, manchada con sangre. Pero era victoria.

Y en una comunidad de Oaxaca, un joven llamado Esteban leía la noticia en su teléfono mientras regaba su milpa con agua captada de la lluvia usando técnicas que había aprendido de la plataforma digital del proyecto. Sonrió. No sabía del diputado asesinado. No sabía de las batallas en oficinas y congresos. Solo sabía que ahora tenía agua para sembrar y que eso, en su mundo pequeño pero real, lo cambiaba todo.

El cambio no sucedía solo en las grandes batallas. Sucedió también en las milpas de Oaxaca, en las colonias de Torreón, en las escuelas de San Luis, en las parcelas de Querétaro. Sucedió imperfectamente, lentamente, dolorosamente.

Pero sucedía.

## **CAPÍTULO 10**

### **EL AGUA BUSCA SU NIVEL**

Tres años después de la aprobación de la reforma constitucional, el proyecto Agua con Sed de Atención había cambiado oficialmente su nombre a Plan Nacional de Seguridad Hídrica. Había sido institucionalizado, burocratizado y parcialmente desvirtuado. Pero también había logrado resultados que nadie podía negar.

Ochenta y siete ciudades tenían ahora sistemas de monitoreo inteligente. Las pérdidas en redes urbanas se habían reducido del promedio nacional de treinta y cinco por ciento a veintiuno. Se construyeron doce plantas de tratamiento terciario. Cuarenta y tres mil hectáreas fueron tecnificadas en riego. Dos plantas de desalinización operaban en Baja California, aunque con dos años de retraso. Cinco mil comunidades rurales tenían sistemas de captación pluvial. La sobreexplotación de acuíferos se redujo en quince por ciento, lejos del objetivo de cincuenta pero era el primer retroceso en la tendencia en cuarenta años. Doce millones de personas tenían ahora acceso continuo a agua potable que antes no lo tenían.

No era la revolución hídrica que habían soñado. Era algo más modesto, más imperfecto, más real.

Ignacio Salmerón había dejado el proyecto hacía un año. No renunció en protesta ni fue despedido. Simplemente se agotó. El cuerpo y el alma tienen límites que incluso la convicción más férrea no puede superar. A sus cincuenta y cuatro años, con canas dominando su cabello y arrugas profundas marcando su rostro, regresó al IPN a dar clases.

Sus alumnos lo recibieron como leyenda. El hombre que había intentado cambiar México y había logrado cambiar algo. En sus clases ya no

enseñaba solo ingeniería hidráulica. Enseñaba sobre la brecha entre el diseño perfecto y la implementación posible, sobre la negociación entre lo técnico y lo político, sobre el precio personal del servicio público.

Un alumno le preguntó un día si valió la pena tanto esfuerzo cuando no lograron cambiar todo.

—Cambiamos algo —respondió Salmerón—. Y algo es infinitamente más que nada.

Estaba escribiendo un libro sobre la experiencia. No sería hagiografía ni denuncia panfletaria. Sería documento brutalmente honesto donde registraría tanto los logros como los fracasos, las victorias parciales y las derrotas completas, las personas que ayudaron y las que traicionaron. Su hija, ahora estudiando ingeniería ambiental en la UNAM, le había dicho que quería continuar su trabajo.

—Hazlo —le dijo—. Pero a tu manera. Aprende de mis errores. Hay muchos.

Aurora González Samaniego, a sus veintiocho años, se había convertido en la funcionaria más joven en ocupar un puesto de dirección en CONAGUA. Supervisaba la implementación del proyecto en el sureste. Había enfrentado resistencias brutales, había cedido en batallas que no debió ceder, había ganado otras que parecían imposibles. Se sentía desgarrada entre el sistema que en parte combatía y en parte reproducía.

Su padre, el plomero de Nezahualcóyotl, visitó sus oficinas un día. Miró las paredes con mapas, las computadoras, el equipo de ingenieros que reportaban a su hija. Estaba orgulloso pero también preocupado.

—Mija, no dejes que el sistema te cambie. Tú cambia al sistema.

Aurora no estaba segura de estar logrando eso. Se había vuelto más dura, menos idealista, más pragmática. Negociaba cuando antes habría peleado. Aceptaba compromisos que la joven de veinticuatro años habría rechazado con indignación. Pero tampoco era cínica. Aún creía. Solo que ahora su creencia estaba templada por la experiencia de saber cuánto cuesta cada metro de avance.

Mantenía actualizada la plataforma digital de transparencia. Cada peso gastado, cada obra completada, cada retraso justificado. Era su forma de mantener vivo el espíritu original del proyecto aunque la realidad lo hubiera obligado a mutar.

Óscar Triana regresó al IMTA con un cargo de investigador senior. Sus modelos de gestión de acuíferos eran ahora estándar nacional y varios países de América Latina los habían adoptado. Se había casado de nuevo, con una hidróloga que conoció en una conferencia en Chile. Tenían un hijo de dos años.

Una noche, mientras veía a su hijo dormir, le dijo a su esposa algo que llevaba meses pensando.

—Quiero que crezca en un país donde el agua no sea privilegio de ricos.

—Entonces sigue trabajando —respondió ella—. Pero también descansa. No puedes salvar al país tú solo.

Óscar había aprendido esa lección. Ya no trabajaba dieciocho horas diarias. Había aprendido que el cambio sistémico requiere generaciones, no meses ni años. Su contribución era una pieza pequeña de un rompecabezas enorme que tal vez nunca se completaría del todo. Y estaba bien con eso.

Teresa Miramontes había dejado el gobierno dos años atrás y fundado una ONG independiente que monitoreaba calidad del agua y denunciaba violaciones ambientales. Era más combativa que nunca. Había sido demandada cinco veces por empresas, ganó tres casos, perdió dos. No le importaba.

Vivía modestamente en un departamento pequeño de la Doctores, rodeada de expedientes y análisis de laboratorio. Estaba sola sentimentalmente pero rodeada de compañeros de lucha. Había dejado de beber en exceso después de tocar fondo una noche donde despertó sin recordar cómo había llegado a casa. Asistía a reuniones de alcohólicos anónimos los jueves.

En una entrevista para un medio alternativo, le preguntaron si se arrepentía de los años en el gobierno.

—Me arrepiento de confiar demasiado en que las instituciones podían cambiar desde adentro. Pero no me arrepiento de intentarlo. Aprendí dónde están los límites del sistema. Ahora peleo desde afuera, que es donde siempre debí estar.

Sus ojos tenían una dureza que no tenían cinco años atrás, pero también una claridad. Sabía quién era y qué quería. No todos tienen ese privilegio.

María Concepción Garza había regresado a Chapingo como directora del departamento de Irrigación. Sus hijos gemelos, ahora de diecisiete años, vivían con ella de nuevo. Uno quería estudiar derecho ambiental, el otro agronomía. Ambos habían sido marcados por ver a su madre luchar y sufrir. Pero no con trauma sino con comprensión de que hay cosas por las que vale la pena pelear.

Concepción trabajaba en proyectos de pequeña escala con comunidades campesinas. Ya no soñaba con cambiar la agricultura de todo México. Soñaba con cambiar una comunidad a la vez, un distrito de riego a la vez. Y descubrió que eso era más satisfactorio que los grandes planes que raramente se ejecutaban completamente.

Una tarde, mientras supervisaba una parcela demostrativa en Guanajuato, un agricultor viejo le dijo algo que la hizo llorar.

—Ingeniera, mis nietos van a poder ser campesinos gracias a lo que usted nos enseñó. Eso no tiene precio.

Concepción entendió entonces que su contribución no se medía en hectáreas tecnificadas a nivel nacional sino en familias concretas que podían continuar con su forma de vida. Era una métrica más humana y más real.

Artemio Alva y Rumayor se había convertido en el crítico más respetado de política hídrica del país. Dirigía un think tank independiente que él mismo fundó con financiamiento de universidades y fundaciones internacionales. Su segundo libro, "Cómo Fracasas las Buenas Intenciones en México", fue bestseller y lectura obligatoria en facultades de ciencias políticas.

Pero el libro no era solo crítica demoledora. También documentaba los logros parciales del proyecto, las lecciones aprendidas, los errores que futuras generaciones deberían evitar. Era trabajo de académico comprometido, no de cínico desencantado.

En el lanzamiento del libro, un periodista le preguntó si consideraba que el proyecto había sido éxito o fracaso.

—Ambos —respondió Artemio—. México es un país de medios logros y medios fracasos. Aprendes a vivir en el gris. Pero prefiero el gris imperfecto que el negro absoluto de no haber intentado nada.

Alguien del público preguntó si se uniría a otro proyecto gubernamental si lo invitaran.

Artemio sonrió con su característico cinismo que ocultaba esperanza.

—Si Salmerón me volviera a llamar hoy con un proyecto imposible, probablemente diría que sí. Porque resulta que, contra toda mi formación académica, sigo creyendo que intentarlo importa.

El presidente Othoniel Bañuelos terminó su sexenio con aprobación moderada del cuarenta y tres por ciento. El Plan Nacional de Seguridad Hídrica era considerado uno de sus pocos logros genuinos, aunque las críticas abundaban sobre todo lo que faltaba por hacer. En su último informe de gobierno, dedicó diez minutos a hablar del proyecto y reconoció públicamente a Salmerón y su equipo.

Los invitó al informe. Solo asistieron Aurora y Óscar. Los demás declinaron, incómodos con la pompa oficial. El presidente, en una reunión privada después del evento, le dijo a Salmerón, quien finalmente aceptó ir.

—Sé que no logramos todo lo que querías. Pero logramos más de lo que nadie esperaba. ¿No es eso algo?

Salmerón pensó antes de responder.

—Sí, señor presidente. Pero no es suficiente. Nunca será suficiente mientras haya un solo mexicano sin agua potable.

El presidente asintió con cansancio de quien ha hecho lo que pudo dentro de lo posible.

—Ahí está la diferencia entre ustedes y yo. Ustedes pueden darse el lujo de la pureza. Yo tuve que gobernar.

No era acusación. Era simple constatación de realidades diferentes.

La escena final ocurrió cinco años después del inicio del proyecto. El equipo se reunió en La Cisterna, el viejo aula del IPN que habían mantenido como su refugio emocional. El edificio había sido renovado, pero habían conseguido que no tocaran esa aula específica. Aurora había organizado el encuentro para celebrar el quinto aniversario.

Llegaron todos: Salmerón con más canas y más delgado, Óscar con su esposa y su hijo pequeño, Teresa sola pero radiante con claridad de quien sabe su lugar en el mundo, Concepción con sus hijos ya casi adultos, Artemio con su nuevo libro bajo el brazo y una sonrisa que ya no era completamente cínica.

Había cerveza barata y tacos al pastor, como aquella primera noche. Brindaron con la torpeza de personas que habían compartido demasiado como para necesitar palabras elegantes.

Salmerón habló primero.

—Por lo que logramos.

Teresa añadió.

—Y por lo que no logramos, porque eso nos recuerda que queda trabajo.

Artemio, fiel a su naturaleza.

—Por el equipo más brillante que medio logró cambiar a México.

Todos rieron. Concepción continuó.

—Por nuestros hijos. Para que tengan un país con agua.

Óscar levantó su botella.

—Por los que pagaron el precio y no están aquí.

Hubo un silencio respetuoso. Todos miraron la fotografía de Ramón Elizondo que seguía colgada en la pared, junto a fotos de los técnicos que fueron secuestrados, de los funcionarios honestos que perdieron sus puestos por apoyarlos, de los activistas amenazados.

Aurora, la más joven, levantó su cerveza con lágrimas en los ojos.

—Por todos los que siguen peleando.

Chocaron botellas. La cámara imaginaria se alejaba lentamente. Afuera, en la ciudad, la vida continuaba con su ritmo caótico. Había tuberías que aún perdían agua, acuíferos que seguían agotándose, funcionarios corruptos que seguían robando. Pero también había sistemas que funcionaban, comunidades con agua limpia, niños que ya no tenían que cargar cubetas a las cinco de la mañana.

El cambio era imperfecto, insuficiente, pero real.

Salmerón miró a su equipo, estas cinco personas que habían sacrificado tanto por un sueño que nunca se realizó completamente pero que tampoco murió del todo. Pensó en algo que diría más tarde en su libro.

El agua siempre busca su nivel. No de golpe, no dramáticamente, pero inevitablemente. Nosotros solo intentamos que el nivel subiera un poco. Lo demás, lo hicieron miles de personas en miles de lugares que nunca conocimos. Estudiantes en Oaxaca, agricultores en Querétaro, madres en Torreón, maestros en escuelas, funcionarios honestos en oficinas olvidadas. El cambio real no vino de nuestro proyecto perfecto ni de nosotros como héroes. Vino de la acumulación de esfuerzos imperfectos de muchas personas durante mucho tiempo.

Y eso, aunque no fuera cinematográfico, era más valioso que cualquier final hollywoodense.

Esa noche, cuando todos se habían ido, Aurora se quedó sola en La Cisterna. Apagó las luces y cerró la puerta. En el vidrio polvoriento escribió con el dedo las mismas palabras que había escrito cinco años atrás: "Aquí nació algo imposible."

Pero ahora añadió algo más: "Y sobrevivió."

Caminó hacia el metro bajo la lluvia ligera de noviembre. El agua caía sobre la ciudad que no sabía captarla adecuadamente todavía. Pero en algunos lugares, en azoteas de casas humildes, había sistemas de captación contruidos por gente que había aprendido de la plataforma digital del proyecto. En algunas escuelas, niños aprendían sobre el ciclo del agua y la importancia de cuidarla. En algunos municipios, funcionarios jóvenes implementaban sistemas de transparencia inspirados en lo que habían visto.

El proyecto oficial tal vez no había cumplido todas sus metas. Pero había sembrado semillas que germinaban en lugares inesperados. Y esas semillas, con tiempo y cuidado, tal vez se convertirían en algo más grande de lo que ninguno de ellos había imaginado.

O tal vez no.

Pero lo habían intentado. Con todas sus fuerzas, con toda su integridad, con todo su corazón. Lo habían intentado.

Y en México, donde la corrupción y el cinismo dominaban desde hacía décadas, simplemente intentarlo honestamente ya era revolucionario.

Aurora subió al metro. En su teléfono tenía un mensaje de un remitente desconocido. El asunto decía: "Gracias desde Chiapas."

Sonrió. Había más Estebanes de lo que pensaban.

El agua seguía buscando su nivel. Y ellos habían ayudado, aunque fuera un poco, a que el nivel subiera.

Eso tendría que ser suficiente.

## **EPÍLOGO**

### **CARTAS AL FUTURO**

Diez años después del inicio del proyecto, en una tarde lluviosa de octubre, seis personas escribieron cartas. No eran cartas para enviarse a alguien específico. Eran reflexiones al futuro, documentos para la posteridad, testimonios de lo que significó intentar cambiar un país.

La carta de Ignacio Salmerón estaba fechada el quince de octubre. La escribió en su casa de Mixcoac, rodeado de libros y fotografías de los años del proyecto. Su hija ahora dirigía un programa de agua en Chiapas. Su libro se había vuelto texto obligatorio en facultades de ingeniería de cinco universidades.

"A quien lea esto en el futuro," comenzaba.

"Pensé que podríamos cambiar todo en un sexenio. Qué ingenuo fui. El cambio real toma generaciones. Pero pusimos la primera piedra. Eso ya es algo.

Ahora asesoro a nuevos equipos de jóvenes ingenieros que quieren replicar el modelo en sus regiones. Algunos tendrán éxito. Muchos fracasarán. Pero todos lo intentarán. Y eso es lo que importa.

Mi mayor aprendizaje es este: no se puede cambiar un sistema desde fuera completamente, ni desde dentro completamente. El cambio real sucede en la frontera borrosa entre ambos mundos. Ahí es donde vivimos durante cinco años. Ahí es donde se libraron las batallas más importantes.

¿Valió la pena? Cada día me lo pregunto. Cada día veo la fotografía de Ramón Elizondo y me pregunto si nuestro éxito parcial justifica su muerte. No tengo respuesta. Solo sé que si no lo hubiéramos intentado, mi cobardía de Sonora habría sido definitiva. Al menos ahora puedo mirarme al espejo.

El agua sigue siendo problema en México. Probablemente lo será por décadas más. Pero ahora hay un camino trazado, hay evidencia de que es posible hacer las cosas diferentes, hay miles de personas que aprendieron que no tienen que aceptar la corrupción como inevitable.

Esa es nuestra victoria. Pequeña, imperfecta, pero real.

Mi mensaje al futuro es simple: inténtalo. Aunque falles, aunque te golpeen, aunque paguen precios que nunca imaginaste. Inténtalo. Porque la alternativa, la resignación cínica, mata al país más lentamente pero con igual certeza que la crisis del agua.

Y si tienes éxito, recuerda: el éxito nunca es individual. Es colectivo, es generacional, es prestado de quienes vinieron antes y debido a quienes vendrán después.

Ignacio Salmerón Villanueva. Sesenta y dos años. Ingeniero, maestro, soñador recuperado."

La carta de Aurora González Samaniego la escribió en su oficina de CONAGUA, después de que todos se habían ido. Tenía treinta y cuatro años y acababa de ser ascendida a subdirectora general. Tenía dos hijos pequeños. La niña se llamaba Elisa, por la secretaria Monreal. El niño se llamaba Ignacio.

"A las ingenieras del futuro," escribió.

"Pasé de cargar agua en cubetas en Nezahualcóyotl a diseñar política hídrica nacional. No porque sea especial, sino porque alguien creyó en mí. Ahora yo intento hacer lo mismo: buscar en las universidades a los jóvenes más brillantes, especialmente los que vienen de abajo, y darles oportunidades.

He cometido errores. He cedido en batallas que debí pelear. He peleado batallas que debí negociar. He aprendido que la perfección es enemiga de lo posible, pero también que lo posible no debe ser excusa para la mediocridad.

No resolvimos el problema del agua. Pero mejoramos muchas vidas. Doce millones de personas tienen agua donde antes no la tenían. Eso tiene que contar.

Mi consejo para quienes vengan después: no esperen permiso. No esperen que el sistema las invite. Construyan sus proyectos, documenten sus resultados, compartan su conocimiento. El cambio no viene de arriba. Viene de abajo, de miles de pequeñas acciones que eventualmente se vuelven imparables.

Y cuando lleguen al poder, porque algunas llegarán, recuerden de dónde vinieron. Recuerden las cubetas que cargaron, el agua que faltó, las promesas que se rompieron. No se conviertan en lo que combatieron.

Finalmente: cuiden a sus equipos. El trabajo de cambiar un país es brutal. Nadie sobrevive solo. Necesitan personas en quienes confiar completamente, con quienes llorar después de las derrotas y celebrar después de las victorias parciales.

Yo tuve la suerte de tener al mejor equipo posible. Espero que ustedes tengan la misma suerte.

Aurora González Samaniego. Treinta y cuatro años. Hija de plomero, madre de dos, funcionaria imperfecta, creyente persistente."

La carta de Óscar Triana la escribió desde el IMTA, en su oficina con vista al Ajusco. Tenía sesenta y siete años. Su hijo mayor ahora estudiaba hidrología en Holanda. Su esposa acababa de jubilarse.

"A los científicos que vendrán," comenzaba su carta.

"Los datos nunca mienten. Las personas sí. Pero también las personas pueden cambiar cuando ven datos que no pueden ignorar.

Pasé treinta años midiendo la catástrofe. Documentando cómo los acuíferos caían, cómo la contaminación aumentaba, cómo la crisis se

profundizaba. Esos datos eran deprimentes pero necesarios. Alguien tiene que medir la realidad sin maquillarla.

Pero también aprendí que los datos solos no cambian nada. Necesitan personas que los traduzcan a acción. Necesitan políticos que los entiendan, ciudadanos que los exijan, ingenieros que los implementen.

El proyecto me enseñó algo que la academia no me había enseñado: la ciencia sin poder político es irrelevante, pero el poder político sin ciencia es peligroso. Necesitamos ambos. Y necesitamos personas que puedan moverse entre ambos mundos sin traicionar ninguno.

Mi contribución fue pequeña: modelos predictivos que ahora son estándar. Pero esos modelos están siendo usados en quince países. Están informando decisiones que afectarán a millones de personas que nunca conoceré. Eso me da paz.

El agua no tiene ideología política. El agua tiene física, química, biología. Obedece leyes naturales que ningún político puede cambiar con decretos. Nuestra tarea como científicos es recordarle constantemente al poder esa realidad incómoda.

Y cuando el poder nos ignore, como frecuentemente lo hará, nuestra tarea es documentar todo. Para que cuando finalmente escuchen, cuando la crisis sea tan obvia que no puedan negarla, tengamos las soluciones listas.

Óscar Triana Salazar. Sesenta y siete años. Hidrogeólogo, científico, testigo obstinado de la realidad."

La carta de Teresa Miramontes la escribió en su pequeña oficina de la ONG, rodeada de expedientes de demandas ambientales. Tenía cincuenta y cinco años. Seguía soltera. Ya no bebía.

"A las guerreras que vendrán," escribió con su característica intensidad.

"El sistema no se reforma desde adentro. Se presiona desde afuera hasta que ceda. Aprendí eso de la manera difícil.

Intenté cambiar el gobierno trabajando en el gobierno. Fracasé. Ahora combato al gobierno desde la sociedad civil. No puedo decir que tengo más éxito, pero al menos puedo dormir tranquila sabiendo que no he cedido en lo fundamental.

He ganado algunas batallas. He perdido muchas más. He sido demandada, amenazada, desprestigiada. Sigo aquí. La persistencia, descubrí, es más importante que el talento.

Mi mensaje es este: no entren al gobierno esperando cambiarlo desde adentro a menos que estén dispuestas a pagar precios muy altos. El sistema tiene cincuenta años de experiencia en domesticar idealistas. Es muy bueno en eso.

Pero si deciden entrar, hagan un trato consigo mismas: definan sus líneas rojas antes de entrar. Escriban en un papel qué no están

dispuestas a aceptar. Y el día que crucen esa línea, renuncien. Sin excusas, sin racionalizaciones. Renuncien.

Yo crucé esa línea y me quedé demasiado tiempo. Me costó mi integridad por un año. Eventualmente renuncié, pero debí haberlo hecho antes.

Desde afuera, pueden ser más efectivas. Pueden denunciar sin compromiso. Pueden aliarse con quien sea necesario sin traicionar principios. Pueden dormir tranquilas.

La lucha nunca termina. Y eso está bien. Mientras haya lucha, hay vida. Lo peligroso es cuando la gente deja de pelear, cuando acepta la corrupción como normal, cuando se resigna.

No se resignen. Nunca.

Teresa Miramontes Villaseñor. Cincuenta y cinco años. Ingeniera ambiental, guerrera cansada, creyente obstinada."

La carta de María Concepción Garza la escribió desde Chapingo, en su oficina de directora de departamento. Tenía sesenta y cuatro años. Sus hijos gemelos ya eran profesionales: uno abogado ambientalista, otro agrónomo especializado en riego tecnificado.

"A las madres que pelean," comenzaba.

"Perdí tres años con mis hijos por intentar cambiar el campo mexicano. Esos tres años nunca los recuperaré. Esa es mi mayor derrota.

Pero también les enseñé algo que ninguna escuela puede enseñar: que vale la pena pelear por lo que es justo, incluso si duele, incluso si cuesta.

Mi hijo el abogado ahora defiende a comunidades campesinas contra despojo de agua. Mi hijo el agrónomo enseña tecnificación de riego en Guanajuato. Les duele verme con canas prematuras y arrugas profundas. Pero entienden por qué.

El cambio en el campo es el más difícil porque estás peleando contra generaciones de tradición, contra desconfianza acumulada de décadas, contra pobreza que hace que cualquier riesgo parezca demasiado grande.

Pero también es el más gratificante. Cuando un campesino de setenta años decide cambiar cómo siembra porque confía en ti, cuando ves que sus nietos podrán seguir siendo agricultores gracias a lo que aprendieron, cuando una comunidad completa adopta nuevas prácticas y funciona, nada se compara a eso.

Ya no sueño con cambiar toda la agricultura mexicana. Sueño con cambiar una comunidad a la vez. Es más lento, menos glamoroso, pero más real.

Mi mensaje a las madres que pelean es doble: primero, sus hijos entenderán. Tal vez no ahora, tal vez no por años, pero eventualmente entenderán que lo que hicieron importaba. Segundo: no se olviden de

ser madres. El trabajo nunca termina, pero la niñez de sus hijos sí. Encuentren balance. Yo no lo encontré y me arrepiento.

Pero no me arrepiento de pelear. Solo de cómo peleé.

María Concepción Garza Montano. Sesenta y cuatro años. Madre, ingeniera, maestra, aprendiz eterna."

La carta de Artemio Alva y Rumayor la escribió en su oficina del think tank, rodeado de libros y reconocimientos internacionales. Tenía sesenta años. Seguía soltero. Seguía siendo cínico, pero su cinismo ahora escondía menos esperanza y mostraba más sabiduría.

"A los escépticos que todavía creen," escribió con su estilo característico.

"El proyecto fracasó en sus metas más ambiciosas. Lo dije entonces y lo sostengo ahora. Pero también logró más de lo que yo esperaba cuando acepté unirme. ¿Eso lo hace un éxito o un fracaso? Ambos. México es un país de ambigüedades.

Aprendí que el cinismo es defensa necesaria contra el desencanto, pero no puede ser la única respuesta. También necesitamos permitirnos creer, aunque sea un poco, aunque sea con riesgo de sufrir después.

El proyecto me enseñó algo que mi doctorado en el CIDE no me enseñó: que las personas importan más que las instituciones. Salmerón, Aurora, Teresa, Óscar, Concepción, eran personas íntegras intentando funcionar en un sistema corrupto. Eso cuenta.

No cambiaron el sistema completamente. El sistema es más fuerte que cualquier grupo de personas bien intencionadas. Pero crearon grietas. Y por esas grietas entra luz. Y con suficiente luz, eventualmente, quizá, el sistema ceda.

Mi trabajo ahora es documentar todo. Los éxitos y los fracasos. Las lecciones aprendidas. Los errores que no deben repetirse. Para que la siguiente generación que lo intente tenga mejor información.

Y sí, habrá siguiente generación. Siempre la hay. México produce idealistas con regularidad sorprendente a pesar de décadas de fracasos. Es nuestra maldición y nuestra esperanza.

Si Salmerón me volviera a llamar hoy, a mis sesenta años, con otro proyecto imposible, probablemente diría que sí. No porque crea que tendremos éxito completo. Sino porque intentarlo honestamente, en un país donde la deshonestidad es norma, es acto revolucionario.

Artemio Alva y Rumayor. Sesenta años. Politólogo, escéptico, creyente avergonzado."

Las seis cartas fueron archivadas en la biblioteca del IPN, en una carpeta especial dedicada al Plan Nacional de Seguridad Hídrica. Junto a documentos técnicos, análisis de resultados, fotografías de obras,

estaban estas cartas. Testimonios humanos de lo que significó intentar lo imposible.

Años después, una estudiante de ingeniería ambiental de veintidós años las encontró mientras investigaba para su tesis. Se llamaba Mónica. Venía de Ecatepec. Había crecido cargando agua en cubetas como Aurora.

Leyó las seis cartas en una tarde lluviosa en la biblioteca. Lloró con algunas. Se indignó con otras. Se inspiró con todas.

Al salir de la biblioteca, bajo la lluvia, miró su ciudad de concreto que todavía no sabía captar el agua que caía gratis del cielo. Pensó en Aurora cargando cubetas, en Salmerón confrontando al presidente, en Teresa peleando contra mineras, en Óscar midiendo la catástrofe, en Concepción perdiendo tiempo con sus hijos, en Artemio creyendo a pesar de su cinismo.

Pensó: yo también puedo intentarlo.

Abrió su laptop bajo la lluvia, protegida apenas por el alero de un edificio, y empezó a escribir. No sabía si lograría cambiar algo. No sabía si alguien la escucharía. No sabía si el sistema la tragaría como había intentado tragar a los demás.

Solo sabía que tenía que intentarlo.

Porque eso es lo que hacemos. Generación tras generación, intentamos. Fallamos parcialmente, ganamos parcialmente, dejamos testimonio para los que vienen.

El agua sigue buscando su nivel. Y nosotros seguimos intentando que el nivel suba.

Imperfectamente. Dolorosamente. Esperanzadoramente.

Ese es el México posible. No el México perfecto que soñamos, sino el México imperfecto que construimos, un día a la vez, una persona a la vez, un proyecto a la vez.

Y tal vez, solo tal vez, eso es suficiente.

**—FIN**